

**Alexandra Kollontai**

# **Vasilisa Malyguina**

**La bolchevique enamorada**



**ediciones  
mnemosyne**



**Alexandra Kollontai**

**Vasilisa Malyguina**  
**La bolchevique enamorada**

**Colección LITERARIA, nº1**

**0ª Edición**

**Ediciones Mnemosyne**

[www.ediciones-mnemosyne.es](http://www.ediciones-mnemosyne.es)

[info@ediciones-mnemosyne.es](mailto:info@ediciones-mnemosyne.es)



**De las notas, la cubierta y la edición, Ediciones Mnemosyne. Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.**





## ÍNDICE

13 / Prefacio de la autora a la edición inglesa (1927)

### ***Vasilisa Malyguina***

Primera parte: AMOR

19 / Capítulo I

29 / Capítulo II

45 / Capítulo III

Segunda parte: FAMILIA

63 / Capítulo IV

75 / Capítulo V

95 / Capítulo VI

117 / Capítulo VII

137 / Capítulo VIII

157 / Capítulo IX

177 / Capítulo X

195 / Capítulo XI

213 / Capítulo XII

225 / Capítulo XIII

Tercera parte: LIBERTAD

237 / Capítulo XIV



## NOTA EDITORIAL

*Nuestra edición de Vasilisa Malyguina toma como base la pronta versión castellana publicada por Ediciones Oriente en 1928 (como La bolchevique enamorada) cuya anónima traducción se elaboró, con toda seguridad, a partir de la edición inglesa publicada en Nueva York en 1927 por la Seven Arts Publishing Company (bajo el título de Red Love). Para ofrecer al lector una versión lo más rigurosa posible, hemos tenido en cuenta esta edición norteamericana, así como la traducción directa del ruso publicada en 2008 por Alba Editorial, hoy descatalogada y prácticamente imposible de adquirir. De este modo, y consultando también, puntualmente, el original ruso, hemos podido subsanar los numerosos errores y omisiones de la traducción de 1928 (hasta donde sabemos, reimpressa sin cambios por LaSal, Edicions de les Dones [1978] y Txalaparta [2008]), así como las pequeñas discordancias que presentaba también la, por lo demás, buena versión inglesa.*

*Las modificaciones que introducimos en la traducción española de 1928 son tan numerosas, y de tan pequeño alcance cada una tomada individualmente, que sería imposible señalarlas todas. Sólo llamamos la atención sobre dos de ellas: hemos restituido, allí donde correspondía, el trato «de usted», usado en la lengua rusa entre personas cuya relación no es familiar, y que se había perdido en la versión de Ediciones Oriente (seguramente por haber pasado antes por el tamiz inglés); hemos corregido, también, el inexplicable e intolerable uso que esta misma edición hacía de la palabra «compañero» en lugar del mucho más preciso y poderoso «camarada» («tovarisch»).*

*Inexplicable, pues la versión inglesa que le sirve de base usa, naturalmente, «comrade»; intolerable, porque este cambio diluye notablemente la particular psicología de los protagonistas (constantemente remarcada por la autora), inicialmente unidos, también, por vínculos ideológicos y políticos, diferentes y superiores a los del mero deseo, la sana amistad o incluso el sincero amor de pareja.*

*Asimismo, incorporamos algunas notas y recuperamos íntegramente el prefacio que la autora escribió para la edición estadounidense de su novela, ignorado por Alba Editorial y ligeramente incompleto en todas las ediciones castellanas anteriores. Por último, dado que hace más cómoda la lectura, mantenemos la subdivisión interna que presenta esta «traducción autorizada» neoyorquina, que no estaba presente en el original, y que fue sólo parcialmente incorporada a la edición de 1928 (y a sus reimpressiones en LaSal y Txalaparta): catorce capítulos organizados en tres partes intituladas. ¿Fue la propia Kollontai la que «autorizó» la versión inglesa y este nuevo seccionado de la novela, que antes fluía en torrente ininterrumpido? El prólogo que elaboró ad hoc para dicha edición permite suponerlo, por lo que nos hemos tomado la libertad de hacer nuestra tal partición. Devolvemos a la novela, igualmente, su sencillo título original: Vasilisa Malyguina, relegando el caprichoso y sensacionalista rótulo de La bolchevique enamorada al subtítulo, por el solo pero grave motivo de la tradición editorial española.*

*Si el trabajo que ha implicado nuestra edición contribuye en algo a recordar a los lectores la perspectiva comunista de Kollontai y su defensa marxista del principio colectivista contra la arcaica institución familiar, nuestra editorial se dará enteramente por satisfecha.*





## PREFACIO DE LA AUTORA A LA EDICIÓN INGLESA

Esta novela no es ni un estudio «moral» ni un cuadro de los estándares de vida en la Rusia soviética. Es puramente un estudio psicológico de las relaciones sexuales del período de postguerra.<sup>1</sup>

He escogido mi propio país como medio y mi pueblo como protagonista porque lo conozco mejor y puedo dar un cuadro más nítido de su vida y carácter interiores. Muchos de los problemas que presento en mi libro no son exclusivos de la Rusia soviética; son hechos de alcance universal, que se dan en todos los países. Estos callados dramas psicológicos, originados por los cambios ocurridos en las relaciones sexuales y la evolución que ha tenido lugar, especialmente, en los sentimientos de la mujer, son hechos bien conocidos por la joven generación europea.

---

<sup>1</sup> La autora se refiere a la Guerra Civil rusa entre el proletariado revolucionario y las múltiples fuerzas de la contrarrevolución. Aunque la guerra terminó formalmente en 1922-23, para 1920 estaba decidido el desenlace favorable para el poder soviético.

¿Juzgamos a un hombre por su conducta en los asuntos amorosos? Generalmente, si éste no pasa de ciertos límites, muy flexibles, decimos que su vida sexual es un «asunto privado». El carácter de un hombre se evalúa no por su conducta en la moral familiar, sino por su habilidad para el trabajo, por su intelecto, por su voluntad o por su utilidad para el Estado y la sociedad. Como la mayoría de las mujeres no tienen deberes directos con respecto al Estado o hacia la sociedad, como en general toda su actividad ha estado concentrada hasta ahora dentro de los límites de la familia, las naciones civilizadas no exigían a la mujer otras cualidades que una «buena moral» en lo que atañe a la vida sexual y familiar.

Pero ahora que más de la mitad de las mujeres adultas de la mayoría de los países trabajan y luchan al igual de los hombres, la sociedad exige nuevas cualidades a la mujer. La habilidad de la mujer para responder a sus deberes sociales como ciudadana empieza a tener más valor que su «bondad» y la «pureza» de la moral familiar. La vida de familia no es el único campo de actividad de la mujer de nuestro tiempo; muy a menudo, sus deberes familiares entran en amargo conflicto con su trabajo fuera del hogar y sus deberes públicos. Es sencillamente natural, entonces, que la forma de evaluar a una mujer sea diferente de la de nuestros abuelos y abuelas.

Aun cuando una mujer pueda conseguir en el presente la «perfección» a que aspira el ideal burgués de la moral familiar y llegue a ser «estimada» por los suyos, no recibirá verdadero reconocimiento de la sociedad ni el «respeto» del Estado. Sencillamente, no será tenida en cuenta. Por el contrario, una mujer puede no ser «inmaculada» desde el

punto de vista de la actual moral sexual burguesa; pero si es una destacada figura en política, arte, ciencia, etc., nadie murmurará a sus espaldas. Si ponemos en la balanza dos mujeres, una de «buena moral», pero que nunca haya realizado ningún trabajo de utilidad para su país o la Humanidad, y otra cuya «moral familiar» no esté libre de crítica, pero que haya realizado un trabajo social de provecho, no habrá dudas en cuanto a la elección.

Nuestro criterio acerca de la moral sexual está siempre cambiando. Nunca se detiene. Simplemente hay períodos en la historia de la Humanidad en los que la evolución de las ideas morales marcha más rápidamente, y otros (correlativos a un estancamiento general en todos los aspectos de la vida) en que el cambio parece ralentizarse. Hace apenas medio siglo, Dumas (hijo) escribía de una mujer divorciada como de una criatura «caída», mientras hoy día Francia discute abiertamente la cuestión de la igualdad de los derechos de la madre natural con los de la mujer legalmente casada. Cada día desaparece más y más la vieja hipocresía burguesa en la manera de concebir y juzgar la moral sexual.

Espero que este libro ayude a combatir la vieja hipocresía burguesa de los valores morales y a demostrar una vez más que empezamos a respetar a la mujer, no por su «buena moral», sino por su competencia, por su sinceridad con respecto a los deberes de su clase, de su país y de la Humanidad como conjunto.

*Ciudad de México, 10 de marzo de 1927*



PRIMERA PARTE:

AMOR



## CAPÍTULO I

Vasilisa era una muchacha obrera, una tejedora de veintiocho años. Era delgada, anémica; una típica criatura de la ciudad. El pelo, rapado después del tifus, le crecía en rizos. Lisa de pecho, vestía blusa y falda, y un cinturón de cuero: de lejos parecía un muchacho. No era bonita. Pero sus ojos sí eran hermosos: castaños, cariñosos y observadores. Bastaba con mirarlos para sentirse reconfortado. Unos ojos pensativos, de los que no pueden pasar por alto ninguna pena.

Era comunista. Al comienzo de la guerra se había hecho bolchevique. Desde el principio odió la guerra. En la fábrica se había recaudado dinero para el frente; la gente estaba dispuesta a trabajar horas extraordinarias para contribuir a la victoria de Rusia. Pero Vasilisa protestaba. La guerra era un desastre sangriento. ¿Qué había de bueno en la guerra? La guerra ocasionaba desgracias al pueblo. ¡Se siente uno tan triste al ver a los soldados, a los pobres muchachos conducidos al matadero como ovejas! Cuando Vasilisa se encontraba en la calle un destacamento que marchaba hacia el frente, tenía que volverse para no verlo. Iban a reunirse con la muerte, pero cantaban a voz en grito. Cantaban alegremente como si desfilasen en alguna fiesta. ¿Quién les obligaba a ello? Debían negarse: «No queremos matar a otros hombres.» Entonces se terminarían las guerras.

Vasilisa sabía leer y escribir muy bien. Su padre, que era cajista, le había enseñado. Leía a Tolstoy y le gustaban sus obras.

En la fábrica era la única que estaba «por la paz». Podía haber sido despedida, pero todas las manos eran necesarias, y aunque el encargado la miraba con recelo, no prescindía de ella porque no le convenía. Pronto fue conocida Vasilisa en todo el barrio como persona que estaba contra la guerra y como partidaria de Tolstoy.<sup>2</sup> Las otras mujeres dejaron de hablarla: había renegado de su patria. No amaba a Rusia. Era cosa perdida.

El dirigente bolchevique del distrito oyó hablar de ella. Conoció a Vasilisa y le habló. Enseguida expresó su opinión: «Una muchacha de carácter. Sabe dónde está. El Partido debe utilizarla.» La atrajeron a la organización, pero Vasilisa no se hizo enseguida bolchevique. Discutía con los miembros del Partido. Les hacía toda clase de preguntas, y se marchaba indignada de las reuniones. Poco a poco fueron entendiéndose; volvió por su propio impulso, diciendo: «Quiero trabajar con vosotros.» Y se convirtió en una bolchevique.

Durante la Revolución ayudó en el trabajo de organización y llegó a ser miembro del Soviet. Simpatizaba con los bolcheviques y admiraba a Lenin porque se oponía a la guerra de una manera muy resuelta.

Cuando discutía con los mencheviques y con los socialrevolucionarios hablaba con sagacidad, con calor, impetuosamente; nunca se quedaba atrás por falta de palabras. Las restantes obreras eran tímidas, pero Vasilisa

---

<sup>2</sup> Aunque murió antes de la Gran Guerra de 1914, la doctrina de Tolstoy predicaba, entre otras cosas, el pacifismo.

hablaba sin titubeos siempre que era necesario hacerlo, y todo lo que decía resultaba claro y concreto.

Se ganó el respeto de todos sus camaradas. Durante el Gobierno de Kerensky fue candidata a la Duma municipal. Las otras tejedoras estaban orgullosas de ella. Ahora cada una de sus palabras era ley. Vasilisa sabía cómo dirigirse a las mujeres de su clase, hablándolas amistosamente o amonestándolas, según los casos. Conocía las cuitas de todas porque estaba en la fábrica desde niña y porque defendía sus intereses. Algunas veces los camaradas le decían: «¿No puedes olvidar a tus mujeres? No tenemos tiempo para esto; hay cosas más urgentes que hacer.»

Vasilisa se enfadaba; discutía con los compañeros y se peleaba con el secretario del distrito, pero nunca daba su brazo a torcer. «¿Por qué han de ser los problemas de las mujeres menos importantes? Esta idea es un hábito en vosotros. Por eso están las mujeres tan atrasadas. Pero no triunfaréis en la Revolución sin las mujeres. Las mujeres son decisivas. El hombre hace lo que ella piensa o le insinúa. Si conseguís conquistar para nuestra causa a las mujeres, habremos andado la mitad de camino.»

En 1918, Vasilisa era una activa militante. Sabía lo que quería, y, por lo tanto, no transigía. Muchos habían perdido el entusiasmo; poco a poco se quedaron rezagados, hasta que terminaron por quedarse en casa. Pero Vasilisa continuaba igual: siempre trabajando, luchando, organizando, cumpliendo objetivos, debatiendo.

Era incansable. ¿De dónde sacaba tantas energías? Estaba delicada. Su cara daba la sensación de que no tenía ni una gota de sangre: era toda ojos. Ojos dulces, inteligentes, sabios.

Vasilisa recibió cierto día una carta: la carta larga y ansiosamente esperada de su marido, su compañero, su amado. Estaban separados hacía ya meses; nada podían hacer para evitarlo. Primero la guerra civil; luego el «frente industrial». El Partido tenía necesidad de movilizar a todos sus miembros. La Revolución no es un juego de niños; exigía sacrificios de todos. Y Vasilisa ofreció también su sacrificio a la Revolución: casi continuamente tenía que vivir sola, sin su amado, siempre muy lejos de él. Arrancada de sus brazos, vivían en extremos opuestos de Rusia... Sus amigas decían: «Mejor es así. Os querréis más tiempo, porque no podréis cansaros el uno del otro.» Tal vez fuese cierto. Pero le echaba de menos, le echaba tantísimo de menos... Verdad es que Vasilisa tenía poco tiempo libre. Desde por la mañana hasta la noche estaba abrumada de trabajo para el Partido y para el Soviet local. Trabajo importante, urgente, interesante. Pero cuando regresaba a su tabuco (su «buhardilla», decía ella, como si estuviera en la aldea) su corazón se enternecía llamando al amado. Se sentaba a tomar té y a pensar. Sentía que nadie la necesitaba; que no tenía compañeros, a pesar de haber estado durante todo el día trabajando con ellos; que aquello por lo que luchaba no tenía ninguna finalidad. ¿De qué serviría todo aquello? ¿Quién lo deseaba? ¿La Humanidad? Los hombres no eran capaces de apreciar el esfuerzo. Hoy, una vez más, los compañeros habían echado a perder algo; se habían insultado y quejado. Parecían no querer comprender que tenían la obligación de vivir para la «colectividad». No lo podían comprender.

Hasta la misma Vasilisa había sido insultada, groseramente maltratada; le habían echado en cara que recibía sus raciones de «obrero modelo». ¡Que el diablo se llevase esas raciones extra! No las necesitaba para nada. Pero los mismos compañeros la habían convencido de tomarlas, porque se sentía sin fuerzas, estaba mareada... Allí sentada, de bruces sobre la mesa, bebía té, y recapacitaba sobre todas las afrentas del día. En esos momentos no podía ver nada bueno ni grandioso en la Revolución. Sólo fracasos, querellas y lucha.

Si al menos su amado estuviera allí tendría alguien con quien hablar y descargar su corazón. Y él la acariciaría tiernamente.

—¿Por qué tan desanimada, Vasya? Una muchacha resuelta como tú, que no tiene miedo de nadie, retando siempre a todo el mundo, que no pasa nada por alto, está ahora como un gorrión, con las plumas alborotadas bajo el alero.

La levantaría en sus brazos; era fuerte y la podía llevar por todo el cuarto como a un niño. Después la cantaría una tonada. Entonces se reirían, y sería feliz hasta dolerle el corazón. ¡Oh, cómo adoraba Vasilisa a su amado, a su marido, a su camarada, un muchacho guapo, dulce y cariñoso!

Pensando en él, Vasilisa se sintió aún más desgraciada. ¡Su buhardilla estaba tan triste, tan sola! Suspiró, y al recoger los cacharros del té se regañó a sí misma. «¿Se puede saber lo que quieres? ¿No deseas más que gozar de la vida? Te gusta tu trabajo. Cuentas con el aprecio de tus camaradas. ¿También necesitas a tu enamorado a tu vera?... ¿No sería demasiado, Vasilisa Dementyevna? La Revolución no es una fiesta; todo el mundo ha de sacrificarse. Todo por el bien común. Todo por la causa de la Revolución.»

Así se sintió Vasilisa durante el invierno. Pero ahora era primavera. El sol brilla alegremente; los gorriones piaban bajo los aleros. Por la mañana temprano, Vasilisa los contemplaba sonriendo, porque recordaba que su amado la había llamado gorrión. La primavera cantaba su canción a la vida. Pero cada vez era más difícil trabajar. Vasilisa estaba anémica; tenía una lesión en el pulmón. Justo entonces estalló un gran escándalo. Vasilisa había organizado una casa-comuna, trabajo que había emprendido por propio impulso y que nada tenía que ver con el trabajo general que realizaba en el Partido y en el Soviet. De todos sus trabajos, el de la casa-comuna era el que más amaba. Desde hacía mucho tiempo tenía la idea de organizar una casa modelo, donde prevaleciese el espíritu comunista. No una casa-comuna cualquiera, donde cada uno viviese para sí, donde a nadie le importase su vecino y en donde lo regular fuesen las riñas, las disputas y el descontento; donde nadie estuviese dispuesto a trabajar por el bien común; donde todo el mundo estuviese constantemente pidiendo cosas. No, Vasilisa había proyectado algo completamente distinto. Pacientemente, casi en secreto, preparó la casa. ¡Cuántas dificultades tuvo que vencer! Dos veces le apartaron de la casa. Esto la ocasionó innumerables disputas. Pero al fin venció. Todo estaba organizado: una cocina comunitaria, una lavandería, un cuarto destinado a los niños, un comedor (que era el orgullo de Vasilisa, con cortinas y geranios en las ventanas) y una biblioteca amueblada como el salón de un club. Al principio todo marchó bien. Las mujeres que vivían en la casa cubrían a Vasilisa con

sus insistentes besos. «Eres nuestra madrecita, nuestro ángel custodio. Es demasiado admirable tu labor.»

Pero después comenzaron las dificultades. Se rompían todas las reglas de la casa. No había forma de mantener la limpieza. Era imposible acostumbrar a las mujeres a que no riñesen en la cocina por los pucheros y las cacerolas. Dejaban que los baños se desbordasen, inundando la casa. Y cada falta, cada riña, cada desorden traía quejas contra Vasilisa, como si fuese la «patrona», como si hubiera tenido ella la culpa. Los castigos se hicieron necesarios. Los inquilinos se enfadaron, se sentían ofendidos; algunos se mudaron.

Así siguieron las cosas, de mal en peor, con riñas y conflictos diarios. Había una pareja de verdaderos revoltosos, los Fedosseyev, a los que nada parecía bien. Constantemente protestaban, aunque ellos mismos no sabían por qué, y excitaban a los demás. Y todo porque habían sido los primeros en ocupar la casa y se creían que les pertenecía. Pero ¿qué era lo que querían? ¿Qué era lo que no les gustaba? Vasilisa no lo podía comprender. Le amargaban la vida, originándole dificultades todos los días.

Ya no podía más. Vasilisa, fatigada por esta lucha, llegaba incluso a llorar. Veía que todo empezaba a desmoronarse. A todo esto, se habían promulgado las nuevas medidas económicas.<sup>3</sup> Todo debía pagarse al contado: el agua y la electricidad. Había que pagar impuestos; los tributos debían cubrirse. Vasilisa se veía bloqueada por todas partes. No veía medio de salir adelante. Éste era el «nuevo rumbo» de la economía: nada podía hacerse sin dinero.

---

<sup>3</sup> La Nueva Política Económica (NEP).

Vasilisa trabajaba como una esclava. Quizás sería mejor abandonar el asunto. Pero no era de ese tipo de personas; una vez que se ponía a hacer algo, tenía que conseguirlo.

Fue a Moscú y visitó varias oficinas, día tras día. Se acercó a las más altas personalidades. Todos sus informes y cuentas fueron recibidos favorablemente. Por último, recibió su casa-comuna. Hasta le dieron una asignación para reparaciones. Pero, a pesar de todo, tenía ella que procurar que en el porvenir la casa-comuna pudiera sostenerse por sí misma.

Vasilisa volvió encantada. Sin embargo, los Fedosseyev se mostraron huraños. Estaban resentidos con ella, como si les hiciera daño que triunfase en la lucha por la existencia de la casa-comuna.

Otra vez comenzaron los disgustos. Ahora se extendía el rumor de que Vasilisa no llevaba bien las cuentas de la casa, que sacaba una pequeña ganancia. ¡Lo que tuvo que aguantar! ¡No quería ni acordarse de aquello!

Fue muy duro entonces no tener a su amado. Necesitaba tanto a su compañero... Le escribió, le llamó. Pero asuntos importantes le impidieron ir. Tenía un buen cargo, de gran responsabilidad. Tenía que reorganizar los asuntos de la empresa donde anteriormente había sido un empleado. Había pasado el invierno lamentándose; era una tarea difícil. Le era completamente imposible alejarse, pues todo descansaba sobre sus hombros.

Así es que Vasilisa pasó sola sus contrariedades, soportando la ingratitud humana. ¿Y quiénes eran los ingratos? Los suyos, sus camaradas, los trabajadores. Si los ingratos hubieran sido los burgueses... Menos mal que el Comité la

apoyó. No permitió que el asunto llegara a los tribunales. ¡Era evidente que se trataba de una calumnia, fruto de la ruindad y la ignorancia!

Cuando los Fedosseyev iban a ser expulsados de la casa, los dos suplicaron a Vasilisa que les perdonase, asegurando que siempre la habían apreciado. Pero Vasilisa no pudo gozar con su victoria. Estaba cansada, agotada, demasiado extenuada para alegrarse. Se sentía enferma. Volvió al trabajo. Sin embargo, algo había muerto en su alma. Ya no amaba la casa-comuna. Era como si hubiesen atropellado a su hija. Sentía algo semejante a cuando, siendo niña, su hermano Koly le enseñó un caramelo, y cuando ella se empinaba para cogerlo, él se echó a reír maliciosamente. «Voy a hacer que te dé asco, para que no lo quieras.» Y escupió sobre el caramelo. «¿Por qué no te comes el caramelo, Vasilisa? Está muy bueno.» Pero Vasilisa se volvió, llorando: «¡Sucio! ¡Malo! ¡Cobarde! ¿Por qué me has estropeado mi caramelo?» Esto era lo que sentía ahora respecto a la casa-comuna. Estaba harta de ella. Es verdad que la dirección continuaba en sus manos, pero su corazón no estaba allí. ¡Si hubiera podido marcharse! Sus relaciones con los vecinos se habían malogrado. ¿No habían estado contra ella? ¿No habían apoyado a los Fedosseyev? Y todo, ¿por qué?, ¿por qué?

Perdió en general su interés por la gente. Antes Vasilisa era más afectuosa: siempre estaba pensando en los demás, compadeciendo a todo el mundo, preocupándose de todos. Ahora sólo pedía una cosa: que la dejasen sola. «No me toquéis. Estoy cansada.»



## CAPÍTULO II

La primavera se asomaba a través de la ventana del cuarto de Vasilisa, allá en lo alto, bajo el tejado. El sol ardiente penetraba en la habitación y el cielo de primavera brillaba con sus nubes blancas y delicadas, disolviéndose a lo lejos. Al lado, el tejado de la que fue una mansión señorial, destinada ahora a ser una casa de maternidad. Detrás de ella se extendía un jardín; los capullos comenzaban a abrirse. La primavera, la adorada primavera, que se había retrasado, llegó al fin.

También hoy era primavera en el corazón de Vasilisa, casi helado durante el invierno; siempre abandonado, siempre solo, lleno de constantes inquietudes, luchas y provocaciones. Pero hoy era un día de fiesta, un verdadero día de fiesta. Tenía una carta de su amado, de su adorado Volodya. ¡Y qué carta! Hacía mucho tiempo que no había recibido una carta como aquélla.

No me tortures, Vasya; ya no aguanto más. ¡Cuántas veces me has prometido venir a verme! Pero siempre me desilusionas. Me haces daño, mi querida niña. ¿Has estado luchando contra todo el mundo otra vez? Hasta a los camaradas de aquí han llegado noticias tuyas. Dicen que has salido hasta en los periódicos. Pero puesto que has vencido en ese asunto, ven ahora a tu amado Volodya, que no puede esperarte más. Verás, viviremos como gente

distinguida. Tengo un caballo y una vaca de mi propiedad, y un automóvil siempre a mi disposición. Tengo servicio, y, por lo tanto, no tendrás nada que hacer en la casa y podrás descansar. Ya es primavera aquí; los manzanos han florecido. Vasya mía, mi niña, vida mía, nunca hemos pasado una primavera juntos. Pero nuestra vida debe ser siempre como la primavera.

Lo cierto es que te necesito mucho ahora. Tengo dificultades con el Comité local del Partido. No me aprecian; no pueden olvidar que fui anarquista. Todo se debe a Saveliev, como ya te escribí. Tendrás que arreglar este asunto. Estoy cansado de todos estos entrometidos, pues apenas le dejan a uno respirar. Pero es difícil que encuentren nada contra mí; yo cumplo con mi deber. De todos modos, ahora me haces mucha falta.

Beso con pasión tus ojos castaños.

Tuyo siempre,

*Volodya*

Vasilisa estaba sentada al lado de la ventana observando las nubes blancas, meditando. Sus ojos sonreían. ¡Qué carta tan hermosa! Volodya la quería mucho, mucho. ¡Y cómo le amaba ella! Dejó la carta sobre su regazo y la acarició suavemente, como si hubiera sido la cabeza de Volodya. No veía el cielo azul, el tejado, las nubes. Sólo veía a su adorado Volodya, con sus inquietos ojos, que le miraban cariñosamente. Vasilisa le adoraba, tanto que le dolía el corazón... ¿Cómo había podido vivir todo un invierno sin él? No le había visto en siete meses. Y hasta le parecía que había pensado poco en él, que no le había anhelado demasiado. No encontró tiempo para pensar en su hombre, para suspirar por él. ¡Cuántas preocupaciones e inquietudes

tuvo todo el invierno! El fruto de su corazón, su hija, la casa-comuna, se había salvado, pero había tenido que luchar con gente necia, incomprensiva, sin cultura. Y había escondido su amor hacia Volodya en el rincón más oculto de su corazón. Su amor por él llenaba su alma; no había cambiado, era imperecedero. Pensando en él, sentía Vasilisa que estaba allí en su corazón. Probablemente porque siempre había estado llena de inquietud por él. ¡Si fuera posible que no le sucediese nada malo! Pero no mantenía la disciplina. Los camaradas tenían razón, y Vasilisa lo sabía, cuando le tachaban de «anarquista». No le gustaba seguir las instrucciones, que no eran para él sino otra forma de opresión... Pero esto se le podía dispensar por el trabajo que realizaba.

Ésta era la causa de vivir separados; de este modo el uno no distraía al otro. Porque ella también se daba a su trabajo en cuerpo y alma. Pero cuando Volodya estaba a su lado, ella se sentía atada a él y su trabajo se resentía.

«Primero nuestro trabajo y luego nuestro amor. ¿No piensas así, Vasya?», decía Vladimir. Y Vasya asentía.

Tenían las mismas ideas. ¡Era tan hermoso que no sólo fuesen marido y mujer, sino camaradas también! Ahora, una vez más, la llamaba para que le ayudase como a un camarada, a fin de que resolviese sus contratiempos. ¿Qué clase de contratiempos? Vasilisa leyó la carta otra vez. Parecía que una niebla se alzaba ante sus ojos. Si era a causa de Savelyev debía ser una cuestión poco edificante. Este Savelyev era un especulador, un individuo poco honrado. ¿Por qué tenía Volodya relaciones con él? Un director como era Volodya tenía que ser intachable; debía evitar el trato con toda clase de tunantes. Volodya, sin embargo, era

un ser confiado. Le daba pena de Savelyev; hasta condescendía con él. Sin embargo, nadie debía compadecer a hombres de esa clase, que estaban robando lo que era propiedad del pueblo. Que sufran el castigo por sus fechorías. Pero Volodya era un bonachón y los otros no podían comprenderle; siempre darían otras explicaciones a esta relación. Volodya tenía muchas enemistades porque era vehementemente y no podía dominar la lengua. ¡Si todo pudiera resolverse como hace tres años! ¡Si no tomaran ninguna decisión contra él! Era muy fácil perder la reputación, porque una acusación podía ser lanzada contra cualquiera. La experiencia le había enseñado eso a Vasilisa. ¿No había estado la gente molestándola todo el invierno? Ahora le tocaba a Volodya.

Tendría que ir con él y ayudarle. Tenía que estar a su lado para que los compañeros de allí se avergonzasen de sí mismos. No había que pensar más; lo dispondría todo y partiría.

Pero ¿y su comuna? No le importaba. No había nada que salvar ahora, porque de todos modos se iba a venir abajo. Aunque Vasilisa había ganado la batalla, los Fedoseyev eran los verdaderos vencedores. Era imposible salvar nada.

Vasilisa suspiró. Acercándose a la ventana miró al patio, como si mandase el adiós a la casa. Allí estuvo mucho rato: seria, cabizbaja.

De repente, algo la agitó: «¡Pronto volveré a ver a Volodya!» Sus mejillas se sonrojaron; su corazón saltaba de gozo. «Mi adorado, mi vida. Voy, voy contigo, Volodya mío.»

Vasilisa, sentada en su vagón, dormitaba; era el segundo día de viaje. Todavía le quedaban veinticuatro horas más.

Este viaje era completamente distinto a todos los demás que había hecho. Iba cómodamente instalada, con todo confort, como una burguesa. Vladimir le había enviado el dinero para el viaje (todo en estos tiempos tenía que pagarse en efectivo), y le había pedido que fuese en coche-cama. Además, le había enviado un corte de tela para un vestido. La señora de un director debía ir bien vestida. Vasilisa se echó a reír cuando un compañero vino de parte de Vladimir Ivanovitch, el director, y le trajo el dinero y la tela. Alabó la calidad del paño, como un perfecto tendero. Vasilisa se rio y gastó bromas al compañero; pero él pareció ofenderse. No bromeaba; la tela era verdaderamente excelente. Vasilisa ya no dijo nada. Estos «nuevos camaradas», los gestores, estaban más allá de su comprensión.

Durante un gran rato estuvo Vasilisa dándole vueltas y más vueltas a la tela. No estaba acostumbrada a pensar en los vestidos. Pero si Volodya lo deseaba, para que su mujer no llamase demasiado la atención, estaba bien. Encargaría que le hicieran un vestido a la moda, como los que todo el mundo llevaba.

Fue a ver a una amiga, la costurera Grusha, y le contó lo que pasaba. «Hazme un vestido bonito y elegante, Grusha, como los trajes que lleva todo el mundo.»

Grusha sacó varias revistas de moda que un compañero le había traído de Moscú el otoño pasado. Había estado todo el invierno guiándose por ellas y toda su parroquia había quedado satisfecha.

—Magnífico, Grusha; elige tú. Yo no entiendo de estas cosas. Me conformo con que sea decente y no esté roto. No conozco la moda.

Humedeciendo la punta de los dedos, Grusha estuvo pasando y repasando las hojas de la ya manoseada revista. Finalmente, encontró lo que deseaba.

—Aquí está. Este modelo te sentará bien. Eres delgada y necesitas algo que te haga parecer más ancha. Este parece hecho para ti. Un poco de vuelo a los lados y pliegues en el delantero. Así no parecerás tan lisa. Ya verás cómo lo hago para que le gustes a tu amado.

—Es perfecto.

Quedaron conformes en el precio, se besaron y Vasilisa se marchó satisfecha. Era una buena cosa que existieran modistas en el mundo, porque ella no hubiera podido hacerse nunca un vestido. Volodya, sin embargo, conocía las modas de los vestidos de las mujeres. Claro es que en los Estados Unidos había estado empleado en una tienda de modas. Ahora esta práctica le era útil. Los «comerciantes rojos» debían saber algo de los trajes de las mujeres, porque eran una mercancía más.

Vasilisa iba sentada junto a la ventanilla de su departamento, en el coche-cama. Estaba sola. Su compañera de viaje era una *nepmansha*<sup>4</sup>, muy llamativa, vestida con sedas, perfumada, con pesados pendientes; se había pasado

---

<sup>4</sup> *Nepmansha* (pl. *nepmanshy*): mujer del *nepman*. El traductor había volcado *Nep-girl* como «muchacha de la “NEP”», por lo que preferimos el ágil y comprensible vocablo ruso. Los términos se refieren a los miembros de la nueva «clase media» que emergió con la restauración parcial de la libertad de comercio privado que permitió, con la NEP, el poder soviético.

al compartimiento de al lado, donde se reía de una manera tumultuosa con varios «admiradores». Procuraba evitar el contacto con Vasilisa. Se dirigía a ella fríamente, torciendo los labios con desprecio. «Perdón, querida, pero te has sentado sobre mi chal y vas a arrugarlo.» En otra ocasión le dijo: «¿Por qué no te sales al pasillo, querida, mientras me desvisto para acostarme?» ¡Como si ella, aquella *nepmansha*, fuese la dueña del vagón y se aviniese a compartirlo con Vasilisa sólo por caridad! A Vasilisa no le gustaba que aquella *nepmansha* la llamase «querida». Pero no se sentía con ganas de reñir. ¡Que se fuese al diablo!

Era casi de noche. Sombras grises, azuladas, se extendían por los primaverales campos. Sobre la lejana faja negro-purpúrea de los bosques, el sol colgaba como una pelota de fuego. Las cornejas alzaban el vuelo sobre los campos, describiendo círculos en el aire. Los alambres del telégrafo subían y bajaban entre los postes.

Con la media luz del anochecer una inexplicable ansiedad se apoderó del corazón de Vasilisa. No se sentía triste, sino añorante. Añoranza, ¿de qué? ¿De dónde? ¿Por qué?

Vasilisa no tenía una respuesta. Los últimos días habían sido tan luminosos, tan alegres... Los había dedicado a los preparativos del viaje. Había arreglado sus asuntos para que quedaran en manos de otras personas. Y de repente todo el mundo estaba triste porque ella se marchaba; quizás no regresase jamás.

Hasta la mujer de Fedossejev se había acercado a ella, la había abrazado, llorando, y le había pedido perdón. Vasilisa se sintió incómoda. En el fondo no sentía ningún rencor contra los Fedossejev; pero no los estimaba porque no podía estimar a ninguno de su clase. Los camaradas de

Vasilisa la habían acompañado a la estación; incluso aplazaron una reunión del distrito, porque el tren salía a última hora de la tarde. Había gente del Soviet, del Comité del Partido... Los niños de la casa-comuna le llevaron flores de papel que habían hecho ellos mismos.

Vasilisa se daba cuenta de que no había dado sus fuerzas y energías en vano. La semilla estaba sembrada... ¡Algún fruto daría!

Cuando el tren comenzó a marchar, las lágrimas se le saltaron. Agitaban las gorras despidiéndose. De repente sintió cuánto los quería a todos. ¡Era muy duro dejarlos!

Pero apenas quedó la ciudad detrás de sí; apenas las fajas de los bosques y los barrios de los suburbios se acercaban a ella para alejarse de prisa, como si corrieran, Vasilisa olvidó la casa-comuna, las alegrías y las penas del invierno. Más ligeros que el tren, sus pensamientos se precipitaban muy lejos, hacia su amado, su extrañado marido y camarada... «¡Vamos, tren, aprisa! ¡No escatimes vapor! Contigo llevas un fogoso y anhelante corazón de mujer. Llevas como presente para el amado los ojos castaños de Vasya y su alma delicada, que no flaquea en su amor...»

¿Por qué se sentía ahora tan melancólica? ¿Cuál era la causa de aquel desconsuelo que invadía su corazón? Era como si un frío tornillo lo apretase. ¿Por qué se desconsolaba?

Quizás porque con la casa-comuna un pedazo de su vida caía en el pasado para no volver nunca más. Había desaparecido como aquellos estrechos campos que brillaban, lo mismo que el ámbar, bajo el sol primaveral.

Se echó a llorar quedamente. Después se secó las lágrimas y se sintió aliviada, como si aquella fría pena que había

torturado su corazón se hubiese deshecho juntamente con sus lágrimas, sobre la falda de su vestido nuevo.

Dieron luz en el vagón; bajaron las ventanillas. Inmediatamente se hizo más agradable la estancia.

El corazón de Vasilisa, no su cabeza, le decía: dos noches más y entonces vería a Volodya, lo vería y lo abrazaría. Sentía sus labios ardientes, sus brazos robustos, oía su voz.

Una dulce languidez estremecía su cuerpo; sus ojos reían. Si no hubiera sido por la *nepmansha*, que se acicalaba delante del espejo, Vasilisa se habría puesto a cantar. Muy alto, como los pájaros cantan en la primavera.

La *nepmansha* se había marchado dando un portazo. ¡Qué mujer más estúpida! Cerrando los ojos, Vasilisa pensó en Vladimir, su amado.

Soñando, repasaba página por página la historia de su amor. Hacía cinco años que se querían. Casi no podía creerlo. ¡Cinco años! Parecía como si se hubieran conocido ayer. O, al revés: ¿de veras había existido ese tiempo en que su querido, su adorado Volodya no había entrado aún en su corazón?

Se instaló más cómodamente, con los pies extendidos y los ojos cerrados. El agradable balanceo del coche acunaba todo su cuerpo. Sin embargo, sus pensamientos se precipitaban.

Se puso a recordar. ¿Cómo fue su primer encuentro?

Fue en un mitin, poco antes de los días de Octubre. Una época de inquietud. Sólo había un puñado de bolcheviques, pero ¡cómo trabajaban! Los mencheviques y los socialrevolucionarios estaban en el Poder. Los bolcheviques eran atacados por todos lados. La gente empleaba casi la violencia física contra ellos: «espías de los alemanes»,

«vendepatrias». Sin embargo, el grupo crecía de día en día. Ni ellos mismos sabían muy exactamente lo que iba a pasar, aunque estaban seguros de una cosa: que la paz llegaría y que los «patriotas», los verdaderos traidores, serían expulsados de los Soviets. Porque esto era seguro continuaban luchando, de una manera ardiente, obstinada, incondicional. Una inefable resolución brillaba en los ojos de todos: «¡Moriremos si es necesario, pero jamás transigiremos!» Nadie pensaba en sí mismo. ¿Había alguien que en aquellos momentos pensase en el «individuo»?

Al recordar aquellos tiempos, Vasilisa no podía verse a sí misma; veía al «grupo». Los diarios mencheviques y socialrevolucionarios habían hablado de ella. Historias, mentiras, calumnias. ¡Qué importaba todo eso! No podía ser de otra manera. De todas formas, la gente no leía todo lo que publicaban los diarios; simplemente creía que la justicia estaba del lado del Partido, de los bolcheviques.

—¿No te da lástima de tu madre? ¡Eres la vergüenza de la familia! ¡Mezclada con los bolcheviques! ¡Estás vendiendo tu patria a los enemigos! —se lamentaba la pobre anciana.

No queriendo escuchar tales reprimendas en su casa, Vasilisa se fue a vivir con otra muchacha. No podía condolerse de las lágrimas de su madre. Los extraños le parecían más allegados. Sólo un objetivo se levantaba ante ella con toda claridad: la victoria del bolchevismo. Parecía impulsada por alguna fuerza, le era imposible detenerse. Aunque esta fuerza la hubiera lanzado a un abismo, hubiera continuado luchando, peleando, combatiendo...

La controversia se hacía más aguda y el aire más sofocante. La tormenta era inevitable. Se recibían noticias de

Petrogrado: las resoluciones del Congreso, los discursos de Trotski, las proclamas del Soviet de Petrogrado.

Entonces se conocieron. El público se amontonaba; el salón estaba abarrotado. Había gente sobre los poyos de las ventanas, sentada en el suelo, en los pasillos. Apenas había sitio para respirar. ¿Qué clase de mitin era? Vasilisa lo había olvidado. Pero recordaba nítidamente la imagen del estrado: por primera vez fue elegido presidente un bolchevique, y el comité también estaba formado por bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda. Entre ellos estaba un anarquista, de una cooperativa, conocido en la ciudad por Vladimir «el americano».

Fue la primera vez que le vio. Pero antes había oído hablar mucho de él. Algunos estaban entusiasmados con él y decían: «Es todo un hombre. Sabe lo que hay que hacer para que la gente le escuche.» Otros le encontraban faltas. «Es un presumido.» Pero le apoyaban las cooperativas de panaderos y los dependientes de comercio. Los bolcheviques se alegraron cuando votó contra los mencheviques y se enojaron cuando dijo algo contra ellos. ¿Qué era lo que quería?

El secretario del Partido no lo podía resistir. «Está loco; mejor estamos sin amigos de esa clase.» Pero Stepan Alexeyevitch, el bolchevique más apreciado en toda la ciudad, se reía en sus propias barbas grises y le decía: «¡Calma, no nos precipitemos! ¡Puede llegar a ser un magnífico bolchevique! Está ansioso de lucha. Veréis que pronto se le van de la cabeza todas esas fantasías que ha traído de América.»

Vasilisa había oído hablar de él, pero no le había prestado atención. ¡Había tanta gente que aparecía sin que se

supiera la menor cosa sobre su vida! No valía la pena ocuparse de ellos. Llegó tarde al mitin, sin aliento. Había estado hablando en una fábrica de ladrillos. En aquellos días había mítines por todas partes. Tenía que hacerse así. Vasilisa era oradora entonces. A la gente le gustaba que una mujer, una obrera, hablara en público. Vasilisa hablaba de una manera objetiva; no había nada gratuito ni inútil en sus palabras. Había dominado esta manera de hablar dura, pero transparente. Casi no podía atender a todas las peticiones que le hacían.

Cuando llegó al mitin fue directamente a la plataforma. Se había anunciado que ella hablaría. El camarada Yurotchkin (ya fallecido; murió en el frente) le tiró de la manga:

—¡Hemos ganado! Los bolcheviques han ganado en la elección de presidente. También hay dos socialrevolucionarios de izquierda y, además, «el americano». Ya es casi un bolchevique. Va a hablar dentro de un minuto.

Vasilisa miró al americano, y algo que había en él la sorprendió. ¡Vaya con el anarquista! Le habría tomado por un señor. Llevaba cuello almidonado y corbata, y el pelo con raya. Un hombre guapo, con pestañas largas. Le llegaba el turno. Se adelantó, tosió y se puso la mano delante de la boca. ¡Igual que un caballero! Y no pudo menos de reírse.

Su voz era agradable, atrayente. Habló durante un gran rato, haciendo reír frecuentemente al público. Vasya se rio también. Después de todo, el anarquista era un muchacho ingenioso. Cuando se volvía a la mesa de los oradores tropezó, sin querer, con Vasya. Cuando dio la vuelta para pedirle perdón, Vasya se ruborizó. Y, por haberse ruborizado, le entró aún más vergüenza y enrojeció más todavía... ¡Qué

rabia! Pero el anarquista no se dio cuenta. Se sentó, se echó hacia atrás en su silla y encendió un cigarrillo.

El presidente se volvió hacia él, y señalando su cigarrillo dijo: «No estamos acostumbrados a fumar aquí.» Vladimir se encogió de hombros y continuó fumando. «Quiero fumar y seguiré fumando. Vuestras reglas no son para mí.» Chupó dos o tres veces más el pitillo, y viendo que el presidente estaba ocupado en otra cosa lo tiró.

Vasya no había olvidado nada. Algún tiempo después gastó bromas a Vladimir sobre esto. Pero en aquel tiempo ni siquiera se había fijado en ella; no se dio por enterado hasta que ella comenzó a hablar.

Vasilisa habló muy bien aquella noche, y, aun cuando él estaba detrás, ella sentía en la nuca los ojos del «americano». Premeditadamente alabó a los bolcheviques en oposición con los mencheviques, los socialrevolucionarios y los anarquistas, aunque entonces no sabía muy bien lo que eran los anarquistas. Quería herir al «americano», que actuaba demasiado, como si fuera un señor.

Vasilisa recordaba cómo, al hablar, se le deshizo el moño. Por entonces tenía un hermoso pelo largo que trenzaba y enrollaba sobre su cabeza. Estaba hablando con todo su corazón, apasionadamente, y las horquillas se le cayeron. Era incómodo; el pelo le estorbaba; se lo echó hacia atrás.

No sabía que su trenza fue lo que atrajo a Vladimir.

—No me fijé mientras hablabas. Pero cuando el pelo cayó sobre tus hombros vi claramente que no eras una oradora, sino mi Vasya, mi adorada Vasya. ¡Una mujer! ¡Y una mujer tan extraña! Estabas avergonzada, pero te mantenías en tu puesto. Accionabas con las manos y atacabas a

los anarquistas cuando el pelo se te deshizo y culebrillas rizadas se ensortijaban sobre tu espalda como hilos de oro... Fue entonces cuando me propuse conocerte, Vasyuk...

Vladimir le había dicho esto más tarde, cuando se amaban. Pero ella no lo sabía en el mitin. Cuando terminó el discurso se recogió el pelo. Yurotchkin le recogió las horquillas.

—Gracias, camarada.

Aquello era muy azorante. Todo el mundo la miraba fijamente. No quería mirar al «americano», pero seguramente él lo había notado y ya habría formado su opinión. Había algo que le molestaba; estaba enfadada con «el americano». Pero ¿qué tenía que ver con él?

El mitin había terminado. Todo el mundo se fue. El americano se paró ante ella.

—¿Puedo presentarme yo mismo? —Le dijo su nombre y le explicó quién era. La estrechó su mano; alabó su discurso. Otra vez se ruborizó Vasilisa. Empezaron a hablar, a discutir. Ella defendía a los bolcheviques; él, a los anarquistas. Entre la multitud llegaron a la calle. Era una noche de viento y frío.

Un coche de la cooperativa esperaba. El anarquista propuso llevar a Vasya a su casa. Aceptó ella y subieron al coche. Estaba oscuro y era estrecho. Se sentaron muy juntos. El caballo echó a andar, salpicando el barro con sus herraduras.

Vasilisa y Vladimir dejaron de discutir, sentados, juntos y silenciosos. Los dos iban serios, pero contentos... No eran conscientes de que en aquellos precisos instantes estaba naciendo su amor.

Hablaron de cosas sin importancia: de la lluvia, del mitin que tendría lugar al día siguiente en la fábrica de jabón, de la asamblea en la cooperativa. Pero sus corazones estaban llenos de alegría.

Llegaron a la casa de Vasya y se desearon buenas noches. Los dos sentían separarse tan pronto, pero ninguno lo dijo.

—¿Está segura de que no se mojó usted los pies? —preguntó con gran interés Vladimir.

—¿Los pies? —preguntó Vasya, gratamente extrañada; por primera vez en su vida alguien se había preocupado por ella. Y Vasya se rio, enseñando sus dientes iguales y blancos.<sup>5</sup>

La puerta se abrió; el sereno dejó pasar a Vasya dentro de la casa.

—Adiós, hasta mañana en la cooperativa. No se olvide. El mitin comienza a las dos en punto. Hacemos las cosas «a la americana».

Vladimir se quitó el sombrero y se despidió con una inclinación de cabeza. Vasya se volvió en el umbral como si esperase algo más.

La puerta se cerró y Vasya se encontró sola en el pequeño y oscuro portal. Y de repente, toda la alegría se le fue. Su corazón estaba inquieto, enfermo de anhelo... Algo le daba pena; algo le causaba daño. ¡Se vio tan insignificante, tan inútil!

---

<sup>5</sup> En la edición inglesa de 1927 y la española de 1928, sigue: «Vladimir la hubiera cogido entre sus brazos para besar aquellos dientes húmedos, blancos e iguales.»



### CAPÍTULO III

Vasilisa estaba sentada en su compartimento, con la cabeza apoyada en su chal de lana a modo de almohada. No dormía, sino que veía el pasado como en un sueño; como en el cine: rollo tras rollo, escena tras escena; alegría y tristeza; toda su vida con Vladimir, con Volodya. Hermosos recuerdos. Y al recordarlos, hasta sus penas le parecían agradables. Se instaló más cómodamente. El coche se balanceaba deliciosamente. ¡Qué bien estaba así!

Con los ojos de la mente, vio Vasilisa la asamblea de la cooperativa: una reunión ruidosa, con gritos. Los panaderos eran una muchedumbre turbulenta, indomable. Vladimir estaba en la presidencia; sólo él sabía dominarlos. Fue difícil, pero finalmente lo consiguió. Las venas de su frente estaban hinchadas por el esfuerzo; mas consiguió lo que quería. No vio entrar a Vasya, que se sentó modestamente junto a la pared y observaba.

Se acordó una resolución de condena contra el gobierno provisional y poner la cooperativa en manos de los trabajadores. Inmediatamente fue nombrado entre ellos un comité. Los accionistas, los miembros de la Duma Municipal y los burgueses fueron borrados de las listas. Desde ese momento, ya no sería una cooperativa municipal; pertenecería solamente a los panaderos y demás empleados.

Pero los mencheviques no querían que todo esto les sorprendiese dormidos. Enviaron a algunos de sus hombres a dar cuenta de lo que pasaba.

La reunión comenzaba a disolverse y se iba a quedar solamente el comité administrativo para celebrar una reunión, cuando, de repente, con gran consternación de todo el mundo, apareció en la puerta el comisario menchevique, la más alta autoridad de la ciudad, un partidario de Kerensky. Detrás de él, los jefes de los mencheviques y de los socialrevolucionarios. Al verlos Vladimir, sus ojos brillaron astutamente.

—¡Camaradas, la asamblea ha terminado! Solamente se quedará el comité administrativo de la cooperativa de panaderos revolucionarios para celebrar una sesión. Mañana celebraremos una reunión para discutir asuntos de carácter general. Ahora todo el mundo a casa.

La voz de Vladimir resonaba tranquila y resuelta. La concurrencia se levantó con alboroto.

—¡Deteneos, camaradas, deteneos! —gritó con irritada voz el comisario—. Os ruego que no suspendáis la asamblea.

—El comisario llega tarde. Ya se ha suspendido la reunión. Pero si desea enterarse de las resoluciones, puede disponer de ellas. Aquí están. Teníamos intención de enviarles una delegación. Pero usted ha venido personalmente. Mucho mejor. Así debe ocurrir en épocas de revolución. Es tiempo de que la gente aprenda que no es obligación de las organizaciones llevar a toda prisa sus resoluciones a las autoridades, sino que deben ser las autoridades las que vengan hasta los obreros para saber noticias.

Vladimir permanecía impasible, reuniendo sus papeles, y en sus ojos, bajo las largas pestañas, pequeños diablillos reían y bailaban.

—¡Tiene razón, tiene razón! —gritaba la muchedumbre. Algunos reían. El comisario intentó protestar. Subió hasta donde estaba Vladimir. Se excitó y dio grandes voces. Vladimir permaneció sereno; sus ojos sonreían; su voz era fuerte y clara. Su contestación al comisario fue oída en toda la sala. El público reía y aplaudía. Estaban encantados cuando oyeron que Vladimir invitaba al comisario a una cena para celebrar el haber pasado la cooperativa de manos de la burguesía a las de los panaderos.

—¡Es un muchacho inteligente este americano! No tiene pelos en la lengua...

El comisario tuvo que marcharse sin realizar su propósito. Amenazó con hacer uso de la fuerza.

—¡Inténtelo! —gritó Vladimir, cuyos ojos brillaban. Y la sala entera repitió: «¡Que lo intente, que lo intente!»

La atmósfera se hacía amenazadora. El comisario y sus mencheviques hicieron una apresurada retirada por una puerta lateral.

Pero en la sala continuó el tumulto. La sesión del comité administrativo fue aplazada hasta la noche. La gente tenía primero que comer. Estaban extenuados, porque la asamblea había comenzado por la mañana. Vasya regresó con la multitud. De repente, se encontró con que Vladimir estaba ante ella. Tranquilo ya, sus ojos reían. ¡Qué distinto de los otros, con su buen traje azul! Pero ahora no veía al «señor». Hoy, pensaba, «nos pertenece». Después de todo, ¿en qué se diferenciaba de un bolchevique? Era valiente, no tenía miedo a nada. Se enfrentaría con las balas

si era necesario, a pesar del cuello duro. Repentinamente, se despertó en Vasya no sólo el pensamiento sino el deseo de abandonar su mano confiadamente en la fuerte mano de Vladimir. Le gustaría ir a través de la vida con él, a su lado, alegre y confiada. Pero, ¿qué era ella para un hombre como Vladimir? Comparándose con él, Vasya suspiró. Era guapo, había visto mucho, había estado en Norteamérica. ¿Y ella? No era bonita, era ignorante y nunca había salido de su provincia. ¡Cómo iba a fijarse en ella! Tampoco aquel día había advertido su presencia.

Sin embargo, apenas habían cruzado por su mente estos pensamientos, cuando oyó la voz de Vladimir a su lado.

—¡Encantado de verla, camarada Vasilisa! ¿Qué tal? Hemos hecho enrojecer la nariz del comisario. ¡Para que aprenda! Ya no intentará emplear sus trucos otra vez. No volverá más por aquí. Se lo aseguro. Además, le dijimos lo de las resoluciones por pura fórmula.

Vladimir estaba excitado, entusiasmado. Vasilisa se contagió. Comenzaron a hablar; los dos se reían y estaban contentos. Si los compañeros no hubieran venido a buscar a Vladimir, se hubieran estado mucho más tiempo en el vestíbulo, hablando del comisario y de las resoluciones.

—Bueno, tengo que marchar; no puedo entretenerme más, camarada Vasilisa.

Vasya comprendió que en su voz había pena. Su corazón latió gozosamente. Levantó sus dulces ojos observadores hasta los suyos. El alma de Vasya estaba reflejada en sus ojos. Vladimir se miró en ellos. Silenciosamente, como si se hubiera perdido en ellos.

—¿Por qué no viene, camarada Vladimir? No haga esperar a la gente. Estamos abrumados de trabajo.

—Ya voy.

Precipitadamente estrechó su mano y partió.

Vasya vagó por la ciudad, sin saber adónde iba, sin ver las calles ni los transeúntes; sólo veía a Vladimir.

Esto era algo nuevo para ella.

Era una noche clara y helada de invierno. Estrellas, infinitas estrellas, brillaban en el cielo. La nieve, recién caída, todavía blanca e inmaculada, cubría las calles; se había acumulado en tejados y graneros; adornaba los árboles como escamas colgantes.

Vasilisa y Vladimir volvían de una sesión del Soviet. Los días de Octubre habían pasado ya. Ahora el Poder estaba en manos de los Soviets. Los mencheviques y los socialrevolucionarios de derecha habían sido echados. Sólo quedaban los «internacionalistas». La fuerza de los bolcheviques aumentaba. El Partido lo gobernaba todo. Los obreros estaban con los bolcheviques. Sólo los burgueses, los popes y los oficiales del ejército estaban contra ellos. El Soviet los combatía. La vida no había vuelto aún a su curso normal. Las olas de la Revolución no se habían calmado todavía. Por las calles patrullaba la Guardia Roja; había todavía choques de vez en vez. Pero lo peor había pasado.

Vasilisa y Vladimir hablaban de los días en que «tomaron el Poder». Los panaderos de Vladimir se habían mantenido en la brecha. Hombres excelentes, resueltos; Vladimir se sentía orgulloso de ellos. Y éstos le habían llevado al Soviet. Vasilisa y Vladimir hablaban, uno al lado del otro, por las calles tranquilas. Las patrullas de la Guardia Roja pedían la contraseña. Vladimir tenía también una estrecha banda roja en la manga. Llevaba una gorra de piel; se había

alistado en la guardia obrera y había estado bajo el fuego. Una bala había atravesado el hombro de su abrigo; él se lo enseñaba a Vasilisa. Aunque se habían visto mucho durante este tiempo, nunca tenían ocasión de hablar. No había tiempo para eso.

Aquel día, sin embargo, habían salido juntos sin haberse puesto previamente de acuerdo. ¡Qué alegría! ¡Tenían tantas cosas que decirse! Sentían como si fueran dos viejos amigos que se reuniesen para contarse todas sus cosas. No obstante, de pronto los dos se quedaron silenciosos. Se sentían más próximos que nunca. Pasaron por delante de casa de Vasilisa sin darse cuenta; habían llegado hasta el extremo del barrio, donde empezaban las huertas. ¡Dónde se habían metido! Se detuvieron y se echaron a reír, llenos de asombro. Levantaron la vista hacia el cielo, en el que las estrellas centelleaban y brillaban. ¡Qué bien se está así! ¡Qué ligereza en el alma! Eran jóvenes. Animosos.

—No tenemos reloj en nuestra aldea; así que conocemos la hora por las estrellas. Mi padre las conocía muy bien. Siempre podía decir exactamente la hora.

Vladimir habló de su infancia. Habían sido una familia numerosa en una casa de campesinos pobres. Había demasiado poco de todo. Volodya quiso ir a la escuela; pero estaba demasiado lejos. Así que hizo un convenio con la hija del pope. Él cuidaría de sus gansos y ella le enseñaría a leer y a escribir.

Vladimir evocaba la aldea, los campos y los bosques de su pueblo natal. Se puso tierno y melancólico.

—¡De modo que era así! —Vasilisa estaba sorprendida. Y le quiso más.

Él le habló de los Estados Unidos, de cómo había ido allí de niño, decidido a abrirse solo un camino en la vida. Después de pasarse dos años a bordo de un carguero, había trabajado en el puerto. Participó en una huelga y lo metieron en la lista negra. Finalmente fue deportado y tuvo que pasar a otro Estado. Tenía hambre, y trabajó en todo lo que se le presentaba. Durante algún tiempo fue mozo de limpieza en un gran hotel de lujo. ¡Cuánta gente rica vio allí! ¡Y qué mujeres! Todas elegantemente vestidas, con sedas, encajes y diamantes. Después fue portero de una gran tienda de modas, donde le pagaban muy bien. Llevaba un uniforme galoneado. Gustaba por su buena figura. Pero pronto se cansó. Todas aquellas clientas ricas le ponían nervioso. Entonces fue chófer y viajó por los Estados Unidos con un rico comerciante en algodón, recorriendo cientos de millas en un auto elegante. Sin embargo, se cansó también de esto. Después de todo, era poco menos que un esclavo. El comerciante le hizo conocer el negocio de algodón, donde se hizo dependiente y aprendió contabilidad. Y después... la Revolución. Abandonándolo todo se apresuró a regresar a Rusia. Había pertenecido a organizaciones obreras en los Estados Unidos. Había estado detenido una vez después de un choque con la policía. Pero el comerciante de algodón había venido en su ayuda porque le apreciaba como chófer y le tenía estima, aunque sabía que era un anarquista. También le echaba una mano siempre. ¡Los Estados Unidos eran diferentes a Rusia!

Vladimir amaba los Estados Unidos a su manera.

Y así continuaron a través de las calles. Vasya escuchaba; el torrente de palabras de Vladimir era inagotable.

Parecía que le estaba confesando toda su vida. De nuevo se encontraron en la puerta de la casa de Vasya.

—¿Por qué no me invita a tomar una taza de té, camarada Vasilisa? Estoy muerto de sed. Y realmente no tengo ganas de ir a dormir todavía.

Vasya no sabía qué hacer. Su amiga debía estar ya en la cama a aquellas horas.

«¡Qué más da! Haremos que se levante. Y los tres pasaremos muy bien la velada.»

¿Y por qué no había ella de invitar al americano a entrar en su casa? Ella no quería que se marchase, porque eran amigos.

Entraron, preparó el samovar y Vladimir la ayudó.

—Uno debe ayudar siempre a las señoras. Eso es lo que hacemos en los Estados Unidos.

Tomaron el té tranquilamente, gastando bromas a la amiga de Vasya, a la que habían hecho salir de la cama medio dormida.

Vasilisa no podía estar más contenta.

De nuevo habló Vladimir de los Estados Unidos, de las bellas señoras con medias de seda que iban en sus autos a la gran tienda, delante de la cual permanecía él con su uniforme galoneado de portero, con una pluma en su sombrero de tres picos. Una de ellas le pasó secretamente una nota, proponiéndole una cita. Pero él no fue. No se preocupaba de esa clase de mujeres. No daban más que disgustos. Otra le dio una rosa...

Escuchando los cuentos de Vladimir sobre las bellas mujeres norteamericanas con medias de seda, Vasilisa se sentía cada vez más insignificante, menos atractiva...

La alegría de su corazón había muerto y el mundo le pareció negro.

—Supongo que se enamoraría usted de esas bellezas...

La voz de Vasya sonaba falsa. Estaba pesarosa de haber dejado escapar aquella pregunta.

Vladimir la miró atentamente, con cariño. Movi6 su cabeza.

—Toda mi vida, Vasilisa Dementyevna, he defendido mi corazón y mi amor. Los reservo para una muchacha pura. Pero esas bellas señoras son demasiado ligeras todas ellas. Peor que prostitutas.

Y de nuevo su corazón se inundó de alegría, para vaciarlo otra vez enseguida.

¿Conservaba su corazón para una muchacha pura? Vasya no era «pura» ya. Había tenido relaciones con Petya Razgulov, del departamento de máquinas, hasta que se marchó al frente. Después estuvo con un militante del Partido; ella dijo que estaban prometidos. Éste también se había ido fuera y habían dejado de escribirse. Y ella le había olvidado.

¿Y ahora, qué? «¿S6lo una muchacha pura?»

Vasya miraba a Vladimir, escuchando su voz; pero no oía lo que decía. ¡Le dolía tanto el corazón! Vladimir pensó que la aburría con sus historias.

Dejó de hablar y se levantó. Rápídamente, fríamente, se despidió.

Vasya luchó para que no se le saltasen las lágrimas. Deseaba echarse en sus brazos. Pero él no la necesitaba. ¡Había visto tantas mujeres hermosas! Y reservaba su corazón para una «muchacha pura».

Vasya lloró toda la noche. Decidió alejarse de este «americano». ¿Qué podría ella significar para él?

Vasya había hecho el firme propósito de apartarse del camino del «americano», pero la fatalidad decidió aproximarlos aún más.

Al llegar un día a una reunión del comité, se encontró con una violenta discusión. Tenía que ser nombrado un nuevo comandante de la ciudad. Algunos propusieron a Vladimir, otros se negaron a considerar esa proposición. El que más se opuso fue el secretario del Comité del Partido. No debía ni siquiera pensarse en eso. La ciudad entera estaba contra «el americano». Recorría la ciudad en el coche de la cooperativa como si fuera un gobernador. Exasperaba al pueblo; no quería reconocer la disciplina. Se habían formulado recientemente quejas contra él. Se habían recibido quejas por su negativa a aplicar los decretos en la cooperativa.

Vasya defendió a Vladimir. Le dolió oír hablar de él de aquella manera, oírle llamar anarquista. La sospecha era estúpida. ¿No hacía mejor obra que muchos bolcheviques? Stepan Alexeyevitch estaba también en favor de Vladimir. Se decidió ponerlo a votación.

Siete en contra de Vladimir, seis a favor. Bien, ya no se podía hacer más. Después de todo, Vladimir también tenía algo de culpa. Había querido destacarse demasiado.

Pero Vladimir estaba enfadado. ¿Por qué no tenían confianza en él? ¿No estaba él con la Revolución en cuerpo y alma? Cuando supo la votación del comité, se puso furioso. Y con toda intención comenzó a insultar a los bolcheviques.

—¡Estatistas! ¡Centralistas! ¡Quieren establecer otro régimen policiaco!

Habló de los Estados Unidos; mencionó a los I.W.W.<sup>6</sup> todo lo que pudo.

El comité se excitó y exigió que Vladimir «acatara las decisiones».

El enfrentamiento se hizo más fuerte de día en día. Vasya sufría mucho. Trabajó intensamente en defensa de Vladimir. Discutió hasta quedarse ronca.

El asunto se elevó ante el Soviet. La cooperativa seguía sin cumplir las órdenes.

Vladimir, mientras, repetía una y mil veces:

—¡No acepto vuestras medidas policiales! Cada organización es dueña de sí misma. ¿Disciplina? Me importa una mierda vuestra disciplina. No hicimos la Revolución, derramamos sangre y echamos a los burgueses para encadenarnos de nuevo. ¿Para qué necesitamos jefes? ¿No podemos dirigirnos a nosotros mismos?

Disputas, griterío.

—Si no acata las órdenes, le echaremos —amenazó el presidente.

—¡Inténtelo! —gritó Vladimir, cuyos ojos ardían—. Sacaré a todos mis muchachos de la milicia. ¿Quién os defenderá entonces? Pronto estaréis en manos de los burgueses de nuevo. ¡Y a eso es a lo que va el Soviet! Más que un Soviet, parece la policía del distrito.

El corazón de Vasilisa dejó de latir. ¿Por qué decía aquello? Ahora todos usarían esto para ir en contra de él.

---

<sup>6</sup> Industrial Workers of the World, sindicato de tendencia anarcosindicalista.

No se equivocó. El mitin estalló en cólera. ¿Qué? ¿Insultaba a los Soviets? Vladimir permanecía en pie, pálido, defendiéndose. Pero se desencadenó en contra suya una tempestad. La gente se abalanzaba hacia él.

—¡Expulsad del Soviet a ese miserable! ¡Arrestadlo! ¡A la calle!

Gracias que estaba allí Stepan Alexeyevitch. Acudió en su ayuda. Dijo a Vladimir que se retirase al cuarto de al lado. El Soviet discutiría la cuestión sin estar él presente.

Vladimir se fue y Vasya le siguió. Se sentía abochornada. Había sido estúpido por su parte. También estaba enfadada con el Soviet. ¿Cómo podían condenar a un hombre por sus palabras? Debían juzgarle por sus hechos. Todo el mundo sabía que Vladimir estaba con los Soviets. Si no hubiera sido por él, los bolcheviques podrían no haber triunfado en la Revolución de Octubre. Fue él el que desarmó a los oficiales. Fue él también el que obligó al alcalde de la ciudad a huir, el que había obligado a trabajar a los más obstinados enemigos del pueblo.

¿Por qué había que expulsarle del Soviet? ¿Por una palabra ligera?

Extraordinariamente agitada pasó Vasya al cuarto de al lado. Vladimir estaba sentado ante la mesa, caviloso, con la cabeza apoyada en la mano.

Al levantar la cabeza para mirarle, Vasilisa vio pena, disgusto, angustia en sus ojos. De repente, parecía pequeño y desvalido como un niño.

El corazón de Vasilisa se llenó de compasión. Haría cualquier cosa por amortiguar la pena de su querido amigo Vladimir.

—Bueno, ¿se han achantado los partidarios del Estado? —preguntó pretenciosamente Vladimir—. ¿Los he asustado con mis amenazas? Las cosas no han llegado aún a tal extremo...

Se paró en seco. Vasya le contemplaba cariñosamente. Había reproches en su mirada.

—Está usted equivocado, Vladimir Ivanovitch. Usted tiene la culpa. Se hace daño a sí mismo. ¿Por qué dijo usted eso? Ahora parece como si estuviera contra el Soviet.

—¡Y estaré en contra si el Soviet va a ser otro departamento de policía! —insistió Vladimir.

—¿Por qué dice cosas que ni usted cree? —Vasya se acercó a él, con mirada maternal, grave y tierna.

Al levantar los ojos hasta ella, Vladimir permaneció silencioso.

—Reconoce que le traicionaron los nervios.

Vladimir inclinó la cabeza.

—No pude evitarlo. Estaba furioso.

Y de nuevo se miró en los ojos de Vasya, como un niño que confiesa la falta a su madre.

—Ahora ya no puede hacerse nada. Todo ha terminado.

La apartó de su lado. Pero Vasya se acercó aún más. Su corazón estaba lleno de tristeza y de ternura. ¡Le era tan querido! Pasó su mano por la cabeza de él, acariciándola suavemente.

—No, Vladimir Ivanovitch. ¿Por qué pierde usted el valor? ¿No es anarquista? Ésa no es forma de actuar, Vladimir. Debe creer en sí mismo y no dejar que le insulten.

Vasya estaba inclinada sobre Vladimir, acariciando su cabeza como si fuese un niño. Y él apoyó su cabeza, lleno de confianza, sobre el corazón de la amiga como si buscara

su apoyo. ¡Tan grande, y, sin embargo, lleno de angustia como un chiquillo!

—Es duro para mí. Me he llevado tantas decepciones... Creí que la Revolución, los camaradas... todo cambiaría.

—Y así será, pero hay que tratar de hacer las cosas amistosamente, con camaradería.

—No, la buena voluntad no sirve para nada. Yo no sé cómo tratar con la gente.

—Ya aprenderá usted; estoy segura.

Vasya levantó la cabeza de Vladimir y le miró a los ojos, como queriendo infundirle su propia confianza con la mirada. Su mirada estaba llena de ansiedad. Al inclinarla de nuevo, Vasya besó cariñosamente su pelo.

—Bueno; tendremos que arreglar el asunto. Usted tendrá que excusarse, decir que obró con ligereza, que interpretaron mal sus palabras.

—Está bien —convino obedientemente Vladimir, buscando ayuda en los ojos de Vasya. Repentinamente extendió sus brazos hacia ella y la estrechó contra su corazón hasta hacerse daño. Y sus labios ardientes buscaron la boca de Vasya.

Vasya corrió hacia la plataforma y se dirigió a Stepan Alexeyevitch. Las cosas eran de éste y de este modo. Vladimir tenía que ser ayudado para salir de aquel conflicto.

El incidente quedó zanjado.

Pero la actitud hostil contra Vladimir no desapareció. El Soviet estaba dividido en dos campos. Los alegres días de paz habían pasado.

Vasya no quería recordar más; pero sus pensamientos volaban. No había medio de detenerlos.

¿Cómo se unieron? Fue poco después de este incidente en el Soviet. Vladimir solía acompañarla a su casa. Siempre salían juntos aquellos días. Se buscaban. Cuando estaban solos, su conversación era cercana.

Un día, la amiga de Vasya había salido. Y Vladimir, cogiendo en sus brazos a Vasya, la besó ardientemente, apasionadamente. Aún recordaba aquellos besos. Pero ella se soltó, retrocedió y le miró a los ojos sinceramente.

—Volodya, no debes besarme así. No podría resistir una desilusión.

Sorprendido, no entendió.

—¿Desilusión? ¿Crees que quiero engañarte? ¿No comprendes que te quiero desde que te conocí?

—¡No es eso! No es eso, Volodya. Claro que te creo. Pero es que yo... yo... No, no me beses. Reserva tu corazón para una «muchacha pura». Yo no soy pura, Volodya. He tenido otros amantes.

Mientras hablaba, pensaba temblando: «Mi felicidad quedará ahora hecha pedazos».

Vladimir no le dejó terminar.

—¿Qué me importan a mí tus amantes? Tú eres mía. No hay nadie más puro que tú en el mundo, Vasya... Es tu alma la que se conserva pura.

Apasionadamente la estrechó contra él.

—¿Me quieres, verdad, Vasya? ¿No es cierto que me quieres? ¿No eres mía? ¡Mía! ¡Y de nadie más! Mira, no me vuelvas a hablar de tus amantes. No me cuentes nada. No quiero saber nada. No quiero. Tú eres mía, y basta.

Y así fue el principio de su unión.



**SEGUNDA PARTE:**

**FAMILIA**



## CAPÍTULO IV

El compartimento del tren estaba oscuro. La *nepmansha* se había acostado después de perfumar el vagón entero con agua de colonia. Vasilisa estaba acostada sobre la litera superior. ¡Si le fuera posible conciliar el sueño! Pero los recuerdos del pasado se le presentaban insistentemente. Era como si estuviese haciendo balance. Pero ¿por qué hacerlo? Tenía toda su vida aún delante de ella. Amor y dicha la esperaban. Sin embargo, en algún rincón oscuro de su corazón, Vasya sentía que las cosas no eran ya como habían sido antes. Había pasado ya la felicidad de hacía cuatro años; su amor había cambiado y Vasilisa tampoco era la misma.

¿Por qué? ¿De quién era la culpa?

Con las manos en la cabeza, Vasilisa pensaba. En aquellos años nunca había tenido tiempo para pensar. Vivía y trabajaba. Pero ahora tenía el sentimiento de haber olvidado o descuidado algo... ¿El qué? Las desavenencias en el Partido. Los enfrentamientos en las instituciones.

Entonces todo era diferente. Volodya también era diferente.

Verdad que por él había estado más ocupada. De no ser por ella hubiera reñido con las autoridades. Pero Vasya

podía siempre convencerle; él tenía confianza en ella y siempre seguía sus consejos.

Los blancos comenzaron su ofensiva; la ciudad estaba en peligro. Vladimir decidió alistarse para el frente. Y Vasya no le retuvo. Lo único que intentó fue persuadirle para que se uniese al Partido antes de marchar. Al principio se resistió. Pero al fin lo hizo.

De este modo se hizo bolchevique y partió.

Se escribían poco. De cuando en cuando venía a pasar con ella un día o dos. Y después, semanas y meses de separación. Como si no pudiera ser de otro modo. Casi no se echaron de menos, porque no había tiempo para tales cosas. Entonces fue cuando Vasya supo, en una reunión del Comité, que se había presentado una proposición contra Vladimir. ¿Qué podría ser aquello? Trabajaba para la intendencia. Se decía que se había corrido algunas juergas, que las cuentas no estaban claras; que no era completamente honrado.

Vasilisa se indignó; aquello no era verdad; ella no lo creía. Era una conspiración, un chisme calumnioso.

Se apresuró a saberlo todo. Parecía un asunto serio. El caso no había sido llevado todavía ante el Tribunal, pero le habían destituido de su puesto. Vasilisa suplicó a Stepan Alexeyevitch que le proporcionase un permiso para un tren de mercancías que llevaba suministros al frente. A los tres días se puso en camino.

Era muy difícil llegar. En todas partes retrasos. Los trenes no enlazaban. Sus papeles no estaban en regla. El vagón de suministros para el frente no se enganchó al convoy. Estaba extenuada e inquieta. Podía haberse celebrado ya el juicio. Sólo entonces se dio cuenta Vasya de cómo

quería a Vladimir, de lo que significaba para ella. Creía en él todo cuanto es posible creer en alguien. Cuanto más sospechaban los otros, porque a un anarquista le suponían capaz de todo, tanto más intensamente le defendía ella. Nadie conocía su corazón tan bien como Vasilisa. Y su corazón era tierno como el de una mujer; la rudeza y la obstinación estaban sólo en la superficie. Vasya sabía que con cariño y dulzura podría siempre conducirlo por el camino recto.

Pero era verdad que su carácter se había hecho más agrio. La vida de los proletarios era dura.

Al fin llegó Vasilisa al local central, donde después de mucho trabajo pudo averiguar dónde vivía Vladimir. Tuvo que atravesar toda la ciudad, en medio de una gran lluvia. Menos mal que un camarada fue acompañándola.

Estaba cansada, tiritando de frío. Pero contenta, porque sabía ya que todavía no había terminado la investigación, que no había pruebas, que las opiniones variaban aun dentro del mismo ejército. Los rumores y denuncias eran corrientes. Vasya sólo se turbó con la desagradable sonrisa con que la gente la miraba, como ocultándole algo, cuando ella se presentaba abiertamente como su mujer. Intentó enterarse de todo. Después tendría que ir a ver al compañero Toporkof, del gobierno central. Conocía a Vladimir y sabía cómo trabajaba. La persecución tendría que cesar. ¿Por qué le acosaban? Otros también habían sido mencheviques o socialrevolucionarios, pero nadie los perseguía. ¿Por qué un anarquista tenía que ser peor que ellos?

Llegaron a la casita de madera donde vivía Vladimir. Las ventanas estaban iluminadas y la puerta cerrada. El camarada que iba con ella llamó insistentemente, sin

obtener respuesta. Los pies de Vasya estaban empapados hasta los tobillos; su ropa, mojada. Tenía frío. No pensaba en la alegría de ver de nuevo a Vladimir, sino en entrar lo más pronto posible en una habitación caliente para cambiarse el vestido y las medias. Había pasado casi cinco noches sin dormir apenas, en un vagón de suministros.

—Llamaremos a la ventana —propuso el camarada.

Rompió una rama de abedul y dio con ella en la ventana.

Alguien levantó el visillo y Vasya vio la cabeza de Volodya. Parecía que no llevaba puesta más que la camisa. Mientras sus ojos se esforzaban para ver en la oscuridad, una cabeza de mujer asomó por detrás de su hombro, para desaparecer enseguida.

Vasya sintió que le herían en su corazón. Un dolor punzante, que le repugnaba.

—¿Por qué no abres la puerta, camarada? Traigo a tu mujer.

La cortina cayó, ocultando a Volodya y a la mujer. Vasya y su acompañante subieron los escalones que conducían a la puerta. Esperaron. ¿Cómo tardaban tanto? A Vasya el tiempo se le hacía interminable.

Finalmente se abrió la puerta. Vladimir estrechó entre sus brazos a Vasya, apretándola contra sí y besándola. Su cara estaba radiante, sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—¡Has venido! ¡Has venido a mí, mi amiga Vasya, mi compañera!

—Coja al menos sus cosas —refunfuñó su acompañante—. ¿Acaso quiere que me las quede?

—Vamos inmediatamente adentro. Comeremos algo. Debes estar calada hasta los huesos.

Entraron en la casa. Estaba reluciente y limpia. Un comedor con un dormitorio detrás. Al lado de la mesa del comedor estaba sentada una enfermera con un pañuelo blanco alrededor del cuello y una banda roja en la manga. Una belleza. Y Vasya sintió otra punzada en su corazón. Volodya las presentó.

—Ésta es la enfermera Bárbara. Mi mujer, Vasilisa Dementyevna.

Se estrecharon las manos y se miraron atentamente, como si cada una quisiera sondear a la otra.

—¿Qué haces, Vasya? Quítate el abrigo. ¡Estás en tu casa! Mira qué bien vivo aquí. Mejor que tu pequeño zulo. Dame el abrigo. ¡Qué mojado está! Debemos colgarlo al lado de la estufa.

La enfermera había quedado de pie.

—Bien, Vladimir Ivanovitch, dejaremos nuestras discusiones de negocios para mañana. No quiero perturbar su alegría familiar esta noche.

Dio la mano a Vasya y a Vladimir y se fue con el acompañante de Vasya.

Vladimir cogió en brazos a Vasya y la paseó por toda la habitación. La acarició; la besó lleno de alegría.

El corazón de Vasya se sintió menos pesado, y tuvo vergüenza de sí misma. Sin embargo, preguntó casualmente, entre dos besos:

—¿Quién es esa enfermera?

Y le echó hacia atrás la cabeza para ver mejor los ojos de Vladimir.

—¿La enfermera? Vino a buscarme para tratar del aprovisionamiento del hospital. Los envíos deben hacerse más rápidamente. Siempre hay retrasos en la línea. No pueden prescindir de mí, a pesar de que me han suspendido en mi trabajo. Tan pronto como algo va mal, vienen a buscarme.

Cambió la conversación hacia las acusaciones que se le hacían; habló del asunto que les preocupaba a los dos. Puso a Vasya en el suelo y pasaron al dormitorio. Otra vez sintió Vasya aquella punzada. La cama estaba mal hecha, como si alguien la hubiese arreglado apresuradamente. Miró a Vladimir. Éste, con las manos en la espalda, una actitud que Vasya conocía y amaba, paseaba arriba y abajo del cuarto. Le contó su asunto, lo que había pasado, cómo había empezado. Escuchándole, Vasya sufría por él. Veía claramente que todo se habría originado por envidia. Las manos de Volodya estaban limpias. Estaba convencida de ello; no podía ser de otra manera.

Sacó un par de medias de su maleta. Pero no tenía otros zapatos. ¿Qué hacer?

Vladimir se dio cuenta.

—Así eres tú. Ni siquiera tienes un par de zapatos para cambiarte. Claro es que yo puedo encontrar cuero y nuestro zapatero te hará un par, como favor especial. Déjame que te quite los zapatos. ¡Qué mojados están!

Le quitó los zapatos; tiró las mojadas medias de Vasya al suelo; cogió sus pies fríos entre sus manos calientes.

—¡Qué pies más chiquitos tienes! Como los de una muñeca —e inclinándose besó sus pies.

—¿Qué haces, Volodya? ¡Qué tonto eres!

Reía; su corazón estaba alegre otra vez.

«¡Me quiere! ¡Me quiere! ¡Me quiere!»

Tomaron té, hablaron, celebraron consejo. Vladimir se lo contó todo. Cómo había sido grosero cuando no debía; cómo había desatendido las instrucciones y hecho las cosas a su modo. No podía resistir que le mandasen. Le contó todas las veces que se había excedido y a los indeseables que había empleado. Pero eso de ser ligero de manos, Vasya seguramente no podía creerlo de él. Vladimir permanecía ante ella ahogado de rabia.

—¿De modo que tú también puedes pensar eso de mí? ¿Tú, Vasya?

—No, Volodya. Solamente temía que tus cuentas pudieran estar algo embrolladas. ¡Son ahora tan severos!

—Mis cuentas no deben preocuparte. Los que han iniciado este asunto han errado el tiro. Mis cuentas son tan transparentes como el cristal. La contabilidad que aprendí en los Estados Unidos me ha venido muy bien ahora.

Vasilisa sintió que le quitaban un gran peso de encima. Ahora ya sólo era necesario reunirse con los camaradas, consultar con ellos, explicarles el cómo, el cuándo y el dónde.

—Ha estado muy bien que hayas venido —dijo Volodya—. Yo no me atrevía a esperarte. Sé cuán intensamente trabajas y me figuré que estarías demasiado ocupada para pensar en tu marido, en tu Volodya.

—¿Por qué? ¿No sabes que no tengo paz cuando no estás conmigo? Siempre estoy intranquila. «¿Qué estará haciendo? ¿Cómo se sentirá? ¿Le habrá ocurrido algo?»

—Eres mi ángel de la guardia. Ya lo sé —hablaba gravemente y besó a Vasya. Sus ojos se pusieron tristes y pensativos—. No te merezco, Vasya. Sólo te quiero a ti. Te quiero

más que a todas las cosas. Me crees, ¿verdad? Te quiero, te quiero. Sólo a ti. Todo lo demás es absurdo.

Esto no lo entendió Vasya. Aquella vehemencia extraña, aquella agitación la confundía.

Pasaron al dormitorio. Era hora de dormir. Para arreglar la cama, Vasya tiró al suelo las mantas. ¿Que era aquello? Sus sienes le golpeaban, sus rodillas le temblaban. Sobre la sábana había una compresa de mujer... y una mancha de sangre en la sábana.

—Volodya, ¿qué es esto?

Su voz temblaba, gemía. Vladimir se precipitó hacia la cama y salvajemente arrojó la compresa al suelo.

—Esa desvergonzada, mi patrona. Se acostó otra vez aquí cuando yo no estaba. ¡Ha ensuciado la cama!

Y arrojó las sábanas al suelo.

—¡Vladimir...!

Vasya, con los ojos desmesuradamente abiertos, estaba ante él. Su expresión lo decía todo.

Vladimir la contempló y se quedó callado.

—¿Por qué esto, Volodya? ¿Por qué?

Volodya se echó sobre la cama, retorciendo sus manos.

—¡Lo he echado todo a perder! Pero te juro, Vasya, que sólo te quiero a ti, isólo a ti!

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no te acordaste de nuestro amor?

—Soy joven, Vasya. Meses enteros solo. Esas descargas no me dejaban en paz... Las odio a todas, a todas estas malditas mujeres.

Extendió sus brazos hacia ella. Por las mejillas le corrían lágrimas, grandes lágrimas abrasadoras.

—Tienes que comprenderme. ¡Compréndeme! Si no, no puedo vivir. Ten lástima de mí. ¡La vida es tan dura!

Vasya se inclinó y besó su cabeza, como hacía ya tanto tiempo en el Soviet. Y otra vez sintió pena por él; de nuevo tuvo compasión de aquel hombre grande, desvalido como un niño. ¿Quién podría comprenderle si ella no le comprendía? Aun ahora todo el mundo estaba dispuesto a tirarle piedras. ¿Podía ella dejarle porque la hubiera lastimado? ¿No estaba ella dispuesta a resistir todo golpe que se le dirigiera? ¡Pobre cosa era su amor si le dejaba la primera vez que le había hecho sufrir!

Inclinándose sobre Vladimir, acarició silenciosamente su pelo, buscando la manera de resolver aquello. Alguien llamó a la puerta. Un golpe duro, autoritario. ¿Qué era aquello?

Cambiaron una mirada y los dos comprendieron. Un abrazo apresurado, un beso apasionado, y salieron a la puerta. Habían acertado.

La investigación había terminado y Vladimir tenía que ser arrestado. A Vasya le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies.

Vladimir permaneció tranquilo. Recogió sus cosas, dijo a Vasya dónde encontraría sus papeles, a quién debía llamar como testigos, quién le podía dar información.

Después se lo llevaron.

Hacía muchos años, pero Vasya no olvidaría jamás aquella noche.

Fue la más terrible de su vida, y nunca podrá pasar otra peor.

Su corazón estaba torturado por una doble pena: el sentimiento, tan viejo como los siglos, insuperable, de la

esposa, y la angustia de la amiga, de la camarada, por el daño causado a un ser querido por la maledicencia de los hombres, por la injusticia del mundo.

Vasya andaba por la alcoba como loca. No podía descansar.

Aquí, antes de llegar ella, en este mismo cuarto, sobre esta cama, Vladimir había amado, abrazado a otra mujer. ¡A aquella bonita mujer de gruesos labios y exuberantes pechos! ¿Podría acaso no amarla? ¡Quizás le había mentido por lástima!

Vasilisa quería saber la verdad, sólo la verdad. ¿Por qué se habían llevado a Vladimir en ese momento? Si estuviera allí, ella lo hubiera averiguado todo, le hubiera preguntado. Si estuviera allí, se hubiera libertado a sí misma de sus propios pensamientos, que se hubieran colmado de piedad hacia él.

Su corazón de mujer sufría. Y se ponía furiosa contra Vladimir. ¿Cómo se había atrevido a hacer aquello? Si realmente la quería no debió buscar otra mujer. Y si no la quería, debía habérselo dicho francamente en vez de torturarla con mentiras.

Vasilisa andaba de un rincón a otro. No podía descansar.

Y de repente un nuevo pensamiento hería su corazón. ¿Y si las acusaciones fueran realmente serias? ¿Y si había una razón para su detención? ¿Y si los «indeseables», los canallas, le habían comprometido, dejando toda la responsabilidad sobre él?

Olvidó su dolor de amor, olvidó a la enfermera de los labios rojos y sensuales. Ahora sólo sufría un temor paralizante por Vladimir, despedazado y estrujado. Le habían

robado su reputación, le habían arrestado inhumanamente. ¡Y aquellos eran sus camaradas!

Comparado con esto, con lo que le habían hecho a su adorado Volodya sus propios «camaradas», ¿qué era su ofendido «honor de esposa»? Se sintió herida, no porque él hubiera besado a otra mujer, sino por constatar que ni siquiera la Revolución hubiera podido traer una era de verdad y de justicia.

Vasilisa olvidó su cansancio, como si su cuerpo hubiera desaparecido. Sólo le quedaba su corazón, su corazón destrozado por las agudas garras de su pensamiento. Esperó la mañana, y con ella vino la resolución de luchar para ayudar a Vladimir. ¡Que no se lo tocasen! Ella lo libraría de aquellos intrigantes llenos de envidia. Sin ayuda de nadie convencería a todo el mundo de que Vladimir era honrado. Las calumnias eran falsas, falsos los ataques infamantes contra su buen nombre.

Entonces ya era algo más grande que su amor lo que mandaba en ella. El honor de Vladimir, que era el suyo, levantaba en su conciencia ese mandato ineludible que se llama responsabilidad.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Este último párrafo, que no aparece en la edición inglesa de 1927 ni en la española de 2008, sí figura en la edición castellana de 1928. Sabiendo que ésta se tradujo a partir de la versión inglesa del año anterior, desconocemos la procedencia del fragmento.



## CAPÍTULO V

Aquella mañana, temprano, un soldado del Ejército Rojo le llevó una carta de Volodya.

¡Vasya! ¡Mi querida mujer, mi adorada camarada! No me importa ahora nada la acusación contra mí. Deja que me pierdan. El único pensamiento que me enloquece es que pueda perderte. No puedo vivir sin ti, Vasya. Debes saber esto. Si ya no me amas, no hagas nada en mi favor. Deja que me fusilen.

Tuyo, sólo tuyo,

*Volodya*

Y en una de las esquinas, diagonalmente:

Sólo te quiero a ti, me creas o no. E insistiré en esto hasta que muera.

En otra esquina otra frase:

Nunca te he reprochado tu pasado. Intenta comprender y perdóname ahora. Tuyo en cuerpo y alma.

*Volodya*

Vasya leyó y releyó la carta y se sintió más feliz. Tenía razón. Él nunca le había echado en cara el que ella no fuera virgen cuando se conocieron.

Después de todo, los hombres son así. ¿Qué podía hacer él cuando aquellas mujercitas se le echasen al cuello? ¿Hacer lo que un monje?

Leyó otra vez la carta, la besó, la dobló cuidadosamente, y se la metió en el bolsillo. Y ahora, a trabajar para sacar a Volodya de aquel conflicto.

Se extenuó, corriendo de la Ceca a la Meca, excitándose, perdiéndose en la burocracia y la indiferencia de los hombres. Estuvo a punto de abandonarlo todo, de perder toda esperanza. Enseguida reunía de nuevo todas sus fuerzas y comenzaba a luchar con gran energía. No permitiría que triunfara la falsedad; no permitiría que aquellos calumniadores perdiesen a Volodya.

Triunfó en su punto más importante. El camarada Toporkof tomó el asunto en sus propias manos, y, después de haberlo estudiado, formuló la siguiente decisión: «Como las acusaciones no están fundamentadas, el caso tendrá que ser abandonado. Hay que detener a Luiridof y Malitchanco.» Pero, a la mañana siguiente, Vasya no pudo abandonar el lecho. Había cogido el tífus. Por la noche no reconocía a nadie, ni siquiera a Volodya cuando regresó.

Los recuerdos que Vasilisa tenía de su enfermedad le parecían como un sueño borroso. Era de noche cuando volvió en sí. Miró alrededor. Una habitación desconocida, botellas de medicina en la mesa, una enfermera con un delantal blanco, sentada al lado de la cama. Robusta, ya no

joven, con una expresión seria en la cara. A Vasya le molestó ver a una enfermera sentada allí. El pañuelo blanco la irritaba. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía.

—¿Quieres beber?

La enfermera llevó un vaso a sus labios.

Vasya bebió y perdió de nuevo la noción de lo que le rodeaba. Vagamente, como en sueños, sintió que Volodya se inclinaba sobre ella y le arreglaba la almohada. Perdió el conocimiento por completo.

Creyó ver que había dos sombras en el cuarto. No, sombras no: dos mujeres; pero tampoco eran mujeres... Una blanca y otra gris; agitándose, entrelazándose, agarrándose. No bailaban; era una lucha. Vasya comprendió. La vida y la muerte estaban ante ella, luchaban por ella. ¿Quién vencería?

Vasya tuvo miedo; tanto miedo que quiso gritar; pero no pudo articular un sonido. Esto la asustó aún más. El corazón le latía, le saltaba como si fuese a estallar en cualquier momento. ¡Pum, pum, pum! Había tiros en la calle.

Abrió los ojos. A la doble luz de la lámpara vio que estaba sola. Era de noche. Escuchó. Escarbaban los ratones, como si arrancaran algo bajo el piso. Cada vez más cerca. Y ahora Vasya se sentía aterrorizada por un nuevo temor. Creía que los ratones intentaban subirse a la cama, encima de ella. Y ella no podría espantarlos.

Llorando llamó débilmente: «¡Volodya, Volodya, Volodya!»

—Vasya querida, amor mío, ¿qué te pasa?

Volodya se inclinaba sobre ella, mirándola con anhelo a los ojos.

—Volodya, ¿estás vivo? ¿De veras?

Su mano, sin fuerzas, había caído sobre la cabeza de Volodya.

—Estoy vivo. Los dos estamos vivos, vida mía. ¿Por qué lloras? ¿Qué le pasa a mi Vasya? ¿Soñabas? ¿Deliras otra vez?

Besó sus manos dulcemente y acarició sus cortos cabellos sudados.

—No, no soñaba. Los ratones arañaban tan...

Se defendía a sí misma con una debilitada sonrisa.

—¿Los ratones? —Volodya se rio—. Mi Vasyuk se ha hecho tan valiente que tiene miedo de los ratones. Ya le dije a la enfermera que no te dejara sola. ¡Menos mal que llego a casa en este momento!

Vasya hubiera querido preguntarle dónde había estado. Pero estaba tan débil que no podía hablar. Una debilidad deliciosa, sin embargo; una especie de adormecimiento. Y lo mejor de todo era que él estuviera sentado a su lado. Retuvo su mano; no le dejaría irse. Sus labios, sonrientes, suspiraron: «¡Está vivo!»

—Claro que estoy vivo —dijo Vladimir riendo; y gentilmente besó su frente.

Vasya abrió los ojos.

—Pero ¿qué le ha pasado a mi trenza? ¿Me la han cortado?

—Eso no es nada. No te preocupes. Ahora eres un verdadero mozalbete, un auténtico Vasyuk.

Vasya sonrió. Era feliz, como no lo había sido desde la infancia.

Volodya no la dejó. Se sentó en la silla a la cabecera y veló su sueño.

—Duerme, Vasya, duerme. No debes mirarme con tus ojazos. Ya tendrás tiempo de sobra para mirarme cuando estés sana. Si no duermes ahora te pondrás mala otra vez y el médico me reñirá. Me dirá que soy mala enfermera.

—¿No te irás?

—¿Dónde quieres que me vaya? Duermo aquí todas las noches, en el suelo, a tu lado. Estoy más tranquilo cuando puedo verte. Durante el día trabajo mucho.

—¿Trabajando? ¿En tu antiguo puesto?

—¡Claro! Todo está bien otra vez. Esos bribones han sido detenidos. Pero tú no debes hablar, incorregible Vasya. Duerme; si no te duermes, me voy.

Sus dedos, sin fuerzas, se apretaron sobre su mano. Pero cerró los ojos bastante sumisamente.

¡Era tan hermoso, tan dulce dormirse con Volodya sentado a su lado, mirándola ansiosa y tiernamente!

—Mi amor...

—Debes dormir; eres un mozalbete malo, travieso.

—Estoy dormida; pero te adoro.

Volodya se inclinó y la besó los párpados, dulce, suavemente.

Y Vasya, en aquel instante, hubiera podido llorar de gozo. Se hubiera muerto en aquel momento, allí mismo. Nunca podría gozar de más felicidad.

El recuerdo de lo que entonces sintió hizo estremecerse a Vasya. ¿Era imposible ahora una cosa así? ¿Tuvo razón su corazón cuando le dijo que no conocería nunca una felicidad mayor?

¡Aquella alegría, aquella felicidad, no volvería jamás! Iba a reunirse con él, con su amado. Él la había llamado, la

esperaba. Le había enviado un camarada para que se apresurase. Y el dinero para el viaje. Y un vestido. Debía de amarla. ¿Por qué, entonces, no podría ser tan feliz otra vez? ¡Deseaba tanto Vasya creer en su felicidad! Pero la duda se había apoderado de su pecho; no tenía verdadera fe. ¿Por qué? ¿Qué había cambiado?

Vasya volvió su pensamiento al pasado.

Habían tenido que separarse repentinamente por entonces. El frente cambió. Cuando Vladimir se fue, Vasya estaba todavía tan débil que apenas podía andar. Se separaron completamente reconciliados. No volvieron a mencionar a la enfermera. Vasya había llegado a comprender que la enfermera no significó para él más que un vaso de whisky. «Una vez tomado se olvida.»

Vasya regresó a su casa e inmediatamente comenzó su trabajo. Por aquel entonces creía que todo estaba como antes, que todo marchaba bien de nuevo. Ahora, sin embargo, recordaba que aun entonces había sentido un peso sobre su corazón. Algo, por algún sitio, estaba asomando la cabeza. ¿Era amargura a causa de la enfermera de labios sensuales o era desconfianza? Y, a pesar de todo, Vasya amaba a Volodya. El dolor que habían compartido y su enfermedad los había unido aún más. Antes se amaban también, pero nunca se habían sentido tan cerca el uno del otro. Ahora, después de las penas que habían sufrido juntos, sus corazones estaban más unidos. Sin embargo, Vasya no podía encontrar en su amor la alegría de una brillante mañana de primavera. Su amor se había hecho más melancólico; se había cubierto de nubes. Y aun así era más profundo y fuerte.

Además, ¿cómo podía estar uno para el amor y la alegría?

Los frentes; las divisiones y conspiraciones; la movilización de los comunistas. Estaban amenazados por todas partes, con un trabajo abrumador. Trabajando en la comisión de vivienda del Soviet, Vasya tuvo que ocuparse de los refugiados. Allí fue donde se le ocurrió la idea de organizar una casa-comuna conforme a sus ideales. Stepan Alexeyevitch le ayudó de palabra y de obra.

Así vivió varios meses. Claro que pensó en Vladimir; siempre lo tenía en su corazón. Pero no disponía de mucho tiempo para suspirar por él. Y él también tenía trabajo. Todo parecía que marchaba bien. Estaba en buenas relaciones con sus superiores.

Inesperadamente, Vladimir sorprendió a Vasya en su buhardilla. Había sido herido en una refriega durante la retirada. Nada serio; sólo necesitaba descanso. Le dieron un permiso y venía a pasarlo con su mujer.

Vasya se alegró. Sin embargo, no pudo menos de pensar: «¿Por qué precisamente en este momento? ¿No podría haber sido dos meses antes o un mes después?» ¡Vasya estaba tan preocupada y tan abrumada de trabajo! Se celebraba entonces un Congreso y el comité de vivienda estaba reorganizándose. Además, ella luchaba por su casa-comuna. Era imposible decir cuándo terminaría el trabajo. Y ahora Volodya estaba allí, herido, necesitando cuidados. ¿Cómo se iba a arreglar?

Las preocupaciones ensombrecían la dicha de Vasya.

Vladimir, en cambio, estaba alegre como un chiquillo.

Le había traído un par de zapatos, cumpliendo la promesa que le hizo el primer día que Vasya llegó a su casa.

—Póntelos, Vasya, quiero ver cómo les están a tus piecitos de muñeca.

Vasilisa no tenía tiempo. Tenía que acudir a una reunión del comité de vivienda. Pero no quería lastimar a Vladimir.

Se los puso, y sintió que reconocía sus pies por primera vez en la vida. Verdaderamente parecían los de una muñeca.

Radiante de gozo miró a Volodya, tanto que se olvidó de darle las gracias.

—¡Cómo me gustaría cogerte en brazos, Vasyutka! Pero no puedo por la mano. Adoro tus piecitos y tus ojos castaños.

Vladimir estaba contento, excitado y feliz. Hablaba y bromeaba.

Pero Vasya, que debía estar en la reunión ya hacía mucho, escuchaba sólo a medias. A hurtadillas miraba al despertador colocado al lado del pequeño espejo de su tocador. Los minutos pasaban velozmente. La estarían aguardando impacientes. Estaba haciendo esperar a todo el mundo y no estaba bien que la presidenta llegase tarde.

Vasilisa regresó tarde a su casa; era ya casi de noche. Estaba cansada y preocupada, porque habían ocurrido incidentes desagradables.

Al subir la escalera de su buhardilla pensó: «Es bueno, después de todo, tener aquí a Volodya. Podré contarle todas mis contrariedades.»

Cuando entró en su habitación, Volodya no estaba allí. ¿Dónde podría estar? Ahí estaba su gorra, y su abrigo estaba colgado en su sitio.

Habría salido un momento. Vasya puso en orden el cuarto y la tetera en el hornillo de petróleo. Pero Volodya no volvía.

¿Dónde estaría? Salió al pasillo y no le vio. Esperó, comenzó a inquietarse.

De nuevo salió al pasillo. Allí estaba Vladimir, saliendo de la habitación de los Fedosseyev. Se reían y se despedían como los mejores amigos del mundo. ¿Por qué se había ido con ellos Volodya? Bien sabía de su hipocresía.

—¡Al fin has vuelto, Vasya! Tu jaula me deprimía tanto que estaba a punto de ahorcarme. ¡Completamente solo durante todo el interminable día! Me alegré encontrar al compañero Fedosseyev, que me llevó con él.

—No tengas nada que ver con ellos, Volodya. Ya sabes que están siempre urdiendo algo.

—¿Quieres que me muera de aburrimiento en tu jaula? No te vayas durante todo el día y no me iré con los Fedosseyev.

—Pero tengo mucho que hacer. Hubiera querido volver más pronto a casa, pero no puedo. Es imposible.

—Ya sé que estás muy ocupada. Pero ¿no lo arreglé yo para estar velándote por las noches cuando tenías el tifus? Y también durante el día me escapaba para ver cómo estabas. He venido a verte, Vasya, con un permiso por enfermedad. Todavía tengo fiebre.

Vasya oyó reproches en su voz. Estaba ofendido porque ella había estado todo el día fuera. Pero ¿qué podía hacer? Tenía que reorganizar su departamento y el próximo Congreso.

—Veo que no te alegras de tenerme —dijo Vladimir—. No creí que fuera a encontrarte así.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Que no estoy alegre? ¿Yo? Eres lo que más quiero en el mundo.

Se echó en sus brazos, casi tirando la lámpara de petróleo.

—Vale, vale... Ya estaba a punto de pensar que no me querías. Que tenías a otro. ¡Parecías tan fría, tan indiferente! Hasta tus ojos parecían extraños, sin dulzura.

—¡Estoy tan cansada, Volodya! ¡No me quedan ya fuerzas!

—No tienes remedio, siempre estás dando guerra...  
Estrechándola contra él, Vladimir la besaba.

De esta suerte vivieron juntos en su «jaula».

Al principio se arreglaron. Aunque para Vasya resultaba difícil dedicarse al trabajo y a su marido a la vez, era feliz a pesar de todo.

Siempre tenía con quién hablar, quien la aconsejase, quien la comprendiese cuando se desanimaba, quien la ayudase en sus planes para el futuro.

Pero el cuidado de la casa era un estorbo. Vladimir, en el frente, se había acostumbrado a la buena comida. ¿Y la cocina de Vasilisa? Compraba la comida de la cocina pública. No tenía azúcar para el té. Solamente algunos caramelos. Los primeros días vivieron con provisiones que Vladimir había traído.

—Te he traído algunas cosas de comer: harina, azúcar, embutido, porque sé que vives como un gorrion bajo el alero, sin un bocado para comer en casa.

Cuando se terminaron las provisiones de Volodya, no tuvieron más remedio que proveerse de la cocina pública. Y a Volodya no le gustaba. Refunfuñaba.

—¿Es que siempre me vas a alimentar con mijo? Yo no soy un gallo.

—No podemos tener otra cosa. Tengo que vivir de mi ración.

—Pero ¿qué estás diciendo? Los Fedosseyev no tienen más que tú y ayer me sirvieron una comida de verdad y muy buena. Patatas fritas, arenque y cebollas.

—La Fedosseyev tiene tiempo para ocuparse de la casa. Pero yo, ¿no ves que me estoy matando atendiendo solamente a mis asuntos?

—Te has metido en demasiadas cosas. Ahí está el problema. ¿Por qué te molesta por esta casa-comuna? Los Fedosseyev estaban diciendo que...

—¡Sé lo que los Fedosseyev dicen! —le cortó Vasya, enfadada al ver a Vladimir en relación con sus enemigos—. Y tú no te portas como un compañero cuando los escuchas y te unes a ellos en contra mía.

Riñeron. Los dos perdieron la calma. Después se avergonzaron de sí mismos e hicieron las paces. Vasya, sin embargo, estaba preocupada por su falta de habilidad para atender mejor a su marido. Él había venido herido a reunirse con ella y Vasya le había ofrecido comida de la cocina pública. Cuando fue al revés, él había sabido cuidarla mejor y además le había traído un par de zapatos.

Le dolía ver que Volodya no comía nada. Se tragaba dos o tres cucharadas de sopa y apartaba el plato.

—Prefiero pasar hambre que tragarme este calducho soviético. Haz té y procura conseguir pan de alguna manera. Yo te enviaré después, desde el frente, harina para que la puedas devolver.

No podían seguir así. Había que buscar alguna solución.

Vasya se apresuró a ir a la reunión. Pero su cabeza era un revoltijo de resoluciones. ¿Qué le daría a Volodya para cenar? Si tuviera siquiera tiempo encontraría una salida, pensaría y prepararía algo.

Se alegró cuando en el camino encontró a su prima. Precisamente en el momento oportuno. La prima tenía una hija, una muchacha viva, capaz, que acababa de salir de la escuela. Ahora vivía con sus padres y no tenía ocupación definida, sino que ayudaba a su madre en el arreglo de la casa. Su nombre era Styosha.

No hubo ninguna dificultad en el arreglo. Styosha pasaría el día con ellos, atendiendo a los quehaceres domésticos. A cambio, Vasya compartiría sus raciones con su prima. Con un peso menos en su mente, Vasya se fue corriendo a la reunión. Desde mañana Volodya tendría comidas decentes.

Styosha resultó dispuesta. Y se entendía bien con Volodya. Arreglaban la economía doméstica juntos, cambiaban algunas de sus provisiones, al mismo tiempo que Volodya recibía muchas cosas de la cooperativa, en recuerdo de los tiempos pasados. Vasya estaba contenta. Volodya ya no se quejaba de la comida. Pero ahora tenía otro agravio contra ella: «Te ocupas de todo el mundo, pero yo no significo nada para ti.»

Otra vez Vasya estaba angustiada. ¿Por qué había llegado en aquella época tan febril?

Intentó explicárselo a Vladimir. Pero él estaba enfadado y no lo quería comprender.

—¡Te has vuelto tan fría, Vasya! Te has olvidado hasta de besar.

—¡Estoy tan cansada, Volodya! Toda mi energía ha desaparecido —ésta era toda su excusa.

Pero Volodya estaba enfadado.

La misma Vasya se daba cuenta de que las cosas no podían continuar de aquel modo. Su amado había venido a visitarla después de una ausencia sin fin y ella estaba todo el día trabajando, volviendo tarde por la noche, muerta de cansancio, sin fuerzas para nada más que desplomarse en la cama. ¡Cómo podía pensar en besar!

Hubo incidentes dolorosos. Una noche Volodya comenzó a acariciarla, pero ella se quedó dormida en cuanto su cabeza cayó sobre la almohada.

A la mañana siguiente, Vladimir se lo echó en cara. ¡Qué gracia tenía acariciar, mimar a un cuerpo sin vida! Se reía, pero Vasya comprendió que estaba ofendido. Ella también se sentía desgraciada, porque creía que tenía la culpa. Él podía creer realmente que ya no le quería. Pero ¿de dónde sacar energía para todo?

Un día Vasya volvió a casa antes que de costumbre.

Vladimir estaba preparando él solo la cena.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Styosha?

—Tu Styosha es un pequeño demonio. La he echado. Si se atreve a presentarse aquí otra vez, la tiro escaleras abajo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho?

—Debes creerme: es una descarada. No tengo que contarte toda la historia. Sólo conseguiría excitarte. Es una

criatura vulgar, obscena. No quiero ver ni rastro de ella por aquí.

Vasya comprendió que estaba furioso contra Styosha y decidió no hacer más preguntas. Pensó que probablemente había robado algo. Eso pasaba a menudo, y Vladimir era muy severo con sus cosas. A pesar de que era muy generoso y siempre estaba dispuesto a compartir lo que tenía con sus camaradas, tenía instinto de posesión. ¡Que alguien se atreviese a coger algo sin su permiso! Nunca se lo perdonaría.

—Pero ¿cómo apañaremos las tareas domésticas?

—¡Que se vaya al diablo la casa! Me iré al hotel. He encontrado algunos amigos. No me moriré de hambre.

Styosha fue a ver a Vasya al comité de vivienda, a pedirle las raciones que habían acordado.

—Styosha, ¿qué ha pasado entre tú y Vladimir Ivanovitch? ¿Qué hiciste?

—Nada, yo no hice nada malo —los ojos de Styosha llameaban al mismo tiempo que se sujetaba más firmemente la peineta en el pelo—. Tu Vladimir Ivanovitch intentó propasarse conmigo. Así es que le di un buen bofetón, bien merecido. Echó sangre por un buen rato. Y ya no le quedarán ganas otra vez.

—No seas tonta, Styosha. Vladimir no hacía más que jugar contigo —dijo Vasya queriendo permanecer tranquila, aunque la cabeza le daba vueltas.

—¡Bonito juego el suyo! ¡Si me echó contra la cama! Menos mal que yo soy fuerte. Y nadie puede poseerme contra mi voluntad.

Vasya trató de convencer a Styosha de que todo había sido jugando, por broma, y que ahora Vladimir Ivanovitch

estaba realmente enfadado con ella. Pero Styosha no se convenció. Además, ¿qué más daba una cosa que otra? Nunca más cruzaría aquel umbral.

El corazón de Vasya quedó preocupado. No acusaba a Volodya, ni se sentía herida. Ella era la culpable. ¿Por qué era tan fría? Había ofendido a Volodya. Él probablemente creía que ya no le quería. Pero aquello era obsceno. ¿Cómo se había atrevido a tocar a aquella niña? Styosha apenas había salido de la infancia. Menos mal que ya conocía la vida. ¿Qué hubiera pasado si no? Este incidente agobiaba la mente de Vasya. No sabía si decirle a Vladimir que lo sabía todo o permanecer callada. Pero Vasya no tuvo ya ocasión de hablar con Vladimir.

El nuevo estado de cosas comenzó. Vladimir buscó a sus antiguos amigos, los empleados de la cooperativa. Desaparecía durante varios días. No se veían nunca. Por la mañana, cuando Vasya se marchaba al comité de vivienda, Volodya dormía todavía profundamente. Cuando ella volvía durante el día, no estaba ya allí. Cuando regresaba a casa por las noches, la buhardilla estaba todavía vacía.

Vasya se ponía nerviosa. No sabía si acostarse o esperarle para tomar el té juntos. Calentaba su cena en la lámpara de petróleo, arreglaba sus papeles para el día siguiente y escuchaba los pasos que sonaban en el corredor.

«No, esos no son los de Vladimir.»

Apagaba el fuego por ahorrar; recogía los papeles otra vez. Preparaba los informes; clasificaba las peticiones.

Alguien subía muy deprisa la escalera. ¿Sería él? No, no era Vladimir.

Vasya se iba al fin sola a la cama y pronto se dormía, con sueño de extenuación. Pero aun en sueños le esperaba. ¡Era tan frío y triste la buhardilla sin él!

Algunas veces, él estaba alegre cuando regresaba a casa. Despertaba a Vasya y hacían el amor. Estaba ansioso de contárselo todo; tenía miles de proyectos en la imaginación.

Entonces Vasya se sentía tan feliz, tan contenta, que todas sus penas habían desaparecido.

Otras veces Vladimir no estaba completamente sobrio cuando volvía; andaba pesadamente, mirando en derredor con sus ojos claros. En estas ocasiones le remordía la conciencia; pero culpaba a Vasya también. ¡Qué vida! ¡En una jaula, bajo el tejado! Ningún placer, ninguna diversión... ¡una mujer, y, sin embargo, no la gozaba! ¡Y no tenía hijos!

Era lo que más hería a Vasya. Aunque no quería tener hijos, deseaba tener uno para complacer a Vladimir. Pero esto parecía imposible. Nunca quedaba embarazada. Otras mujeres lloraban y se lamentaban porque no podían evitar la lluvia de hijos. Pero parecía que, a ella, a Vasya, le estaban negadas las alegrías de la maternidad.

«Anemia», opinaba el doctor.

Para animar a Vasya, Vladimir decidió llevarla al teatro; compró las entradas.

Vasya llegó a casa a la hora fijada. Vladimir se componía ante el espejo. Se había puesto su traje nuevo, y parecía otra vez un «señor». Vasya le gastaba bromas y se reía; pero adoraba a su hombre, tan guapo.

—Y tú, ¿qué vas a ponerte? —dijo mirándola con ansiedad—. ¿No tienes un vestido de noche?

Vasya se echó a reír otra vez. ¿Qué quería decir con un «vestido de noche»? Debía de haber aprendido aquello en los Estados Unidos, donde la gente se viste de una manera distinta para cada actividad. Se pondría una blusa limpia y los zapatos nuevos que Volodya le había traído. Eran sus únicos lujos.

Vladimir se enfadó. La riñó de tal modo que tuvo miedo.

—¿Crees que la gente sólo te mirará a los pies en el teatro? ¿Crees que tus vestidos pueden ser de tela de saco?

—No comprendo por qué te enfadas así, Volodya.

—¡Cómo no voy a enfadarme con los estatistas! Han arreglado nuestras vidas como si estuviéramos en una cárcel. Mírate a ti; no gozas de ninguna diversión, ni tienes una casa de verdad, ni siquiera un vestido decente. Tienes que vivir en una cueva, beber agua, comer desperdicios y llevar trajes de pordiosera. ¡Cuando no tenía trabajo en los Estados Unidos vivía mejor!

—No se puede tener todo de una vez. Ya sabes... el colapso...<sup>8</sup>

—No me hables del colapso. ¡Qué clase de organizadores tenemos! Lo han destruido todo con sus propias manos; pero si alguien quiere hacer algo constructivo, gritan: «¿Queréis convertirlos en burgueses? ¡Arriba las manos!» No, no sabéis vivir. Por eso todo se hace pedazos. ¡Yo, desde luego, no hice la Revolución para llevar esta vida!

---

<sup>8</sup> En la versión que seguimos, «derrumbamiento» en lugar de «colapso». Referencia a la profunda desorganización económica que sufrió la Rusia soviética tras encadenar la Gran Guerra de 1914-18 con la posterior Guerra Civil. La NEP se proponía, entre otras cosas, reconstruir el tejido económico del país.

—¿Qué dices? La Revolución no se hizo para nosotros.

—¿Para quién, entonces?

—Para todo el mundo.

—¿También para los burgueses?

—¡No seas tonto! Claro que no se hizo para los burgueses. Se hizo para los obreros, para el proletariado.

—¿Y qué crees tú que somos nosotros? ¿No somos trabajadores, no somos proletarios?

Discutieron, discutieron tanto que casi llegaron tarde al teatro.

Iban a través de las calles, chapoteando en el barro del deshielo primaveral; Vladimir delante, silencioso, dando pasos tan grandes que Vasya apenas podía seguirle.

—No corras tanto, Volodya. No puedo ir tan rápido.

Se paró de repente y esperó. Después continuó andando despacio, pero sin querer dirigirle la palabra.

En el teatro, Vladimir encontró algunos amigos, con los cuales pasó los entreactos. Y Vasya se quedó en su asiento sola...

El teatro no le produjo ningún placer. ¿Por qué habría malgastado la noche? Ahora tendría que trabajar el doble a la mañana siguiente.

El Congreso se inauguró poco antes de la marcha de Vladimir. Asistió a él, aunque no era delegado. Hubo discusiones acaloradas; se formaron varias tendencias. Vladimir estaba del lado de Vasya. Abandonó a sus amigos y trabajó por el grupo de ella con toda su alma. Vasya y Vladimir eran ahora inseparables. Iban y volvían juntos del Congreso y en casa discutían su punto de vista. El cuarto de Vasya estaba siempre lleno de compañeros

pertenecientes a su tendencia. Allí redactaban las resoluciones. Vladimir las escribía en una máquina que había conseguido. Todo el mundo trabajaba febrilmente. Se excitaban, reñían; después volvían a reír, sin más motivo que su juventud. Amaban la lucha por la lucha misma. Les hacía olvidar todas sus contrariedades.

Stepan Alexeyevitch estaba allí también, sentado a la mesa, acariciándose su fina barba gris de mercader. Sus ojos geniales, añiados, observaban la juventud. Vasilisa siempre estaba cuchicheando con él. La alababa mucho, la colocaba muy alto, diciendo que estaba por encima de lo corriente. Pero parecía bastante frío con respecto a Vladimir. A Vasya le daba tristeza presenciar esto. ¿Por qué esa actitud? Vladimir, a su manera, también parecía mantener las distancias.

—Tu Stepan Alexeyevitch es demasiado suave para mí. Huele a incienso. No es un luchador comunista. No es más que un adulador.

La tendencia de Vasya fue derrotada. Pero había obtenido más votos de los que ella esperaba. Eso también era una victoria.

Al aproximarse la clausura del Congreso, se acercaba también la marcha de Vladimir. Otra vez Vasya tenía que partirse en dos. Tenía que equiparle para su viaje, pero el Congreso aún continuaba.

Con todo, en el fondo de su corazón Vasya estaba contenta. Una vez más había sentido que su marido no era sólo su amado, sino también su camarada. Estaba orgullosa de él porque había sido de gran ayuda a su grupo. Los compañeros no querían que se marchase.

—Adiós, Vasya mía; mi gorrión se queda solito otra vez bajo el alero. Ahora ya no tendrá a nadie a quien contarle sus penas. Pero, en cambio, nadie te estorbará en tu trabajo.

—¿Me has estorbado acaso alguna vez?

Y le abrazaba y acariciaba.

—¿No te has dicho alguna vez que tu marido te ocupaba todo el tiempo? ¿No te quejabas por el arreglo de la casa?

—¡Oh, no hables de eso! Es mucho peor no tenerte.

Y apoyó su cabeza sobre el pecho de él.

—Tú no eres sólo mi amor, sino mi camarada. ¡Por eso te adoro!

Se despidieron tiernamente como los mejores amigos del mundo.

Después de ir a despedir a Vladimir, se dio prisa a volver al Congreso. Iba pensativa. A pesar de lo bueno que era estar juntos, estando sola se sentía más libre. La presencia de su amado la distraía de sus pensamientos y su trabajo no progresaba. Ahora podría consagrarse por entero a sus tareas. Trabajar y descansar. No había dormido nunca lo suficiente mientras él había estado a su lado.

—¿Has ido a despedir a tu marido? —le preguntó Stepan Alexeyevitch en el Congreso.

—Sí, Vladimir ya se ha ido.

—Mejor para ti. No hacía nada más que agotarte.

Vasya sé quedó sorprendida. ¿Cómo lo sabría Stepan Alexeyevitch? Pero no contestó. Si lo admitiese, el prestigio de su amado podría sufrir.

## CAPÍTULO VI

El tren llegaba por la mañana. Vasilisa se levantó con el primer resplandor de la aurora. Recogió sus cosas y se vistió para gustar a su Volodya. Habían sido muy duros aquellos siete meses de separación.

Vasilisa estaba alegre, feliz, gozosa. Sentía en el aire la primavera.

La *nepmansha* estaba todavía en la cama, acostada y mirándose en el espejo de mano. Pero Vasya ya se había lavado, peinado cuidadosamente y puesto el vestido nuevo que le había hecho Grusha. Se miró en el espejo de la pared. Sólo se vio los ojos. Brillaban tanto que toda su cara parecía hermosa.

Todo estaba bien. Esta vez Vladimir no la sermonearía por ir «vestida con trapos».

Una estación. Vasilisa se asomó a la ventanilla. Era muy temprano, pero el sol brillaba. Allá, en el norte, casi no se notaba que hubiese llegado la primavera. Pero aquí todo florecía. Los árboles también estaban cuajados de flores. Árboles extraños, raros. Las hojas como las del aliso negro, pero de color más delicado, y las ramas cubiertas de flores blancas que se parecían a las lilas, pero que no lo eran. Su perfume suave y delicado penetraba por la ventanilla.

—¿Cómo se llama ese árbol? —preguntó Vasya al conductor—. En mi tierra no los hay.

—Acacias blancas.

—¿Acacias blancas? Son bonitas.

El conductor rompió algunas ramas y se las alargó. ¡Qué aroma tan dulce!

Y Vasya se sentía tan feliz que casi se le saltaban las lágrimas. ¡Todo lo que la rodeaba era tan hermoso, tan encantador! Pero lo más importante era: «¡Dentro de una hora veré a Volodya!»

—¿Llegaremos pronto? —preguntó dirigiéndose de nuevo al conductor. A ella le parecía que el tren no se movía. Se había parado otra vez en un apartadero. Por fin continuó su marcha.

Ya se divisaba la ciudad. Las catedrales, las barracas, los suburbios. Los andenes de la estación. Pero, ¿dónde estaba Volodya? ¿Dónde?

Vasya se asomaba por la ventanilla abierta. Volodya, que había subido al coche por el otro extremo, la abrazó.

—¡Ay, Volodya! ¡Cómo me has asustado!

Se besaron.

—Pronto, déjame que coja tus cosas. Éste es nuestro secretario. Haga el favor de cogerlo todo, Iván Ivanovitch. Vamos al auto. Tengo un par de caballos, Vasya, una vaca y un auto. Y pienso tener cerditos. Tenemos mucho sitio; es una verdadera granja. Ya verás, vivirás como la señora de la casa solariega. Las cosas marchan bien. No hace mucho abrimos una sucursal en Moscú.

Vladimir hablaba, hablaba. No podía contarle bastante deprisa las cosas en las que estaba ocupado, que llenaban todo su pensamiento. Sentada en el auto, Vasya escuchaba.

Y aunque tenía gran interés en todo lo que Volodya decía, hubiera preferido que hablasen de sus cosas, saber cómo se las había arreglado sin ella. ¿La había echado mucho de menos? ¿La había esperado con ansiedad?

Llegaron a la casa. Una buena casa individual con jardín. Un muchacho barbilampiño, un botones, con una gorra galoneada, estaba de guardia a la puerta. Les ayudó a bajar del coche.

—Vamos a ver, Vasya, si te gusta nuestra casa. Veremos si la encuentras mejor que tu jaula bajo el tejado.

Alfombras en las escaleras; un espejo. Un salón para recibir. Vasya se quitó el sombrero y dejó caer el abrigo. Sofás, alfombras. En el comedor un reloj enorme. En marcos dorados varias naturalezas muertas. Astas de venados en las paredes.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

Vladimir estaba radiante de orgullo.

—Me gusta —replicó Vasya, bastante insegura mirando alrededor. No sabía ella misma si le gustaba. ¡Todo era tan extraño, tan poco familiar!

—Y éste es nuestro dormitorio —dijo Vladimir abriendo con orgullo la puerta de par en par.

Dos ventanas se abrían sobre el jardín. Esto encantó a Vasya inmediatamente.

—¡Árboles! —gritó entusiasmada—. ¡Acacias blancas!

Y se dirigió a la ventana.

—Mira antes el cuarto. Ya tendrás tiempo de sobra para correr por el jardín. ¿No es bonito lo que he preparado para ti? Yo mismo he elegido y arreglado cada una de las cosas. Y te he esperado desde el momento en que me mudé aquí.

—Gracias, vida mía.

Vasya se estiró para besar a Volodya. Pero él pareció no verlo; la cogió por los hombros y la hizo volverse de modo que se viese en el gran espejo del ropero.

—Mira qué cómodo es. Cuando uno se viste se puede ver desde los pies a la cabeza en el espejo. Tiene estantes dentro para tu ropa interior, para tus sombreros, para todas tus baratijas.

—¿Pero cuántos sombreros y baratijas crees que tengo? ¡Has dado en el clavo! —dijo riendo Vasya.

Volodya continuó:

—¿Quieres fijarte en la cama? La colcha de seda me costó mucho encontrarla. Me pertenece; no me la dieron entre mis enseres. Y mira, una lámpara rosa para encender por las noches.

Vladimir le mostró todo, haciéndola fijarse en cada detalle, gozoso como un niño.

—¿Qué? ¿No he preparado un nidito mono para mi chiquilla?

Vasya escuchaba, sonriendo a su felicidad; pero todavía no se sentía en su casa. No lo podía negar; las habitaciones eran bonitas, espléndidas. Alfombras, cortinas, espejos. Pero no íntimas. Como si hubiese entrado en una casa que no fuese la suya. Las cosas no eran las que Vasya necesitaba. No había mesas donde desparramar sus libros y papeles. Sólo una cosa le gustaba de verdad: que desde las ventanas que daban al jardín podía ver acacias blancas.

—Arréglate ahora; enseguida almorzaremos —dijo Vladimir, yendo a las ventanas para echar las cortinas.

—¿Por qué haces eso? —objetó Vasya—. ¡Es tan bonito ver el jardín!

—No puede ser. Las cortinas tienen que echarse de día, porque si no la tapicería se decolora.

Abajo fueron los grises transparentes; como fuertes párpados, escondieron el jardín, que se asomaba brillando por la ventana. Y el cuarto quedó gris, monótono, aún menos íntimo. Vasya se lavó las manos y se peinó los rizos ante el espejo.

—¿Qué es eso que llevas puesto? ¿Te has mandado hacer ese vestido con la tela que te envié?

—Sí, claro...

Vasya levantó la vista, mirando a Volodya interrogativamente, esperando una palabra de aprobación.

—Déjame que te mire.

Dio la vuelta alrededor de ella. Por su expresión comprendió Vasya que no le gustaba.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir fruncir toda esa tela en las caderas? Tienes el cuerpo delgado, precisamente lo mejor para las modas que ahora se estilan. ¿Quién te ha hecho esa cosa tan horrible?

Vasya, avergonzada, se puso roja hasta la raíz de sus cabellos. Se sentía culpable.

—¿Por qué es tan horrible? Grusha dice que es lo que se lleva ahora.

—¡Qué sabe Grusha de eso! Ha estropeado la tela. Parece la mujer de un pope. Mejor es que te quites ese vestido y te pongas la falda de diario. Así parecerás más tú. Con ese traje no eres ni pescado, ni carne, ni ave.

Volodya no vio la desilusión de la cara de Vasya. Se fue al comedor a ver si estaba preparado el desayuno.

Con el corazón oprimido, se quitó Vasya la obra de Grusha, apresurándose a ponerse su usada falda y la blusa con el cinturón de cuero.

No estaba nada alegre. Dos pequeñas lágrimas cayeron sobre la gastada blusa. Se secaron rápidamente. Y en los ojos de Vasya había una desagradable frialdad...

La «criada del director» fue a cumplimentarla durante el desayuno. Se llamaba María Semyonovna. Una mujer de edad madura, robusta, de aspecto respetable.

Vasya le tendió la mano.

—Eso no era necesario —dijo Vladimir después de que María Semyonovna abandonara el comedor—. Si no te portas como la señora de la casa te perderán el respeto.

Vasya le miró con asombro.

—¡No sé por qué!

Volodya sirvió el desayuno a Vasya. Pero ésta no tenía apetito; no se encontraba en su centro.

—Te gustará el mantel de lienzo de Morozov. Las servilletas tienen el mismo dibujo. Pero he dicho que no las pusieran; cuesta demasiado lavarlas.

—¿De dónde sacaste todas esas cosas? ¿Has comprado de verdad todo esto?

Vasya miraba escrutadoramente a Vladimir.

—Vasya, ¿sabes lo que todos estos muebles costarían hoy día? ¡Millones! ¿Cómo puedes pensar seriamente que mi sueldo de director me permita comprar todos estos lujos? Todas esas cosas me han sido cedidas en calidad de director. Tuve bastante suerte de llegar cuando era posible obtenerlos, y con la ayuda de unos cuantos amigos conseguí todos estos muebles, antes en dependencias oficiales.

Ahora ya no lo permiten. Nadie puede actualmente amueblar una casa como ésta. A menos que lo paguen al contado. Además, yo he comprado muchas otras cosas por mi propia cuenta durante el invierno: el armario de luna del dormitorio, la colcha de seda, la lámpara de la sala...

Vladimir lo enumeraba todo contento, alegremente.

Los ojos de Vasya, cada vez más fríos, brillaban de cólera. No parecían ya castaños, sino verdes como los ojos de un gato.

—¿Y cuánto te han costado todas estas cosas tan espléndidas?

La voz de Vasya temblaba. Vladimir no lo notó y continuó comiendo una chuleta y bebiendo cerveza.

—Bueno, si se calcula el total de todo lo que he comprado a crédito, según el sistema de plazos, sube a...

Despacio, como para causar impresión a Vasya, Vladimir dio una suma considerable. Levantando sus ojos, llenos de gozo, hasta su cara parecía querer decirle: «¿Has visto qué marido tienes?».

—Vasya, ¿qué te pasa?

Se había levantado como si la pinchasen y estaba ante él.

—¿De dónde has sacado el dinero? ¿De dónde? Dímelo enseguida.

—¿Qué te pasa, Vasya? Cálmate. ¡No irás a creer que lo he conseguido por malos procedimientos! ¿O es que no sabes nada del valor del dinero? Compáralo con mi salario y verás.

Le explicó la cantidad de su sueldo mensual y el tanto por ciento que recibía por las ganancias.

—¿Ése es tu sueldo? ¿Tu sueldo mensual? Pero ¿cómo te atreves tú, un comunista, a gastarlo en tales tonterías? ¡Y cada vez mayor pobreza! ¡A tu alrededor miseria y hambre! ¿Te has olvidado de ellos, y de la gente sin trabajo? ¿Te has vuelto un verdadero «director» de empresa?

Los ojos verdes, furiosos, de Vasya se acercaron aún más a Vladimir.

—Bien, señor director, al menos podrías contestarme; ¿serás bastante amable que me contestes?

Vladimir no se dio por vencido, queriendo volver a la razón a Vasya, convencerla por las buenas. Se echó a reír.

—Vives como un gorrión bajo el alero y no sabes el valor del dinero. Hay aún otros que ganan mucho más y viven mucho mejor. Con verdadera ostentación.

Pero a Vasya no era fácil vencerla con palabras. Estaba decidida a exigirle cuentas. ¿Por qué no vivía como un comunista? ¿Por qué tiraba el dinero en frivolidades mientras la pobreza y el hambre crecían a su alrededor?

Vladimir se dio cuenta de que no la podía convencer de aquella manera. Intentaría otra. Probaría a darle una explicación política. Todo eso no era más que parte de su cargo de director. Instrucciones de «arriba». Lo principal era hacer todo lo que pudiera para que el negocio floreciese, para que aumentasen las ganancias de su compañía. Y éste era su punto más fundamental. Vasya debía esperar hasta que viese lo que había hecho en un año. Todo había sido edificado en un lugar desierto; había aumentado la producción total, de manera que ahora toda la empresa dependía de su superintendencia. Lo vería con sus propios ojos. Aunque «vivía como una persona», se preocupaba de cada uno de sus empleados, hasta del más humilde obrero.

En cuanto ella echase una ojeada a todo, pensaría de modo diferente. Pero lo que no podía nunca esperar era que su amiga Vasya, su mujer, su compañera, fuese a engrosar el coro de sus enemigos. Así era muy difícil trabajar. Había dado toda su energía a la causa, y éste era su pago. Hasta su mujer se ponía contra él, queriendo acusarle.

Vladimir estaba ofendido y furioso. Sus ojos eran los de un lobo rabioso. Echaban fuego a Vasya como si quisieran quemarla por su sospecha, por su acusación.

Vasya escuchaba pensativa. Pudiera ser que estuviese en lo cierto. Todo era completamente distinto ahora. Lo más importante era que sus cuentas estuviesen claras y el trabajo hecho. La riqueza nacional tenía que ser aumentada. Ella no discutía esto.

—Entonces, ¿qué hay de malo en que compre algunas cosas y quiera arreglar mi casa? ¿Es que tengo que vivir toda mi vida en casas-comuna? ¿Y por qué estamos peor que los obreros norteamericanos? Deberías ver cómo viven allí. Tienen su piano, su Ford y su moto.

Entretanto, la servicial María Semyonovna había entrado en el comedor varias veces. Quería servir la comida y vio que aquella pareja reñía en el momento que se reunían. Así pasaba con la «gente distinguida» de verdad, a la que había servido antes de la Revolución. Aquéllos y los comunistas, todos eran iguales. Sólo que aquello era malo para la comida, que se estropearía de tanto esperar.

Vladimir llevó a Vasya a todos los sitios. Le enseñó las oficinas, los almacenes, los pabellones. La llevó también al departamento de contabilidad.

—Echa un vistazo a nuestros libros; no encontrarás en ningún sitio este sistema de contabilidad. Fíjate qué magníficamente lo he organizado todo y dime, entonces, que no sirvo para nada.

Dijo a los empleados de contabilidad que explicasen a Vasya el principio de su sistema, que era sencillo, pero exacto. Había recibido la aprobación del centro.

Vasya escuchaba, aunque no podía comprenderlo todo. Vio que trabajaban con ahínco y que les gustaba su trabajo. Volodya también estaba metido en él en cuerpo y alma.

La llevó a las casas de los empleados, y con toda intención preguntó a las mujeres si estaban satisfechas.

Miraba a Vasya triunfalmente. Todas decían lo mismo:

—¿Que si estamos satisfechas? En estos tiempos no se podía estar mejor. Debemos nuestra vida a su ayuda, Vladimir Ivanovitch.

—¡Ahí tienes! ¡Y me acusabas de derrochador! Créeme, lo primero de que me ocupo es de los empleados. Les he dado todo cuanto he podido. Y sólo entonces he pensado en mí. Ya ves cómo viven. Los obreros están tan bien como los empleados. He hecho especiales esfuerzos en su favor. De verdad que he hecho todo cuanto he podido.

—Está muy bien que tú hayas hecho todo eso. Pero ¿y ellos? ¿Qué han hecho por ellos mismos?

—¿Qué ideas más raras tienes, Vasya! ¿No tenemos los mismos intereses ellos y yo? Antes, claro está, el director estaba a un lado y los obreros en otro. Pero ahora, no; por lo menos aquí. Te has quedado anticuada, Vasya.

Bromeaba, y, sin embargo, Vasya sentía que Vladimir no estaba complacido y que ella le había ofendido. Se pasó el día hablando de todos los edificios de la «firma». Vasya

estaba rendida. Le latían las sienes; sentía una punzada en el costado; le dolía la espalda. ¡Si pudiera irse a casa, acostarse y dormir! Su cabeza oía todavía el traqueteo de las ruedas del tren. Pero Volodya le acababa de decir que tenían convidados a comer; tenía que recibirlos.

Llegaron a casa; entraron en el recibimiento. El botones abrió la puerta y permaneció en el sitio como si esperase alguna orden.

Al verle, Vladimir sacó del bolsillo su libro de notas, escribió unas palabras y dio el papel al muchacho.

—Date prisa, Vassya, no llegues tarde. La contestación me la entregas a mí en persona. ¿Comprendes?

Se volvió hacia Vasya, mirándola con expresión extraña, mitad culpable, mitad escudriñadora.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué abres los ojos así?

Su voz sonaba algo insegura.

—No me pasa nada. Es que... oye, ¿el botones se llama también Vasya?

—Sí; ¿qué, no te gusta que haya dos Vasyas en mi casa? ¡Quién se lo podía imaginar! Tienes celos. Pero no te preocupes. Otra Vasya como tú no la hay en el mundo.

Cariñosamente la abrazó, se miró en sus ojos y la besó. Era la primera vez en todo el día que la acariciaba. Cogidos del brazo, pasaron al dormitorio.

Los convidados llegaron: Savelyev e Iván Ivanovitch, el secretario de la dirección de la empresa. Savelyev era un hombre alto, enjuto. Llevaba un traje gris. El pelo fino, cuidadosamente peinado; en uno de sus dedos brillaba una sortija de sello. Vivo, con ojos algo astutos y una sonrisa desagradable sobre su boca afeitada. Parecía que lo

inspeccionaba todo y que todo le era indiferente mientras no le perjudicase. Por lo menos así le pareció a Vasya.

Cuando la saludó se llevó su mano a los labios. Ella la retiró.

—No tengo costumbre de eso.

—Como quiera; pero yo nunca pongo reparos para besar la mano de una mujer joven. Es una agradable costumbre que pone celosos a los maridos. A usted, Vladimir Ivanovitch, no le faltan motivos para estarlo, ¿verdad que sí? ¡Confiese!

Mientras hablaba daba palmadas en la espalda de Vladimir. Éste se reía.

—Vasya es una esposa modelo; no hay por qué tener celos de ella.

—¿O sea que no sigue el ejemplo del marido?

Savelyev guiñó el ojo a Vladimir, y éste quedó perplejo y asustado.

—No creo que nunca haya hecho nada para...

Savelyev le interrumpió:

—Bueno, bueno, da igual. Ya conocemos lo que son los hombres casados. Yo también lo he sido. Ahora hago vida de soltero.

A Vasya no le gustó Savelyev. No le gustaba nada. Pero Volodya hablaba con él, como con un amigo, de negocios, de política. Vasya no hubiera discutido de política con un «especulador» como ése; no se hubiera reído con él del presidente del Comité Ejecutivo. Tendría que hablar con Volodya, convencerle para que abandonase aquella amistad.

Bebieron vino en la comida. El secretario, Iván Ivanovitch, lo había traído en una cesta. Parecían preocupados

por unas grandes remesas que no habían llegado y temían que no estuvieran a tiempo para la feria.

Vasya escuchaba, procurando comprender el significado de todo aquello. Pero le pareció que no era tan importante, como si el objeto principal no debiera ser mencionado. El martilleo de sus sienes le molestaba; le dolían los ojos. ¡Cuándo terminaría la comida!

Inmediatamente después de acabar, Vladimir pidió el auto. Tenía que asistir a una reunión importante sobre la cuestión del transporte.

—Pero ¿va usted a ir a la reunión? Debe quedarse con ella, Vladimir Ivanovitch. Lo contrario no estaría bien.

Savelyev le miraba con sonrisa maliciosa.

—Imposible —interrumpió Vladimir, encendiendo abortito su cigarrillo. Quisiera quedarme, pero los negocios...

Savelyev no pudo menos de decir:

—Hay negocios y «negocios».

Y Vasya otra vez pensó que le guiñaba el ojo a Vladimir, riéndose de ella. Era un especulador desagradable.

—Si yo estuviera en su lugar lo dejaría todo para pasar la primera velada con mi mujer. Los negocios no se van.

Vladimir no contestó, pero cogió enfadado su gorra.

—Bueno; ¿podemos irnos ya, Nikanor Platonovitch? Salieron.

Iván Ivanovitch se fue con ellos.

Vasya quedó sola. Sola en aquella casa tan grande, completamente desconocida. Fue a todas las habitaciones. Solitarias, tristes, frías. Estuvo un rato apoyada en la ventana. Después se echó sobre la cama con la colcha de seda y se durmió enseguida.

Se despertó sobresaltada. Era de noche. Encendió la lámpara y miró el reloj. Las doce y cuarto. ¿Había dormido tanto tiempo? Más de media noche y Vladimir no había vuelto.

Se levantó, se lavó la cara y fue al comedor.

La mesa estaba puesta; la luz, encendida. Reinaba el silencio.

La habitación estaba vacía y el resto de la casa a oscuras. Fue a la cocina, donde María Semyonovna ponía en orden sus cacharros.

—¿No ha vuelto todavía Vladimir Ivanovitch?

—No, todavía no.

—¿Viene siempre tan tarde de sus reuniones?

—Según.

María Semyonovna era adusta y muy parca de palabras.

—¿Y usted? ¿Está esperándole? ¿No se acuesta?

—Vassya y yo nos turnamos. Un día le espera él; otro, yo.

—¿Tomará algo Vladimir cuando vuelva?

—Si trae convidados me figuro que sí. Si no, se va derecho a su cuarto.

Vasya se quedó un poco más allí, en silencio. Vio que María Semyonovna estaba entretenida en sus cosas y no se ocupaba de ella.

Al volver a su cuarto, Vasya abrió la ventana. Una noche fresca, serena, de primavera. El aire, lleno del penetrante perfume de las acacias. Las ranas croaban muy fuerte, de una manera algo extraña. Al pronto Vasya creyó que eran aves nocturnas.

El cielo era oscuro, moteado de infinidad de estrellas titilantes. Vasya contempló el jardín oscuro, el cielo, las

estrellas. Su corazón se calmó. Olvidó a Savelyev, el especulador; olvidó la pena que Vladimir le había causado involuntariamente durante el día. En este momento sentía con toda su alma que había llegado hasta él, a su amado, para guiarlo. El que se asocia con toda la gente de la NEP puede apartarse del buen camino. Para esto la había llamado a ella, su amiga, su mujer.

Recordando cómo Vladimir lo había organizado todo, Vasya se sentía orgullosa de él. ¡Qué activo era! Ahora comprendía, veía las cosas bajo otra luz. Todo parecía más claro, más inteligible, más alegre que durante el día.

Vasya estaba tan abstraída en sus pensamientos que no oyó ni llegar el coche, ni los pasos de Vladimir sobre las alfombras. El sonido de su voz la hizo estremecerse.

—¿Qué estamos pensando tan profundamente, Vasya mía?

Al inclinarse, los ojos de Vladimir brillaban cariñosos y amantes.

—¡Querido, por fin llegas! ¡Te he esperado tanto...!

Rodeó su cuello con sus brazos.

Vladimir la levantó como en los primeros días de su amor y la llevó por toda la habitación como a un niño adorado.

Vasya estaba feliz, contenta. Volodya la quería, la quería como siempre. ¿Por qué se había sentido tan herida por la mañana?

Tomaron té juntos, charlando íntima, afectuosamente. Vasya dio su opinión respecto a Savelyev. «Es mejor no ser amigo suyo.»

Vladimir no lo negó. Agregó que tampoco sentía respeto hacia él. Pero era útil; todo el negocio hubiera sido

imposible sin él. Tenía muchas relaciones de antes y gozaba de la confianza de los compradores; había sido posible ponerse en contacto con ellos gracias a su mediación. Volodya, además, había aprendido mucho de él. Francamente hablando, no valía mucho como hombre. Era un burgués genuino; pero en los negocios era indispensable. Por eso Volodya le había defendido, cuando las autoridades más altas, los «superhombres», le habían arrestado. Era, además, muy apreciado en Moscú. Las autoridades locales habían sido llamadas al orden a causa suya.

—Bien; pero ¿no me escribiste que sus manos no estaban muy limpias?

—¿Cómo te lo explicaría? Es nuestro agente comercial. Por supuesto que mira por sí mismo. Pero no es peor que los otros. Además, los otros dan vueltas sin hacer nada, mientras que él trabaja a conciencia. Conoce a fondo su trabajo y le gusta.

Aparte de todo esto, Vladimir prometió, sin embargo, verle menos. El negocio era el negocio; pero no era preciso una amistad.

Habiendo terminado de tomar el té, volvieron, abrazados, al dormitorio. Vladimir oprimió la cabeza de Vasya contra su pecho; besó sus rizos y habló pensativa, tiernamente.

—¡Mi cabecita adorada! Siempre será mía, ¿no? No existe otra como tú, Vasya. ¡Sólo te quiero a ti, mi Vasya, mi dulce rebelde!

Vasya se despertó tarde; hacía ya mucho que Vladimir se había ido a trabajar. Pero ella no se sentía bien. Tenía grandes dolores en el costado; se sentía febril y comenzaba

a toser. ¿Se habría enfriado en el tren? Aunque hacía un día espléndido de sol, se arropó en un chal. No quería moverse, ni levantarse. Mejor sería reposar. María Semyonovna vino al cuarto; se quedó en la puerta, con los brazos cruzados, como si esperase algo.

—Buenos días, María Semyonovna.

—Buenos días —fue la seca respuesta—. ¿Qué manda que haga para comer? Al marchar, Vladimir Ivanovitch dijo que se ocuparía usted de todo. Traerá convidados.

Vasya se vio perdida. No sabía qué disponer. En su casa, en la casa-comuna, sólo comía lo que el Estado suministraba.

Viendo que Vasya no sabía nada de aquellas cosas, María Semyonovna propuso varios platos. Vasya dijo que sí a todo; pero quiso saber los precios. ¿Costaría muy caro?

—Si quiere comer bien, no puede hacer economías. No se puede comprar nada sin dinero. Los comunistas han quitado el sistema de racionamiento.

—¿Tiene usted dinero?

—Un poco que sobró de ayer; pero no basta para hoy. La carne es cara y también habrá que comprar manteca.

—¿No le ha dejado dinero Vladimir?

—No me ha dejado nada. Sólo me ha dicho: «Busque a Vasilisa Dementyevna y que disponga ella.»

¿Qué hacer? María Semyonovna estaba allí esperando el dinero y no se iría. Vasya tenía un poco de dinero; pero la casa pronto se lo llevaría y se quedaría sin un céntimo. Esa idea le disgustaba.

—¿Por qué no me presta un poco de dinero para que luego se lo devuelva Vladimir? —propuso María Semyonovna.

—Tiene razón, no se me había ocurrido.

Y todo quedó arreglado.

Cuando María Semyonovna se fue, Vasya bajó al jardín. Durante un gran rato paseó arriba y abajo de sus veredas hasta que se cansó. ¡Se sentía extenuada! Se echó sobre la cama, cogió un libro para leer, pero se quedó dormida.

Vasya estaba echada sobre la cama. Las mejillas le ardían; su sueño era perturbado por pesadillas atormentadoras. Al despertar miraba con espanto en derredor. ¿Por qué se había dormido? Hubiera sido mucho mejor ir a ver la ciudad. No había venido a ver a Vladimir para ponerse enferma. Y, sin embargo, no tenía fuerza para levantar la cabeza. Cerró los ojos y sus pensamientos se confundieron inmediatamente. No dormía, ni estaba amodorrada. Pero tampoco estaba completamente consciente.

—¡Vasilisa Dementyevna! Vladimir Ivanovitch vendrá a comer dentro de poco. Debe vestirse. Así podría hacer la cama. A él le disgusta ver la casa sin arreglar.

María Semyonovna se inclinaba sobre Vasya, como si por ser la mayor quisiese corregirla.

—¿Tan tarde es?

—Más de las cuatro... Y usted ni siquiera ha almorzado. Quise despertarla antes, pero dormía profundamente. Eso es del viaje. No ha descansado bastante todavía.

—Puede que sea del viaje o que haya cogido frío.

—Debe ponerse el vestido de lana. Abriga más. Esa falda que lleva no le sirve.

—El vestido me sienta mal y no le gusta a mi marido.

—¿Por qué dice eso? No está tan mal. Quizás tenga demasiados pliegues en las caderas y la línea de la cintura no

esté donde debiera estar. Ahora se lleva la cintura... Yo he sido modista también. Sé arreglar vestidos. Le arreglaré la falda. Arreglaremos el vestido de modo que Vladimir Ivanovitch no lo reconozca.

—¿Estará para la hora de la cena?

—Eso es pedir demasiado; lo haremos con calma; no tenemos prisa. Mire, póngase la falda negra y la chaqueta. No está mal así.

Nunca había pasado Vasya tanto tiempo ante el espejo. María Semyonovna encontraba más cosas que se podían arreglar. Prendió alfileres; en otros sitios dio puntadas largas. Encontró también un cuello de encaje. El efecto era bastante bueno. Sencillo, pero elegante. Hasta a Vasya le gustó. ¿Qué le parecería a Vladimir?

Apenas terminaron llegó Vladimir con los convidados: un oficial de la G.P.U.<sup>9</sup> y su esposa. Las puntas de su bigote eran finas, como puntas de alfiler; iba vestido de una manera afectada, con polainas de cuero hasta las rodillas. ¡Y que se llamara a sí mismo un comunista! No le gustó a Vasya. ¡Y su mujer! Parecía una prostituta. Llevaba un vestido muy fino, zapatos blancos y un chal de piel, sobre los hombros. Los dedos le relucían de sortijas. Vladimir le besó las manos, gastando bromas con ella. ¿De qué hablaban? No lo podía comprender. No decían más que tontearías. Vladimir, galantemente inclinado, flirteaba.

Vasya se sentó al lado del hombre de la G.P.U. Era un comunista, pero ella no sabía qué decirle.

---

<sup>9</sup> «Directorio Político del Estado», organismo de seguridad sucesor de la antigua Checa («Comisión Extraordinaria Panrusa») a partir de 1922.

Bebieron vino también. Vladimir brindó con su invitada. Ella le dijo algo en secreto y los dos se echaron a reír. Aquello era molesto para Vasya. Pero el invitado tampoco se ocupaba de su mujer. ¡Como si no le perteneciese! ¡Qué cosa tan extraña! No le gustaba eso.

En broma hablaron del ayuno. La dama dijo que era religiosa y que se confesaba, aunque no ayunaba. ¿Cómo podía ser eso? ¡Un compañero de la G.P.U. casado con una creyente!

Vasya frunció el ceño. Se puso de mal humor. Vladimir tenía culpa también. ¿Qué clase de amigos tenía?

Hacia el final de la comida, Iván Ivanovitch vino para decirles que Savelyev tenía un palco para el teatro y les invitaba.

—Iremos, ¿verdad, Vasya? —preguntó Vladimir.

—¿Con Savelyev?

Vasya quiso encontrar sus ojos, pero él hizo como si no entendiera.

—Sí, claro, con Nikanor Platonovitch iremos todos. Dan una opereta nueva. Te divertirás.

—No; yo no voy.

—¿Por qué no?

—No me encuentro bien. He debido enfriarme en el tren.

Vladimir se acercó a ella para mirarla de cerca.

—Verdaderamente, Vasya, no tienes buena cara. Tienes los ojos un poco hundidos. Dame la mano. ¡Si la tienes ardiendo! Claro que no puedes ir, ni yo tampoco.

—¿Por qué? Anda, ve.

Los convidados también persuadieron a Vladimir, y éste accedió.

En el recibimiento, delante de todos, Vladimir abrazó a Vasya y le dijo al oído: «Estás hoy más bonita que nunca, Vasya».

Llamó a María Semyonovna y le dijo que cuidase de Vasilisa Dementyevna.

—Vete enseguida a la cama, Vasya. Volveré pronto. No me quedaré hasta el final.

Partieron.

Vasya vagó por las habitaciones, abatida.

No le gustaba esta vida. No sabía exactamente lo que no le agradaba. Pero se sentía como una extraña; nadie la necesitaba. Vladimir podía amarla, pero, ¡pensaba tan poco en ella! La había abrazado y besado y se había ido. Sería distinto si tuviese que irse a una asamblea, al trabajo. ¡Pero al teatro! ¿Por qué se había ido sin ella? ¿No había ido bastante al teatro durante el invierno? Algo preocupaba, inquietaba a Vasya. No lo podía expresar; no se sentía en su casa.

«Me quedaré una semana —pensó—. Veré cómo marchan los asuntos de Volodya y me iré.»

Pero ahí estaba la dificultad. ¿Dónde se iría? ¿Otra vez a la casa-comuna? Su cuarto, su sotabanco bajo el tejado, ya no lo tenía. Su amiga Grusha, la costurera, vivía en él. Además, allí estaban los Fedosseyev. Habría chismes y disgustos. Otra vez tendría que reñir con todo el mundo a causa de la casa. Y se sentía demasiado agotada para eso. Además, había perdido la fe en su obra. Y eso era lo más importante.

No, no tenía dónde ir.

Este pensamiento agobió aún más su corazón, atravesándolo como una hoja de acero.

Vasya tenía frío; tiritando metió las manos en la manga. Vagó por los cuartos oscuros, vacíos. Sentía que aquella casa tan extraña le preparaba muchas penas.

¿Premoniciones?

¿Podía un comunista ser supersticioso? No podía ser otra cosa. ¿Por qué, si no, esa melancolía, esa melancolía infinita, sin nombre, estéril?

## CAPÍTULO VII

Vladimir volvió a casa temprano, como había prometido. Vasya estaba en la cama, leyendo.

Se sentó a su cabecera y le preguntó cómo se encontraba. La miraba a los ojos mientras hablaba, y su mirada, grave y triste, inquietó a Vasya. Sus ojos expresaban sufrimiento.

—¿Qué te pasa, Volodya? ¿Por qué están tan triste?

Hundiendo la cabeza en la almohada habló con tono desalentado:

—La vida no es un lecho de rosas, Vasya. Tú no sabes lo dura que es para mí. Sólo ves un aspecto de mi vida. Y no quieres comprender. ¡Si pudieras leer en mi corazón cuánto he intentado portarme bien durante el invierno...! No me condenarías. Me tendrías lástima. ¡Eres tan buena, Vasya!

Ella acarició su cabeza para calmarle. Y aunque le daba mucha pena su tristeza, su corazón rebotó de alegría. Sentía que los dos pensaban lo mismo, sufrían la misma pena.

—No es fácil para un proletario ser director —le dijo.

Pero Volodya inclinó la cabeza, pesaroso.

—No es sólo eso, Vasya; no es sólo eso. Hay algo, además, que me atormenta, que no me deja vivir en paz.

—¿Están conspirando contra ti?

Volodya se quedó callado. Parecía que quería contarle algo, pero que no podía encontrar las palabras. Vasya rodeó su cabeza con sus brazos.

—Vida, dime lo que te apena —dijo apoyando la cabeza en su hombro—. ¡Hueles a perfume! ¿Cuándo te lo has puesto?

Levantando la cabeza, le miró fijamente.

—¿Perfume?

Volodya pareció azorado. Pensó un poco:

—Me lo pondrían al afeitarme. Sí; el barbero me lo debe de haber puesto.

Vladimir se levantó; lio un cigarrillo despacio, cuidadosamente, y se alejó de Vasya. Tenía precisión absoluta de revisar unos papeles aquella noche.

Vasya tosía un poco. Se encontraba bastante mal, febril, con punzantes dolores en el costado. Vladimir se dio cuenta, aunque no se quejó en su presencia. Su tos le molestaba y ordenó que le hicieran la cama en el sofá de la sala.

Los días pasaban, itan monótonos! No tenía nada que hacer. Sólo de cuando en cuando pequeñas contrariedades de ama de casa. Vladimir quería ahorrar, pero insistía en que todo estuviera «como debía». Vasya dio sus pocos ahorros para los gastos de la casa, porque le molestaba que Vladimir le hiciese reproches.

—¿Has gastado ya todo el dinero para la casa? Nunca gana uno bastante...

¡Como si fuese Vasya la que invitase a los convidados y quisiese servir tres platos para la cena! Sin embargo, no tenía motivos para quejarse de Vladimir. Era muy atento

en lo demás. Estaba inquieto por su salud y él mismo fue a buscar al médico. Éste diagnosticó debilidad general; también el pulmón derecho estaba ligeramente afectado. Le ordenó que se acostase al sol todo cuanto pudiese y que comiese alimentos nutritivos. Vladimir preguntaba constantemente si hacía lo que el doctor había mandado. María Semyonovna tenía que cuidarse de que Vasya comiese a las horas debidas. Le buscó cacao y una tumbona para que tomase el sol en el jardín. Vladimir parecía muy inquieto a causa de su salud.

Cuando llegaba a casa iba inmediatamente a su lado. No se veían mucho porque Vladimir estaba muy ocupado en aquellos momentos. Era una época de trabajo activo. La feria se inauguraba pronto. Vladimir estaba preocupado, pensativo y bastante deprimido.

Echada en la tumbona, Vasya, como un lagarto, gozaba de la vida. Se volvía de un lado, de otro, tostándose como una gitanilla. Una vida rara, sin trabajos ni preocupaciones. Pero también sin alegrías. Como en sueños. Pensaba constantemente: «Ya, ya voy a despertarme y volveré a mi pueblo, a la casa-comuna.» Y de nuevo pensaba en el comité de vivienda, en los camaradas, en Stepan Alexeyevitch, en Grusha, en los Fedosseyev. Había vivido una vida agotadora, pero más feliz.

Esperaba a Vladimir. Le había prometido volver más pronto aquel día. Vasya tenía la sensación de que podría hablar mucho con él, de que podía tener una conversación íntima. Pero los días pasaban y nunca hablaban. Siempre había convidados o trabajo urgente.

Savelyev ya no les visitaba. Pero ahora asistían otros invitados, los miembros de la administración de la empresa,

que eran poco interesantes y extraños a Vasya. Su conversación no giraba más que sobre partidas, desembarcos, envíos, ventas y de la subida de los precios. Vasya sabía que todo esto era esencial para la Revolución, que la economía nacional no podía edificarse sin el intercambio de mercancías; pero se aburría escuchando. Cuando guiaba la conversación a los asuntos del Partido, a un artículo de Bujarin, a las informaciones de los periódicos sobre los comunistas alemanes, la escuchaban y volvían a su asunto: consignas, embarque, peso bruto.

Vladimir no se aburría. Los colegas le daban la vida. Discutía con ellos, dejaba que le aconsejasen. Únicamente cuando se quedaba solo con Vasya crecía su melancolía. Suspiraba, acariciaba sus manos y la miraba tristemente. Parecía pedir su ayuda o pedirle perdón por alguna culpa con la que él cargaba y que ella no sospechaba. ¿Qué le pasaba? Las intrigas contra él parecía que se habían terminado. No había oído nada desde su llegada.

Pero ¿qué era lo que le ponía tan triste? ¿Pensaría que Vasya podía morir? Esta absurda idea le causó alegría. De ser así, debía quererla mucho. La verdad era que apenas estaba con ella. Tampoco ella había permanecido a su lado cuando fue a visitarla. También estaba fuera todo el día, y apenas le quedaba tiempo para ocuparse de su marido. Le inquietaba pensar que, por su conducta de entonces, él ahora la quisiera menos.

Echada en su tumbona, Vasya estaba encantada, mirando las copas de los árboles, que se destacaban bajo el cielo azul. Una brisa de verano los mecía suavemente, como si los acariciase. Los grillos chirriaban sobre la hierba. Los pájaros cantaban alegremente en los árboles.

Vasya se levantó y por la vereda cubierta de hierba se dirigía a un árbol de lilas lleno de flores. ¡Qué dulce aroma! Rasgó una rama; una abeja pasó volando por delante de ella, posándose sobre una rama purpúrea, llena de flores, donde se limpiaba el polvo de sus alas. «Bien, muy bien, eres valiente. ¿No tienes miedo de la gente?» Vasya se reía. Y de repente se sintió tan alegre, tan libre, que se sorprendió a sí misma. Miró alrededor, como si viera el jardín por vez primera. La hierba verde, el penetrante perfume de las lilas, el pequeño pozo cubierto de musgo, lleno de ranas croando, llamándose unas a las otras.

¡Qué preciosidad, qué maravilla!

Vasya no se atrevía ni a moverse. Tenía miedo de que este alborozo repentino, este ligero gozo, volase de su corazón. Nunca antes había sentido o comprendido qué era «vivir». Ahora lo hacía. No sentía decaimiento ni prisas, ni tenía que trabajar, ni sentía placer, ni necesitaba abalanzarse hacia un fin; era la vida pura y simple. La vida, como la vida de la abeja, dando vueltas sobre las lilas; como los pájaros, cantando en los árboles; como los grillos, chirriando en la hierba. ¡Vivir, vivir, vivir! ¿Por qué no podría pasarla uno entre las lilas? ¿Por qué el hombre no podía ser como todas las criaturas de Dios? ¿Dios? Se enojó consigo misma. ¿Desde cuándo pensaba en Dios? Ése era el resultado de su pereza, de su vida burguesa a expensas de Vladimir. Fácilmente podría convertirse en una *nepmansha* si continuaba viviendo así.

Vasya se apresuró a meterse en la casa. Tuvo miedo de entretenerse allí.

Pero aquel sentimiento gozoso perduró. Estaba optimista. Había adquirido fuerzas y recobrado la salud.

Apenas había entrado Vasya en el dormitorio y puesto lilas en el jarrón, cuando llegó Vladimir en el auto.

Fue directo a ver a Vasya.

—Ya han empezado. Ya me habían dejado en paz bastante esos intrigantes. Han encontrado nuevas energías para desenterrar cosas viejas. Acaban de presentar una demanda ante la Comisión de Control.<sup>10</sup> Están abriendo un proceso contra mí. Pero ya veremos, ya veremos quién puede más —Vladimir corría de un lado a otro de la habitación, con una mano a la espalda, signo en él de agitación—. Otra vez me acusan de anarquismo, de falta de disciplina, y sabe el diablo de cuántas cosas más. Yo matándome a trabajar para que todo funcionase bien, y en vez de ayudar, esos individuos del Comité Ejecutivo no hacían más que poner cuñas a sus ruedas. Si continúa esta persecución dejaré el Partido. Y lo dejaré por mi propia voluntad. No necesitan amenazarme con la expulsión.

Vasya comprendió que era una cosa seria. Se quedó muy preocupada y oprimida. ¿Era éste el desastre escondido que presentía? Pero no dio muestra de estar preocupada. En cambio, intentó calmar a Vladimir, hacerle entrar en razón.

—Y lo que es tu Stepan Alexeyevitch es un buen individuo. Le han pedido informes sobre mí. ¿Y sabes lo que ha hecho? No se le ha ocurrido nada mejor que alabar mi trabajo, pero en cuanto a lo demás, padezco de ser demasiado «egocéntrico» y «moralmente voluble». Estos individuos son como sacerdotes, que juzgan a los hombres, no por su

---

<sup>10</sup> Máximo organismo disciplinario del Partido Comunista, encargado, principalmente, de asegurar el cumplimiento del programa y los estatutos por parte de los militantes.

trabajo y acciones, sino por su moralidad. ¡Que no vivo «como un comunista»! ¿Querrán mandarme que me haga monje? ¿Acaso ellos son mejores? Y si no, dime: ¿por qué no llevan al tribunal al jefe de la división de propaganda por haber abandonado a su mujer y tres hijos y haberse liado con una prostituta? ¿Debe hacer eso un comunista? ¿Por qué esperan que yo viva como un asceta? ¿Qué derecho tienen a ocuparse de mi vida privada?

En esto no pudo ya estar conforme Vasya. El Partido tenía razón. No era correcto en un comunista imitar a los burgueses. Un comunista, que además era un director, debía llevar una vida ejemplar.

—Pero ¿en qué te fundas para acusarme? ¿Dónde está mi falta de comunismo? ¿En mi negativa a vivir entre basura? ¿En mi obligación de tener relaciones con gentuza por mi trabajo? ¿Por qué no establecen a quién puede uno recibir en su casa, cuántas sillas se deben tener, o cuántos pares de pantalones puede usar un comunista?

Vladimir estaba furioso; Discutía con Vasya; pero ella estaba agradecida de aquella oportunidad que se le presentaba para decirle todo lo que había guardado en su corazón. No sabía precisamente qué era lo que estaba mal; pero le parecía que la vida y las acciones de Vladimir no eran las de un comunista. Vladimir intentaba decir que los negocios no marcharían si no hubiera espejos y alfombras en la casa del director; pero ella no lo creía. Vasya no podía convencerse de que fuera necesario ser íntimo amigo de Saveliev, o que los negocios fueran a ir mejor porque Vladimir besase la mano a todas las mujeres.

—¿De modo que estás de acuerdo con ellos? Lo sabía, lo pensaba. No has venido como mi amiga, sino como mi

juez. Te unes al coro. Y ahora ya sé que tú me desprecias como los otros. ¿Por qué no lo dices claramente? ¿Por qué contienes tu cólera? ¿Por qué me atormentas?

Vladimir estaba lívido. Sus ojos llameaban. Su voz denotaba furia e indignación. Vasya no comprendía. ¿Por qué se encolerizaba así? ¿No estaba permitido contradecirle ahora? ¡Qué amor propio! ¡Si al menos no se arrepintiera después!

—¡Oh, Vasya, Vasya! Nunca pensé eso de ti. Jamás supe que me abandonarías cuando te necesitaba. Pero veo que me he equivocado. ¡Que se lo lleve todo el demonio! Estoy destinado a perecer. Muy bien; entonces al menos descansaré.

Pagó su cólera sobre la mesa tirando el jarrón. Las fragantes ramas purpúreas cayeron al suelo; un brillante riachuelo de agua corría por el tapete de seda.

—¡Mira lo que has hecho!

Alejándose de ella, Vladimir se fue a la ventana. Miraba afuera con murria. Al verle así, Vasya sintió, como siempre, una gran lástima. No era fácil para él. Pero las cosas eran duras para todo proletario. Era difícil ver el camino de cada uno, saber lo que estaba bien, lo que nos está permitido.

—Dejemos esto, Volodya. ¿Por qué te sientes tan abatido? Es todavía pronto. El asunto tiene que ser investigado. Y tú no has cometido ningún crimen. No es más que una cuestión de insubordinación. Espera, yo iré al Comité e intentaré saber de qué te acusan. Y todo se arreglará bien.

De pie, al lado de Vladimir, dejó caer su mano sobre su hombro e intentó verle la cara. Pero él pareció no darse cuenta y permaneció tristemente absorbido en sus

pensamientos. ¿No la habría oído? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba tan alejado el uno del otro, como si no fueran «camaradas»?

Vasya pensaba en silencio. Toda la alegría de su corazón había desaparecido. Sólo quedaba ansiedad, una triste y agresiva ansiedad.

A la mañana siguiente Vasya fue al Comité del Partido. Cuanto más preguntaba a Vladimir, más motivo tenía para alarmarse. Aunque las acusaciones parecían infundadas, había que tomarlas en consideración. ¿Cómo se resolvería aquello?

Vasya se apresuraba por la desconocida ciudad, preguntando el camino a los transeúntes, sin importarle cuanto veía. Quería llegar al Comité del Partido lo más pronto posible. No podía tranquilizarse.

Estaba en un gran edificio independiente, con la bandera roja a la puerta. El letrero, al lado de la puerta, le era tan familiar que sintió como si estuviese en su casa, en su provincia. Y se sintió alegre, ansiando ver a «los suyos». No consideraba a los camaradas que visitaban a Vladimir miembros del Partido.

Preguntó por el despacho del presidente. El muchacho que estaba en la mesa de información le dio instrucciones.

—Escriba su nombre y lo que desea. Es posible que no pueda verle hoy y que tenga que esperar hasta el jueves.

¿Qué burocracia era ésta? No le agradó; pero no tuvo otro remedio que aguantarse. Se sentó en una silla y llenó un impreso.

—Toma, da esto al secretario —dijo el oficial de información al muchacho—. Y usted suba y gire a la derecha.

Encontrará la sala de espera. Siéntese allí. —Dio estas explicaciones con voz aburrida. De repente pareció despetarse—: ¡Manyka, Manyka! ¿Qué haces por aquí?

Era una adolescente que llevaba una falda corta y sombrero de moda. Le guiñó un ojo con coquetería.

—Iba a ver a unos amigos. ¿Por qué no había de venir al Comité del Partido?

Vasya la calificó de prostituta. En tiempos pasados, una muchacha así no visitaría a sus «amigos» en el local del Partido.

Vasya pasó por el brillante *hall*; empleados, hombres y mujeres pasaban deprisa ante ella. Todo era actividad. Todo el mundo estaba ocupado. Sólo ella estaba ociosa.

En la sala de espera fue recibida por un empleado, un joven sin barba. Con aire importante le preguntó su nombre y lo miró en un libro de registro que llevaba un jorobado.

—Falta mucho para que le llegue el turno. Su asunto no es urgente; tendrá usted que esperar.

Vasya se sentó en el fondo del cuarto. Había otros que esperaban. Entre ellos, campesinos con caras enfermizas y penosas y trajes muy usados. Estaban absorbidos en animada conversación. Era, indudablemente, una delegación. Un caballero alto, bien vestido, con lentes, un «especialista», desde luego, leía atentamente un diario viejo. Una viejecita, una obrera, con un impermeable, estaba pacientemente sentada y suspiraba.

Había también un soldado rojo, un alegre muchacho, rebosante de salud. Un campesino con una chaqueta corta y a su lado un pope con su sotana. ¿Qué haría allí?

—Es vuestro turno, padre —dijo el oficial, acompañándole al despacho del presidente—. Pertenece a la Iglesia vi-viente —explicó al resto de los que esperaban—. Un hombre inteligente. Puede sernos útil.

Varias empleadas entraron; muchachas comunistas, con el pelo corto, con faldas cortas usadas, iban y venían bulliciosamente, trayendo papeles a la firma y haciendo preguntas al empleado. Le decían algo en voz baja y salían otra vez deprisa.

Entró una mujer vestida a la última moda. Tenía modales de «gran señora»; pero ahora era la mujer de un funcionario importante del Partido, aunque ella no pertenecía a él. Exigía que la recibieran sin dilación, antes de que fuera su turno. Tenía una nota de un miembro del Comité Central. Venía de Moscú y no tenía tiempo para esperar. El empleado se mantenía firme; pero la carta del Comité Central parecía obligarle. Finalmente, dijo que las órdenes no podían ser desacatadas. Si era un asunto personal tendría que aguardar a que llegase su turno. La «señorona», que era lo que Vasya pensaba de ella, estaba indignada. No podía comprender este reglamento provinciano. En Moscú le hubieran dado audiencia inmediatamente, allí luchan contra la burocracia... pero aquí siempre están inventando reglas nuevas. «¡Ah, funcionarios!»

Tomó asiento, profundamente ofendida, arreglándose el vestido.

Un hombre corpulento, haciendo mucho ruido, entró precipitadamente, con la gorra echada para atrás y el abrigo desabrochado. «Un *nepman*», pensó Vasya.

—Oiga, camarada, ¿qué clase de sistema es éste que hay aquí? Mi tiempo vale mucho; estamos haciendo un envío y

me están retrasando el trabajo con todo género de simplezas. ¡Pues no quieren que llene unas hojas! Anúncieme: Konrachev.

Y echó su cabeza atrás con aire satisfecho, como si hubiera sido el propio Lenin. Vasya sintió que todo su antiguo odio contra los burgueses ardía dentro de ella. Un individuo así debía ser arrestado, llevado a los tribunales. ¡Descarado, sinvergüenza!

El empleado se excusaba. Lo que pedía no podía hacerse. Había que cumplir las órdenes. El *nepman* no quiso escuchar. Insistió en sus demandas y, por fin, venció. El secretario fue a la otra habitación para anunciarle, pero volvió a poco con nuevas excusas.

—El presidente le ruega que tome asiento. Tiene que ver, para asuntos urgentes, a otras dos personas antes que a usted.

—¿Qué demonios de organización es ésta? ¡Y quieren que un individuo haga negocios con ellos! Nos lo piden todo y aún nos amenazan. Nos llaman saboteadores. Me gustaría saber quién es el que hace sabotaje aquí.

Con el pañuelo se secó el sudor. La «señorona» movía la cabeza en señal de aprobación. El caballero de los lentes la miraba con gesto de reproche. Los obreros estaban ocupados con sus propios asuntos y no habían notado al ruidoso *nepman*.

Eran los primeros que debían entrar. Después de ellos le tocaba el turno al «especialista» de los lentes.

Era una espera molesta. Dirigiéndose a la ventana, Vasya miró al jardín, donde dos niños corrían persiguiendo a un perro. Sus voces claras se oían desde arriba:

—¡Tira del rabo a *Bobka!* Verás cómo chilla. Pero no muerde. ¡Aquí, *Bobka!* ¡Cógelo, coge a *Bobka!*

Le llegó el turno a Vasya. El presidente era un hombre pequeño, apenas visible detrás de la gran mesa. Llevaba la barba en punta y lentes. Era tan delgado que los huesos de sus hombros se marcaban a través de la chaqueta.

Miró a Vasya fríamente y le dio la mano sin levantarse.

—¿Qué desea? ¿Algún asunto personal? —dijo breve, secamente, como si ella hubiese hecho alguna petición.

—Vengo a dar cuenta al Comité de mi llegada —Vasya pensó que era mejor no hacer mención al principio de la cuestión de Volodya—. Vine aquí hace poco.

—Así me lo habían dicho. ¿Va a estar usted aquí mucho tiempo?

—Tengo permiso para dos meses; pero puede ser que me quede más tiempo a causa del estado delicado de mi salud.

—¿Viene sólo para descansar o desea algún trabajo?

Mientras hablaba no miraba a Vasya, sino que arreglaba sus papeles, como si quisiera hacerla comprender que no tenía tiempo para una conversación poco práctica.

—No puedo aceptar ningún trabajo regular, pero puede emplearme en trabajo de propaganda.

—La emplearé, desde luego. Empezamos ahora el trabajo de transición al sistema de presupuesto local. ¿Es verdad que usted se ha especializado en el ámbito de la vivienda?

De nuevo miró a Vasya, para volver a sus papeles.

—He trabajado en el comité de viviendas durante dos años. He organizado una casa-comuna.

—¡Ah! Eso es interesante. Tiene que enseñarnos cómo se organiza una casa-comuna para que pueda mantenerse a sí misma.

—No puedo hacer eso —respondió Vasya, negando con la cabeza—. Cuando quise hacer la casa independiente todo se derrumbó. Una casa-comuna debe considerarse lo mismo que una escuela, para desarrollar el espíritu comunista.

—Sí, pero nosotros no tenemos tiempo para esas cosas. Denos una idea razonable del coste, un presupuesto que pueda evitar una nueva carga en el presupuesto central del Estado. ¿Para qué quiere combinar la casa con la educación? Para eso tenemos escuelas y universidades.

Sonrió con superioridad, lo que molestó a Vasya.

De repente se levantó.

—Adiós, camarada.

—Adiós.

Esta vez la miró con más detenimiento. Vasya también le miró fríamente a los ojos.

—Puede ir al departamento de propaganda y registrarse allí. También puede pasar por la división de mujeres, donde siempre se necesitan propagandistas.

—También quería preguntarle cómo está el asunto de Vladimir Ivanovitch —mientras le preguntaba le miraba atentamente, dándole a entender que sabía de su papel en aquello.

—¿Qué quiere que le diga? —frunciendo el entrecejo, el presidente apretó el pitillo, que mantenía en su boca, equívoca—. Es bastante serio. He oído hablar de usted y sé que su posición en el Partido es muy buena. ¡Yo no debería hablarle de Vladimir Ivanovitch!

—¿De qué le acusan? Vladimir Ivanovitch no ha hecho nada delictivo.

—¿Qué entiende por delictivo? Ya le digo, yo no quiero entrar en ello. Procure saber algo en la Comisión de Control. Adiós.

Hizo un gesto de despedida y se enterró entre sus papeles. Estaba ocupado y no quería que le molestaran más.

Vasya, enfadada, furiosa, salió. En su provincia, uno que no fuera comunista nunca la hubiera recibido así. Había buscado a los suyos y la habían tratado como a una extraña. Vladimir tenía razón. Se habían burocratizado y tenían los modales de los gobernadores militares.

Vasya andaba pensativa, sin darse cuenta de que se cruzaba con un hombre de su ciudad, Michailo Pavlovitch, un obrero del departamento de máquinas de la fábrica donde Vasya había trabajado.

—¡Por todos los santos! ¿Qué es lo que veo? ¡Mi querida Vasilisa! Buenos días.

—¡Querido Michailo Pavlovitch!

Se abrazaron.

—¿Ha venido a visitar a su marido?

—Y usted, ¿qué es lo que hace aquí?

—Estamos depurando el Partido. Soy miembro de la Comisión de Control y nos pasamos la vida purgando, sin podernos ver nunca libres de basura.

Y se reía bajo su barba pelirroja. Sus ojos eran cariñosos, cordiales, como siempre lo habían sido.

Los dos estaban encantados de haberse encontrado. Se pusieron al día. Michailo Pavlovitch insistió en llevar a Vasya a su «cuchitril», al lado de la puerta principal. En los viejos tiempos había vivido allí el portero. Michailo

Pavlovitch se había instalado temporalmente allí a su llegada, pero continuaba allí. Era un cuarto pequeño. Una cama, una cesta que contenía sus objetos personales, dos sillas y una mesa cubierta de periódicos, algunos vasos y tabaco...

Estaban contentos de haberse encontrado y su conversación no languidecía. Hablaron de los amigos, de las camaradas. Salieron a la conversación los problemas de la provincia; discutieron lo que creían que estaba bien, y lo que era pésimo. También hablaron de la NEP. Michailo Pavlovitch estaba harto de ella. No podía resistir al presidente del Comité Provincial.

—Un hombrecillo pagado de sí mismo. Claro que es muy trabajador y nada tonto. Pero lo quiere ser todo. Quisiera ser hasta el presidente de la luz que pasa a través de la ventana. Los trabajadores no pueden tragarle. Dicen que el Congreso decidió la democratización; pero en cambio sólo ha aumentado la burocracia. Hay más servilismo y mucho chismorreó. Forman pandillas que nos distraen de nuestro trabajo y rebajan la autoridad del Partido. Es la obligación del presidente procurar unirlos con imparcialidad, como un padre. Pero él mantiene a la gente dividida.

—A propósito, Michailo Pavlovitch, ¿cómo marcha la cuestión contra Vladimir? ¿De qué le acusan? ¿Es seria la acusación? Dímelo como hablarías a una amiga.

Michailo Pavlovitch se acarició su barba roja. Pensó un rato antes de contestar.

—En sí, la cuestión no vale la pena. Si nuestros comunistas fueran llevados a los tribunales por cosas así, casi todos serían acusados. Toda la dificultad descansa en que Vladimir Ivanovitch no ha podido estar de acuerdo con el

jefe del Comité Provincial desde el principio. Cada uno insiste en sus derechos. El presidente ha dado órdenes que Vladimir no ha cumplido, diciendo éste que eran cuestiones del Partido que no le afectaban. «Yo no soy tu subordinado; sólo rindo cuentas a las autoridades industriales. Ellas deben juzgar si cumplo bien en mi trabajo.» Ha habido discordias y el asunto fue llevado a Moscú, donde unos defendían al presidente y otros al director. No se llegó a ninguna decisión definitiva. Los dos tenían razón.

De este modo las cosas fueron de mal en peor. Ninguno de los dos se daba por vencido. A la menor oportunidad, los dos han mandado cartas denunciando al otro. Cuando las cosas estaban así, vino una comisión de Moscú para suavizar la pelea. Llegaron a un acuerdo estricto. Pero en cuanto se fue la comisión comenzaron de nuevo las discordias.

Ahora el asunto estaba ante la Comisión de Control. Michailo Pavlovitch trataría de arreglarlo pacíficamente. El director cumplía con sus tareas de acuerdo a los criterios económicos. El Comité Central estaba satisfecho. Y, realmente, no había nada de que pudiera ser acusado. No podía haberlo. Michailo estaba seguro de ello. Conocía al «americano», al «anarquista». Todavía recordaba cómo habían tomado juntos el Soviet en 1917. En cuanto a su manera de vivir «a lo grande», su poco ejemplar conducta y sus costumbres impropias de un camarada, ¿estaba alguno de ellos libre de aquellas faltas?

Sin embargo, el presidente y los otros miembros de la Comisión querían aquel asunto para escarmentar al director y demostrar que el Partido no tomaba aquellas cosas a la ligera. Para prevenir que otros hicieran lo mismo.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho concretamente Vladimir Ivanovitch? ¿Es porque tiene la casa muy bien puesta? ¡Pero no es de su propiedad! Pertenece al Estado y ha sido puesta a disposición del director.

—No es sólo su estilo de vida. La gente se pregunta de dónde saca dinero para mantener dos casas.

—¿Cómo dos casas? ¿Cree que Vladimir me ha estado manteniendo? ¿Cómo puede ocurrírsele tal cosa? Si realmente quiere saber la verdad, yo he contribuido con mi dinero a los gastos de la casa. Porque a Vladimir no le basta el suyo. Y su trabajo le obliga a recibir mucha gente, a tener convidados.

Mientras Michailo Pavlovitch escuchaba a Vasya, ésta creyó ver compasión en sus ojos. No le gustó eso. ¿Por qué le tenía lástima? Hace ya mucho tiempo, cuando ella comenzó a estar con Vladimir, Michailo Pavlovitch juzgó mal su elección.

—¿Por qué me mira usted así? ¿No me cree? ¿Cómo puede creer que yo le saco el dinero?

—No hablo de usted, querida... Pero ¿está bien que tenga amigos tan poco correctos?

Y escudriñó a Vasya mientras hablaba.

—¿Aludes a Savelyev?

—Sí, a Savelyev también, y a los demás...

—Savelyev ya no viene más a casa. Vladimir me ha prometido no tener con él más relaciones de negocios. Y con los demás se relaciona por su trabajo. Hay mucha gente con la que no le gusta tratar, completamente distinta de nosotros. Pero ¿qué puede hacer? Están en el negocio, son técnicos o tienen participación.

—Sí, ya veo... —murmuró Michailo, acariciando pensativamente su barba.

Vasya le dijo que ella tampoco podía comprender muchas cosas. Algunas veces no sabía lo que estaba bien o mal, qué era lo que le estaba permitido y qué no debía hacer un comunista. La gente había cambiado. También el trabajo.

A ella le hubiera gustado estar más tiempo; pero Michailo tenía que ir a la Comisión de Control.

Al separarse quedaron en que Michailo Pavlovitch presentaría a Vasya los buenos muchachos de la fábrica. En cuanto a la cuestión del director pensaría el asunto de nuevo. Pero debía tener presente una cosa: si Vladimir continuaba como hasta ahora, estaba amenazado con la expulsión del Partido.



## CAPÍTULO VIII

—¡Por fin vuelve mi alborotadora! ¿Dónde ha estado peleándose? ¿En la sede del Partido? ¿Y qué dicen por allí?

Vladimir salió a la escalera para recibir a Vasya. Debía de haber estado acechando su llegada desde la ventana.

Escuchó la información que Vasya traía, paseando arriba y abajo de la habitación y fumando. Su cara parecía preocupada.

—¿Dices que me acusan de mantener dos casas? ¿Acaso les importa a esos mojigatos? Supongamos que mantuviera cinco. ¿Qué tendrían que decir esos hipócritas? Mis cuentas están en orden, no robo ninguna mercancía ni me dejo sobornar. ¿Tienen derecho a exigir más?

Y de nuevo Vasya no se preocupó acerca de la significación que pudiera tener aquello de «dos casas».

Pero se mantuvo firme en lo referente a Savelyev. Esa amistad debía acabar. Que fuese a la oficina si quería; pero había que alejarlo de la casa. También quiso saber sus relaciones con los trabajadores. ¿Era verdad que Vladimir era mal hablado y les insultaba?

—Eso es pura mentira. Tonterías. Difamaciones. Claro que alguna vez les grito y reniego de ellos, pero todo es por alguna causa y nunca sin motivo. No se les puede dejar

solos. Especialmente los cargadores son un grupo de holgazanes estúpidos.

Vasya no le dijo a Vladimir que estaba amenazado con la expulsión. Estaba ya bastante deprimido sin saberlo. Pero dijo que era necesario organizar la casa de otra manera. Comida sencilla y nada de invitados innecesarios. Vladimir tendría que deshacerse del caballo que había comprado. ¿Para qué necesitaba el caballo si tenía un auto?

Vladimir se enfadó de nuevo. Era un caballo bien domado para la silla, que hasta podía cabalgarse con montura de señora.

—Es imposible comprar uno igual ahora. Lo compré como verdadera ganga. Hoy día un caballo representa todo un capital.

—¿Capital? ¿Tienes la intención de llegar a ser capitalista? Tienes que cambiar de hábitos, Vladimir. Tal vez tengas que llorarle después.

—¿Crees que me van a echar del Partido? ¿En qué se ha convertido el Partido para echar a la gente por razones «morales»? Deja que me echen. Trabajaré para los organismos económicos.

Viendo que volvía a ponerse furioso, Vasya no le contradijo. Sólo insistió en que todo debía cambiar. Toda su vida debía ser más retirada, más sencilla. Y lo más importante era alejarse de amistades sospechosas. Le prometió hablar de nuevo con Michailo Pavlovitch. Si lo peor llegaba, iría a Moscú y se entrevistaría con Toporkof.

Sentada en el poyete de la ventana, Vasya parecía más delgada y pálida. Toda ojos. Y sus ojos expresaban tristeza.

Vladimir la contemplaba. Tiró su cigarrillo al suelo; se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su corazón.

—Vasya, adorada mía; no me abandones. No, Vasya, ahora no. Ayúdame, aconséjame. Sé que soy culpable. No ante ellos, sino ante ti.

Y apoyó la cabeza contra sus rodillas, como un niño.

—¿De qué eres culpable, Volodya? ¿Es porque te haces daño a ti mismo? ¿Porque traicionas al proletariado? No te acuses ante mí, sino ante ti mismo.

—¿No lo entiendes, no comprendes lo que pasa? ¡Oh, Vasya, Vasya!

Vladimir se alejó desilusionado. Cambió de conversación y preguntó:

—¿Estará ya la comida? Quiero comer. No he tomado nada desde esta mañana.

Vasya regresaba de una asamblea. Trabajaba con las muchachas de las hilaturas y ayudaba a la mujer encargada del trabajo de organización a conseguir que la fábrica marchase bien. Volvía a trabajar con las masas, con toda naturalidad, como si estuviese en su casa. Michailo Pavlovitch la veía mucho por aquél entonces y ella había entablado amistad con «sus muchachos». El grupo no era muy homogéneo ni formal; pero se mantenían unidos, «luchaban» contra el presidente del Comité Provincial y se oponían a la política de los «gestores». Toda su admiración estaba concentrada en un viejo obrero, que había llegado a ser el director de la fundición de acero. Pertenecía a «los suyos». No se había distanciado de las masas, ni había adoptado «aires de gobernador».

El proceso contra Vladimir todavía no se había llevado a juicio. Michailo Pavlovitch decía que había que incorporar nuevas pruebas que no eran favorables. Aconsejó a Vasya para que pusiera sobre aviso a Vladimir. Era preciso que fuera más prudente, que se alejase de Savelyev, que andaba enredado en algún asunto. Aunque los organismos económicos protestasen, la G.P.U. no le permitiría que siguiese libre mucho tiempo.

Vasya estaba preocupada. Sufría por Vladimir, especialmente en estos momentos en que trabajaba desde por la mañana hasta la noche. Tan pronto como llegaba a casa empezaba a ajustar sus cuentas. Los órganos centrales le habían dado órdenes para que reorganizase el sistema de contabilidad. Había tomado un especialista, un empleado de banca, para ayudarle, y se estaban hasta las tres de la madrugada echados sobre los libros. Vladimir adelgazó, no dormía bien. Era natural, teniendo dobles preocupaciones. Tenía un puesto de responsabilidad, y, además, todas las intrigas y chismes que le atormentaban.

Vasya se sentía triste por él. Su corazón se desbordaba de ternura.

Ya no recibieron más invitados, ni sabían nada de Savelyev. Debía estar fuera. Mejor así. Vladimir había dejado de ir al teatro, y no visitaba tampoco a sus amigos. Pasaba las veladas en su casa, inquieto, silencioso, sombrío.

Vasya no sabía cómo apartar de su imaginación todas aquellas preocupaciones; cómo hacer más fácil el trabajo a su marido, a su amigo.

Sólo le olvidaba cuando estaba en las hilaturas, cuando trabajaba para el Partido. Las muchachas de la fábrica vivían miserablemente. Ganaban muy poco. No había

habido tiempo de ocuparse de las cuentas y los jornales no se habían elevado. La dirección no podía arreglarlo. ¡Incompetentes! Vasya los acusó y defendió los intereses de las muchachas. Había puesto en marcha su sindicato y llevado sus problemas al departamento de contabilidad.

En la fábrica estaba ocupadísima. Allí se olvidaba de todo y el día transcurría sin que se diera cuenta.

Una noche, Vasya regresaba a su casa con Lisa Sorokina, una de las organizadoras. Lisa era una obrera joven y sensata. A Vasya le gustaba mucho. Mientras andaban, trazaban un plan. ¿A quién podrían movilizar para que el departamento de contabilidad se uniera a ellas?

Llegaron a la casa de Vasya sin darse cuenta.

Al entrar, Vladimir salió a recibirla. Parecía distinto. Alegre, sus ojos brillaban de contento.

Recibió a Vasya estrechándola entre sus brazos.

—Dame la enhorabuena, Vasyuk. He recibido una carta de Moscú. Me ofrecen un nuevo cargo mucho más importante. Voy a dirigir un distrito entero. Nos quedaremos aquí dos meses más, hasta que deje esto en orden. Veremos lo que hará ahora la Comisión de Control. ¿Qué dirá el presidente del Comité Provincial?

—No te regocijes tanto. Tu causa puede verse antes.

—Tonterías. Las autoridades centrales no permitirán que me insulten más. ¿No te das cuenta de que ahora soy una personalidad importante? —Gozoso como un niño, besaba y acariciaba a Vasya—. ¡Mi incansable alborotadora! Estoy tan alegre que te he traído un regalo.

La llevó al dormitorio. Sobre la cama había seda azul y batista.

—Mira, esta seda es para un vestido. Quiero que vistas bien, mi vida. El azul agrisado de la tela te irá muy bien. Y la batista, para ropa interior.

—¿Para ropa interior? Pero, ¿cómo puede ocurrírsete eso, Volodya? —Vasya se reía—. ¿Una tela así para ropa interior?

—Es la mejor para eso. Batista sin apresto para ropa interior de señoras. Ya es hora de que dejes de llevar ropa de tela de saco, con la que pareces una bolsa de harina.

—No, prefiero hacerme blusas con ella. Y la seda, aunque es preciosa, no debías haberla comprado. Supongo que la habrás pagado al contado, ¿no? ¿Por qué eres tan derrochador?

Vasya movía la cabeza. Los regalos de Volodya no la alegraban; ahora le acusarían otra vez de malgastador. Pero no quería lastimarle.

—¿Es que no te gusta? —preguntó Vladimir.

—La tela es preciosa. Pero ¿en qué voy a usarla? Piensa un poco.

—¿Para un vestido de teatro?

—¿Quieres que vaya contigo al teatro como la «señora del director»? —Y Vasya se reía al verse a sí misma con un traje de seda azul—. Pero te lo agradezco mucho; gracias de todos modos, gracias por tu atención y tu cariño.

Y, levantándose, abrazó a Vladimir, besándole con besos largos, ardientes.

—¡Por lo menos no has olvidado besar, Vasyuk! Ya comenzaba a creer que no me querías. Me has desterrado del dormitorio. Nunca vienes a buscarme. Nunca me haces el amor.

—¡Si no tenemos tiempo! Y tú tampoco estás para eso.

—¿Me quieres todavía?

—¡Yo! ¿Y tú?

—¿Quieres que te recuerde cómo nos adorábamos antes?

Se echaron los dos a reír como si se hubieran encontrado después de una larga separación.

Vasya se daba prisa para ir a la fábrica. En las escaleras pensó que olvidaba coger *El ABC del Comunismo*, de Bujarin. Estaba en la librería de Volodya. Apresuradamente fue al despacho y abrió la puertecilla de cristal. Un paquete cayó al suelo, desenvolviéndose al caer. Vasya se inclinó y sintió que el corazón le dejaba de latir. Era un pedazo de la misma seda que Vladimir le había regalado, un pedazo igual de batista. Y, además, encajes y ligeros. ¿Por qué? ¿Para quién?

Vagamente recordó: «mantiene dos casas». ¡Imposible! Vasya tenía miedo de pensarlo, miedo de mirar a la verdad cara a cara. Pero sus celos se despertaron.

«Mantiene dos casas.» ¡Era tan variable! Tan pronto se distanciaba, apenas la miraba, para después mostrarse extraordinariamente afectuoso, como si quisiese que le perdonaran una falta. Recordó que Volodya siempre olía a perfume cuando volvía del teatro. Recordaba cómo se acicalaba ante el espejo antes de salir por las noches. Y de nuevo pensó en la ya tanto tiempo olvidada enfermera de labios gruesos... de aquella cama y la compresa manchada de sangre...

Los ojos de Vasya se nublaron; sus manos estaban como petrificadas; su corazón, abrumado por un indescriptible dolor. Su adorado Volodya, su camarada, la

traicionaba a ella, a su amiga, a su Vasyuk. Veía a otras mujeres, a sus espaldas, estando ella allí. Sería distinto si estuviesen separados. ¡Pero así! Acariciaba a Vasya y le hacía sentir que eran sólo uno, con todo su corazón, con todo su amor y ternura. ¿Cómo podía?

¿Habría dejado de quererla? ¡Era imposible! El corazón de Vasya no quería reconocer tal tormento. Buscaba un clavo ardiendo al que aferrarse. Si ya no la quería, ¿cómo podría mostrarse tan cariñoso, tan atento? ¿Por qué la había llamado? ¿Podía suceder una cosa así? ¿Podía Volodya dejar de quererla? ¡Estaban tan unidos, tan íntimamente atados! ¡Eran camaradas! ¿Qué es lo que no habían sufrido juntos? Y ahora, de nuevo, otra desgracia aparecía. Vasya no lo podía creer, se negaba a creerlo. Pero la víbora de los celos vertía gota a gota su veneno en el corazón de Vasya.

¿Por qué pasaba tan poco tiempo en casa? ¿Por qué estaba tan melancólico, tan tétrico? ¿Por qué Vasya no le atraía como antes? ¿Por qué buscaba pretextos, como la tos de Vasya, para dormir solo?

Los colmillos de la serpiente eran afilados, tan afilados que Vasya casi gemía de dolor. No quería oír sus silbidos. ¡Vladimir la quería, amaba a su Vasya! ¡La quería! Si no, ¿cómo podía acariciarla como lo había hecho ayer? Y esa tela estaría destinada a alguna otra persona. Volodya podía haberla comprado para alguien. ¿Cómo sabía que el paquete le pertenecía? No tenía pruebas; todo eran imaginaciones suyas.

Pero no acababa de deshacerse de sus sospechas: «Mantiene dos casas».

Vasya se avergonzó de sus sospechas, de haber querido dudar de su esposo como una mujer vieja.

Pero la víbora de los celos todavía la mordisqueaba. ¡Vete, maldita serpiente! Cuando volviese Vladimir le preguntaría, tendría una larga explicación con él, para que todo quedase aclarado y ella conociese la verdad.

Cogió *El ABC del Comunismo* y salió corriendo para las hilaturas, porque con todo esto se le había hecho tardísimo.

Vasya volvía muy deprisa a casa. Tenía miedo de llegar tarde para la comida. En la fábrica, la serpiente de su corazón no había dado señales de vida. Pero apenas salió a la calle se despertó de nuevo.

«Mantiene dos casas». Dos pedazos de seda, dos de batista. ¿Cómo sabía Volodya que esa tela se usaba para lencería? ¿Y quiénes eran las mujeres que la usaban? Fulanas y *nepmanshy* con dinero ganado fácilmente. ¿Cómo había llamado la ropa de Vasya? Tela de saco, bolsas de harina. ¿Pero es que la ropa interior podía hacer alguna diferencia? ¿No la había amado con aquellas camisas? ¡Y antes no la hubiera dejado sola el día de su llegada! Una reunión, había dicho. Pero ¿por qué se vistió con cuidado ante el espejo? ¿Por qué olía a perfume? ¿Por qué no miraba ya a Vasya con ojos dulcemente picarescos? Se lo preguntaría en cuanto llegase a casa. «Mira, las cosas han pasado así. Dime la verdad. ¿Para quién es la tela? ¿Por qué la escondiste en la librería? Si la hubieras comprado para otra persona la hubieras dejado sobre la mesa. Ninguna excusa, ninguna mentira. Eso no te lo perdonaré nunca.»

Vasya subió los escalones corriendo y tocó la campanilla. Tenía prisa. El automóvil estaba a la puerta: luego Vladimir estaba en casa. Le hablaría inmediatamente y le

exigiría una contestación. No le perdonaría un engaño. No permitiría que su marido jugase con ella como juegan los maridos con sus mujeres legales, a las que no quieren.

Se puso roja de rabia. ¿Por qué no le abrían la puerta? Oyó que descorrían el cerrojo. ¡Al fin!

—Hay convidados de Moscú —le dijo María Semyonovna—. Seis hombres. Y hay que darles de comer a todos. Y no es cosa fácil.

—¿Convidados? ¿Quiénes son?

Oyó voces en la sala. Conversación animada. Vladimir estaba allí haciendo de huésped. Presentó a su mujer, Vasilisa Dementyevna. Los convidados eran miembros de un *trust* industrial. Traían un nuevo programa de trabajo.

Vasilisa hubiera querido preguntarles noticias de Moscú, información sobre el debate político, en el que todo el mundo estaba interesado en aquellos momentos. Pero María Semyonovna estaba a la puerta haciéndole señas, llamándola disimuladamente. Debía necesitar ayuda. Vassya, el muchacho, había salido a buscar vino. Iván Ivanovitch se había ido a ver si encontraba entrantes. Y la insustituible María Semyonovna estaba desesperada. Tenía que guisar y poner la mesa. Vasya no tendría más remedio que ayudarla, porque a Vladimir le gustaba que todo estuviera bien. La mesa tenía que estar bien puesta.

Las dos mujeres trabajaban sin descanso. Menos mal que Iván Ivanovitch volvió y les echó una mano.

Vasya no pudo pensar en la seda azul. Y la serpiente de su corazón no dio señales de vida, como si se hubiera ido. Vasya sólo pensaba en ayudar a su marido para que causara la mejor impresión en aquellos miembros del *trust*.

El chico, Vassya, volvió sin aliento con el vino. Iván Ivanovitch descorchó las botellas. El aspecto de la mesa era magnífico, casi como comida de Pascuas. Había aperitivos, vinos, flores; las servilletas de hilo de Morosov y cubiertos de plata.

Los invitados pasaron al comedor. Vladimir echó una ojeada a la mesa y pareció quedar satisfecho con lo que vio. Pero ¿por qué no miraba siquiera agradecidamente a Vasya? ¡Había trabajado tanto! Se sintió herida, ofendida, triste.

Vasya conversaba con los invitados. Pero no podía dejar de pensar en la seda azul. ¿Para quién era? ¿Para quién?

Miraba a Volodya. Lo veía con ojos distintos, como si fuera un extraño. Si estuviera tan unido a ella, si le perteneciese, tendría lástima de ella. No hubiera permitido nunca que se despertase la víbora en su corazón.

Vasya estuvo atormentada toda la velada. Después tuvo que acomodar a los convidados. Envío al botones a por almohadas e improvisó un dormitorio en el despacho. Allí no podía dejar de mirar a la condenada librería. ¿Estaría la seda azul? ¿Para quién sería? ¿Para quién?

Estaba extenuada. Sirvió el té. Los invitados hablaban sólo de sus asuntos, de los diversos géneros, de los varios medios de empaquetar, de presupuestos y embalajes.

Eran hombres de negocios. Habían sido comerciantes. Entre ellos había dos comunistas que buscaban la salvación en el comercio. Verdaderos «comerciantes rojos».

Vladimir se animaba. Estaba orgulloso de su negocio, de estar al frente de los demás. Su negocio era joven; pero se desarrollaba. El respeto que sentían hacia él los

comerciantes era evidente. Todos le escuchaban. Nadie prestaba atención a los otros miembros de la dirección.

Vasya les observaba. En circunstancias normales se hubiera alegrado por Vladimir. Pero le parecía un extraño. Negocio, sólo negocio, y ni un solo pensamiento para ella. No veía qué atribulado estaba su espíritu después del día que había llevado. Y si la había engañado, mentido, ¿no podía ser un poco deshonesto en sus negocios? ¿No tendría justificación que el Comité del Partido le pidiese cuentas?

¡Y esta gente del *trust* no se cansaba nunca de discutir! ¡Si pudiera estar sola con Vladimir! ¡Si pudiera averiguar algo sobre aquella tela azul!

Vasya se desvistió para acostarse, dispuesta a esperar a Vladimir. Aquella noche dormía con ella, porque la gente del *trust* había tomado posesión de las demás habitaciones. Escuchaba para oír sus pasos. Los invitados se deseaban buenas noches. Ahora daba instrucciones a Iván Ivanovitch para el día siguiente.

Venía. El corazón de Vasya latía con violencia; las rodillas le temblaban. Se sentó en la cama. Se lo preguntaría en cuanto entrase.

Pero Vladimir no le dio oportunidad. Tenía demasiadas noticias propias. Quería que ella le aconsejase cómo debía reorganizarse el aparato para dar más fuerza a los comunistas, para que los miembros del Partido prevalecieran sobre burgueses del *trust*.

—Aconséjame, Vasya. Piénsalo detenidamente, tú entiendes de estos asuntos. Mañana revisaremos juntos el nuevo proyecto. Pero primero lee tú sola el programa y

medítalo. Estos comerciantes quisieran apoderarse del Poder; secretamente traman complots contra los proletarios. Bueno; que intriguen. Tampoco hemos nacido ayer. Es nuestra tarea organizar el aparato de modo que nada pueda hacerse sin el Partido, sin los comunistas.

—Entonces ¿por qué no te atienes a las órdenes del Partido? ¿Por qué dices tan a menudo que el que te expulsen del Partido no es lo peor que puede sucederte y que puedes vivir sin el Partido?

—¡Ah, puede uno decir tantas cosas sin quererlas decir! —dijo sonriendo Vladimir—. Tú lo comprendes. Pero ¿puede uno vivir sin el Partido? ¿Lo dejaremos algún día? —se preguntaba Vladimir mientras se quitaba los zapatos—. ¡Si pudiera deshacerme de la acusación contra mí! ¡Y cómo viviremos, Vasya! ¡Magníficamente! Ya verás qué comunista modelo seré tan pronto me trasladen a otro distrito. Y no tendré más peleas con el presidente. Seré tan bueno que me canonizarán.

Volodya estaba feliz, no sombrío como había estado tan a menudo en los días pasados. Sus ojos reían picarescamente.

—Vamos a dormir.

Vladimir intentó apagar la luz, pero Vasya retuvo su mano.

—No... espera... tengo que... quiero preguntarte una cosa.

Se apoyó en el codo para verle mejor la cara. Le latía el corazón; su voz sonaba extraordinariamente rara. Vladimir empezó:

—Di, Vasya. ¿Qué te pasa?

No miraba a Vasya, sino a la pared.

—Quería preguntarte por qué tienes esa tela en la librería. Seda y batista.

—¿Seda? ¿Quieres decir las muestras?

—No, no son muestras; un pedazo, un pedazo grande, exacto al que me has regalado... ¿Para quién...?

Y miraba a Vladimir a la cara.

—¿Quieres saber para quién es? ¿De verdad no puedes adivinarlo?

—No.

—Iván Ivanovitch me pidió que le procurase la misma tela para su novia. Quiere tener, ya lo sabes, todo lo que tengo. Me copia en todo.

Lo explicaba tan sencillamente, con tanta calma, que la sangre cubrió las mejillas de Vasya. Tenía vergüenza de sí misma.

—¿Iván Ivanovitch? ¿Su novia? Y yo que había pensado que...

—¿Qué es lo que habías pensado?

Vladimir se reía, volviéndose hacia ella.

—¡Vida mía, niño mío, mi Volodya!

Vasya le besaba. ¿Cómo había podido pensar una cosa así de él? ¿Sospechar de su amigo?

—Dime, ¿qué es lo que pensaste? ¡Oh, pequeño detective! —Volodya abrazó a Vasya, pero sus ojos parecían preocupados—. Y ahora a la cama. Se acabaron los besos. Tendremos muchísimo que hacer mañana a causa de los convidados. Será preciso madrugar.

Apagó la luz.

Vasya sintió que le quitaban un peso de su corazón. Pero en el momento en que Vladimir se durmió, la serpiente levantó de nuevo la cabeza.

¿Por qué la había llamado «pequeño detective»? ¿Es que había algo que descubrir?

Vladimir dormía profundamente. Pero Vasya, acostada, arrollada como un puercoespín, estaba completamente despierta escudriñando en la obscuridad.

¿Debía creer o dudar? ¿Crear o dudar?

La gente del *trust* se había ido. El trabajo de Vladimir era doble ahora. La reorganización le ocasionaba interminables preocupaciones. Pero había alegres compensaciones. Michailo Pavlovitch había llamado a Vasya y le había contado algunas instrucciones secretas de las autoridades centrales. El director no podía ser acusado de verdaderos delitos, y casi todo se reducía a insubordinación y a no llevar una conducta «ejemplar». El asunto debía ser resuelto lo más calladamente posible, y sin obstáculos.

Vasya respiró libremente y casi volvió a caer en su vieja costumbre de decir: «¡Gracias a Dios!». No pudo ocultar su alegría. Michailo Pavlovitch se alegró también, por Vasya. La apreciaba y tenía lástima.

Vasya, sin embargo, sufrió también una decepción: el departamento de contabilidad se decidió a favor de la dirección. Las muchachas de las hilaturas estaban decepcionadas. Una huelga parecía inminente. Trabajando como bolcheviques no afiliados al Partido, los mencheviques hacían todo lo posible para encender la hoguera.

Aunque tosía y estaba febril, iba a la fábrica todos los días. Luchaba contra la dirección, insistía, pedía concesiones. Después, intentaba calmar a las muchachas. Y este trabajo la absorbía tanto, que se olvidó por completo de la seda azul. Sólo una vez la serpiente que dormía en su

corazón dio un signo de vida; se había, por lo visto, arraigado firmemente y era muy difícil echarla.

Esta vez fue a causa del perro, de un perro de lanas blanco.

Vassya, el botones, lo trajo a la casa. Llevaba un lazo de seda en el cuello.

—¿De quién es este perro? ¿Por qué lo traes aquí? ¿De dónde viene?

Vassya dijo que Vladimir Ivanovitch le había dado órdenes de que trajese el perro a la casa, y que se quedase allí por ahora. Era de Savelyev, que estaba fuera, y el perro iba a quedarse solo en la casa vacía, sin nadie que le atendiese.

Vasya, sorprendida, se preguntaba desde cuándo le gustaban los perros a Vladimir. ¿Quería hacer un favor a Savelyev? Y su resentimiento contra Savelyev surgió de nuevo. ¿Cómo es que Vladimir continúa siendo su amigo? ¡Si es un miserable especulador!

Cuando Vladimir volvió a casa, el perro salió a recibirle, como si hubiera encontrado un amo perdido hacía mucho tiempo. Acariciándole, Vladimir le hablaba.

—¿De quién es ese perro, Volodya? ¿Es de Savelyev?

—¡Qué va! Es de la novia de Iván Ivanovitch, que está de viaje y me pidió que le tuviese una temporada.

—Vassya me ha dicho que es de Savelyev.

—¡Qué disparate! Es verdad que el perro ha estado estos días en casa de Savelyev. Vassya fue a buscarlo allí. Por eso cree que es de Savelyev.

Vasya escuchaba como si lo comprendiera todo. Pero la serpiente volvió a agujonearla, estrujándole el corazón. ¿Podía creerle?

En cuanto llegó Iván Ivanovitch, Vasya voló hacia él. ¿De quién era aquel perro de lanas?

Con muchos detalles Iván Ivanovitch le explicó que su novia le había pedido que cuidase de su perro. ¿Qué iba a hacer él, que no tenía casa propia? Así es que se lo mandó a Savelyev. Allí, sin embargo, sólo estaban los criados, que se marchaban y dejaban al animal encerrado.

Podía ser cierto.

Pero a Vasya no le gustaba aquel perrito de lanas.

Vladimir estaba fuera por unos días. Algo del *trust*. Vasya estaba sola. Creyó que se sentiría sola y triste. Pero no fue así. Aunque estaba sola, parecía más contenta, más libre. No sentía el peso que en presencia de Vladimir la aplastaba como con una piedra. No sentía el desprecio de Volodya, que la ignoraba como si no estuviese. Sabía que estaba ocupado, que su cabeza estaba llena de mil cosas; pero su corazón, su estúpido corazón de mujer, estaba triste, ansioso de cariño.

Estaba mejor con Vladimir ausente. Cuando estaba sola no podía ser de otra manera. No esperaba nada, no oía nada, no se sentía herida.

Invitó a su casa a sus amigos: Lisa Sorokina, los muchachos de la fábrica y Michailo Pavlovitch. Organizó una cena. Estaba alegre porque podía invitar a sus amigos.

Después de la cena discutieron los asuntos del Partido, pasearon por el jardín, cantaron a coro. Todos estaban contentos y Vasya más que ninguno. ¡Qué distinto de las conversaciones con la gente del *trust*, con Savelyev, en la sala!

No se dio apenas cuenta de lo deprisa que pasaban los días durante la ausencia de Vladimir.

Regresó en un tren por la mañana temprano.

Encontró a Vasya sentada a la mesa del té.

Saltando, Vasya acudió a recibirle. No la besó, pero llevó su mano a los labios y allí los tuvo un gran rato. Cuando levantó la cabeza, Vasya vio lágrimas en sus ojos. El corazón se le oprimió.

—¿Qué te pasa, Volodya? ¿Te sucede algo otra vez?

—No, Vasya, no pasa nada. Es que... la vida es dura para mí, Vasya. Estoy cansado de todo.

Se sentó a la mesa, apoyó la cabeza en la mano y dejó correr libremente las lágrimas.

—¿Qué pasa, Volodya? ¿Qué tienes? Dímelo, vida mía; te sentirás mejor.

—¿Tú crees, Vasya? —preguntó sarcásticamente—. Le he dado vueltas y vueltas en la cabeza. ¡He pasado tanto, Vasya! ¡No, las cosas no pueden arreglarse! ¡No hay salida!

Una vez más el corazón de Vasya sufrió espantosamente.

—No me atormentes, Volodya. Dime la verdad. No puedo seguir así. Estoy agotada y no soy capaz de descansar...

No pudo seguir, porque comenzó a toser.

—¿Ves? Ya toses otra vez. ¡Cómo quieres que te lo cuente!

¿Era un reproche o era pena lo que expresaba la voz de Vladimir?

Y Vasya tosía. La cara de Vladimir expresaba claramente pena; encendió un pitillo.

—¿Por qué no bebes un poco de té? Puede que eso te calme —le aconsejó.

—No; tomaré la medicina.

Cuando se le calmó el golpe de tos, Vasya sirvió té a Vladimir y él volvió a decirle, en tono natural, lo difícil que era lograr que todo marchase bien. Los cargadores habían formulado una protesta. Querían más jornal por las horas extraordinarias, aunque había sido preciso reducir los salarios corrientes. El *trust* perdía dinero a causa de ellos; pero amenazaban con la huelga si no se elevaban los salarios. Probablemente esto era debido a la actividad de algunos provocadores. Después de todo, uno no puede ocuparse de todas las cosas.

—Iván Ivanovitch me vino con estas noticias tan pronto como bajé del tren. ¡Quieres que esté contento! Me voy por un par de días y cuando vuelvo me encuentro con un conflicto entre manos. ¿Se puede saber lo que hacen los otros miembros de la dirección? No debían haber dejado que el asunto adquiriese esta gravedad. Ahora habrá complicaciones. Y el presidente tendrá algo nuevo también contra mí.

—¿Por eso decías que la vida era tan dura y que no había remedio? ¿Por los cargadores?

—¡Claro! ¿Qué creías?

Fumando un cigarrillo, Vladimir meneaba despacio el té y hablaba del problema. ¿Cómo podría suavizarse sin un escándalo público? Pero Vasya lo escuchaba a medias. ¿Debía creerle? ¿Habría llorado a causa de los cargadores? No era natural en él. En su cabeza había algo más. La seda azul... La víbora volvió a removerse en su interior. Pero Vasya no quería rendirse a los celos. Tal vez Vladimir

estuviese cansado. La Comisión de Control le había atormentado tanto que ahora cualquier cosa le desesperaba. Quería convencerse a sí misma de que las preocupaciones de Vladimir eran debidas únicamente a los negocios. Los otros miembros de la dirección tenían la culpa de este conflicto con los cargadores.

## CAPÍTULO IX

Vasya volvía a toda prisa de la fábrica. Al fin, había conseguido lo que quería. Logró obtener concesiones de la dirección. Las muchachas de la fábrica estaban entusiasmadas; acompañaron a Vasya hasta la puerta de su casa. Pero ella sabía que de no haber sido por el presidente las cosas no se habrían resuelto tan bien. Vasya había llegado a apreciarle. Era inflexible, y cualquier cosa excepto indulgente con respecto a los «gestores».

Cuando llegó a su casa, Vasya encontró toda la entrada llena de cargadores del muelle. Una torre de Babel de voces; discutían, gritaban: «¡Salarios más altos! ¡Si no, dejamos de trabajar! ¡Nada de concesiones! ¡Que carguen los directores y los oficinistas!».

Vasya se mezcló con la multitud, escuchando, haciendo preguntas.

La reconocieron, la rodearon, sofocaron su voz. Querían contárselo todo al mismo tiempo. Los salarios eran insuficientes. No les pagaban las horas extra. Las cuentas no estaban del todo claras. Se apiñaban alrededor de Vasya, lanzando amenazas contra la dirección. ¿No era la «mujer

del director»? Que les explicase todo el conflicto. En un caso así no podía haber consideraciones de familia.

Vasya escuchaba, hacía preguntas. Conocía y comprendía muy bien sus quejas. Los directores y empleados de las oficinas estaban bien tratados, bien alimentados; pero los cargadores eran verdaderos esclavos. Sus hijos estaban desnudos. Las cosas no podían continuar así. El sindicato tendría que hacer presión sobre la dirección. No se podía hacer nada sin organización y sin un programa. Los jefes se destacaron para llegar a un acuerdo con Vasya. Debían formular sus demandas por escrito, y, si la dirección se negaba a todas las reivindicaciones, apelarían directamente al departamento de contabilidad.

Vasya se exaltó. Olvidándose de su posición como «mujer del director», hizo suya la causa de los cargadores. ¿Cómo no apoyar a los «suyos» de palabra y obra? Eran una masa sin experiencia, mal dirigida.

Dijo a los jefes que pasaran a la casa para formular sus demandas.

Pasaron. Los cargadores miraron de refilón los muebles de la casa del director, al pasar por los salones para ir al dormitorio de Vasya. Sólo cuando estaban allí se le ocurrió a Vasya que no debía haber dicho a los hombres que entrasen. Pero ya era tarde para arrepentirse.

Se sentaron alrededor de la mesa de Vasya y formularon sus demandas.

En el patio ya no había tanto ruido ni gritos. Los hombres, en grupos, paseaban hablando y fumando.

De repente, los murmullos comenzaron de nuevo. Un auto había pasado ante la casa. El director entraba en el patio.

—¿Qué sucede? ¿Estáis celebrando un mitin aquí? ¿No estáis satisfechos? —La voz de Vladimir resonaba como un trueno—. No tengo el menor propósito de parlamentar con vosotros en este lugar. Ésta es mi residencia particular. Iros a la oficina. ¿No estáis satisfechos con las cuentas? Hablad con el sindicato. La dirección no tiene nada que ver con eso. Tiene otras cosas de qué preocuparse. ¿Vais a declararos en huelga? Ése es asunto vuestro. Hacedlo. Id a la huelga si el sindicato lo dice. Pero salid inmediatamente de aquí. ¡Ahora mismo! No os escucharé. Sólo os atenderé en la oficina.

Vladimir dio un portazo, y, atravesando la casa, fue directamente a buscar a Vasya al dormitorio.

Al entrar se detuvo, paralizado. Vasya estaba sentada en la mesa con los cargadores, formulando sus peticiones.

—¿Qué significa esto? ¿Quién os dejó entrar? ¿Cómo os atrevéis a estar aquí sin mi permiso? ¡Fuera, fuera de aquí!

—Escuche, Vladimir Ivanovitch. No entramos por cuenta propia... Su esposa...

—Fuera de aquí, he dicho, o...

Vladimir, blanco como el papel, levantó el brazo. Los hombres se retiraron hacia la puerta.

—¿Estás loco, Vladimir? ¿Cómo te atreves? ¡Yo los he invitado! Deteneos, camaradas. ¿Adónde vais?

Vasya corrió tras ellos, pero Vladimir salió a su encuentro y la asió tan fuertemente del brazo que soltó un quejido.

—¿Les has invitado tú? ¿Quién te ha dado permiso? ¿Quién te ha pedido que intervengas en mis asuntos? Tú no tienes que rendir cuentas ante el *trust*. ¡Si quieres organizar una huelga, ve a la fábrica de tus muchachas!

—¡Oh, me echas! ¡Porque me pongo al lado de mis hermanos! ¡Porque quiero justicia! ¡Porque no tengo en cuenta tus intereses de director! ¡Porque disminuyo tu tanto por ciento!

—Deberías avergonzarte de ti misma. Eres una odiosa hipócrita.

Vasya sintió como si la hubiese azotado con un látigo. ¿Odiosa? ¿Vasya odiosa?

Se miraron con odio, como enemigos.

Pero su corazón se llenaba con dolor de agonía, con aguda pena. ¿Era el fin de su dicha?

Los cargadores se habían dispersado y Vladimir se había ido a la oficina. Echada sobre la cama, con la cabeza enterrada en la colcha, Vasilisa dejaba que sus lágrimas mojasen la seda. Su dolor no se aliviaba con lágrimas.

El corazón, dolorido, no porque la hubiera llamado «odiosa», sino por su incapacidad para entenderse mutuamente. Como enemigos; en dos campos hostiles.

Los días que siguieron fueron lúgubres, sin alegría. Vladimir pasaba mucho tiempo en casa. Pero ¿para qué? Vivían como extraños, hablándose sólo cuando era completamente necesario. Cada uno vivía su vida. Vasya enfermó otra vez. Iván Ivanovitch fue a buscar al médico, que ordenó reposo absoluto y le prohibió todo sobresalto.

Vladimir estaba muy ocupado con su trabajo. La mitad de la noche se la pasaba en su despacho con Iván Ivanovitch y el contable. Salían para cenar. Pero sus pensamientos continuaban ocupados con los negocios; siempre taciturno y de mal humor.

De cuando en cuando, Lisa visitaba a Vasya para hablarle de las hilaturas. Las muchachas sentían que estuviese enferma.

Y, sin embargo, su enfermedad no afligía a Vasya tanto como el convencimiento de que ella y Vladimir vivían apartados. Ninguno de los dos podía olvidar la discusión de los cargadores. Ninguno de los dos podía perdonar al otro.

Vasya pensó en volver a su casa, a su provincia. ¡Quería verse en su pueblo! ¿Pero adonde iría? Grusha ocupaba su buhardilla; resultaría demasiado pequeña para dos. Tampoco podía pensar en ir con sus padres para reponerse, porque se lamentarían e insultarían a los bolcheviques. ¿Adónde ir entonces? Vasya escribió a Grusha pidiéndole que buscara un cuarto. Y escribió a Stepan Alexeyevitch para que le procurara trabajo en el Partido, entre las masas. Se iría tan pronto como recibiese sus contestaciones. ¿Para qué quedarse aquí? Nadie la necesitaba. Volodya se arreglaría bien sin ella.

Los días se arrastraban lenta, pesadamente.

Mediaba el verano. Las cerezas del jardín estaban maduras; los ciruelos se cubrían de frutos purpúreos. Las azucenas, blancas y delicadas, brillaban sobre tallos largos, llenos de rocío. Pero ahora nada causaba placer a Vasya. Paseando por el jardín se acordaba cuando en la primavera, echada en la tumbona, se había sentido feliz al sentirse viva. Y estos recuerdos abrumaron aún más su corazón.

Sentía que aquélla era otra Vasya diferente; una Vasya joven y confiada. Algo se había ido de ella. ¿El qué? No lo

sabía exactamente. Pero así era. Algo había perdido, algo que no volvería nunca más.

Algunas veces, Vladimir se asomaba a la ventana y observaba a Vasya paseando por el jardín, indiferente, entristecida. Durante un rato permanecía junto a la ventana; entonces, volviéndose bruscamente, retornaba con Iván Ivanovitch a su trabajo.

Vasya suspiraba, con nuevo desencanto. Había confiado que bajaría a buscarla al jardín. ¡Y no venía! Así era. Era evidente que no sentía ningún afecto por ella. Para Vladimir el negocio era más importante que la angustia de un corazón de mujer.

Un ruido despertó a Vasya. Era ya por la mañana. Vladimir revolvía en su armario. Buscaba algo.

—¿Qué haces ahí tan temprano, Volodya?

—Tengo que ir a esperar un tren; viene una partida.

—¿Tienes que ir personalmente?

—Tengo que inspeccionar.

Vladimir, ante el espejo, se ponía la corbata nueva; pero no le salía bien el nudo. Al mirarlo, Vasya sintió de nuevo que estaba muy dentro de su corazón, muy profundamente unido a ella.

—Ven, Volodya. Deja que te ayude.

Vino obedientemente y se sentó en la cama. Vasya le hizo el nudo de la corbata. Se miraron, y, de repente, sin pronunciar una palabra, se abrazaron.

—Mí pequeña Vasyuk. ¡Vida mía! ¡Me pesa tanto vivir a tu lado, y, sin embargo, estar tan terriblemente alejado! ¿No puede ser de otra manera? —preguntó quejosamente, apretando la rizada cabeza de Vasya contra su pecho.

—¿Crees que a mí no me duele? No quiero vivir si ha de ser así.

—Pero ¿por qué reñimos, Vasyuk?

—No sé. Hay alguna barrera entre los dos.

—No, Vasya; nada puede interponerse entre nosotros. Mi corazón es todo tuyo, sólo tuyo.

—¿Y no has dejado de amarme?

—¡No seas tontina! —dijo Vladimir, y la besó—. Ven; no peleemos más. Es estúpido hacerlo y nos hace sufrir a los dos. Y yo no podría sufrir el perderte, Vasya. No puedo vivir sin ti. Así que procuraremos no herirnos mutuamente. ¿No te parece?

—¿No intentarás representar nunca más tu papel de «director»?

—¿Y tú no incitarás a los cargadores contra mí?

Se echaron a reír.

—Bueno, duérmete ahora. Si no duermes, estarás todo el día enferma de nuevo. Yo volveré dentro de dos horas.

La tapó, besó sus ojos y se fue. Vasya se sentía feliz. Se durmió como si hubiera recuperado toda su dicha, como si no hubiera perdido nada.

Vladimir no volvió de la estación; telefoneó y dijo que tenía que ir a la oficina. Volvería para comer. Vasya se enconstraba mejor, pero no fue a la fábrica. En cambio, se ocupó de las cosas de la casa, ayudando a María Semyonovna en la limpieza.

Poco antes de la comida, llamaron al teléfono. Vasya contestó:

—¡Diga!

—¿Está en casa Vladimir Ivanovitch?

—No, todavía no. ¿Con quién hablo?

—Con la oficina de la dirección de la empresa.

—Pero, ¿por qué llaman aquí? Él está ahí, en la oficina.

—No, no está aquí. Salió de la oficina hace un rato. Perdón.

¡La voz de aquella mujer otra vez! ¿Quién sería? A Vasya le desagradaba aquella voz. Los primeros días de llegar llamaba con frecuencia. Después cesó. Vasya preguntó una vez a Iván Ivanovitch, casualmente, quién llamaba desde la oficina durante las horas de trabajo. Iván Ivanovitch le explicó que serían las oficinistas. ¡Qué extraño! Sus voces sonaban muy parecidas.

Y, de nuevo, Vasya sintió los colmillos de la serpiente.

Vladimir trajo invitados a comer a dos miembros de la dirección. Discutieron las partidas llegadas aquella mañana. Sin embargo, encontró ocasión de preguntar a Vasya cómo se encontraba y si se había echado al sol como el doctor le había mandado.

—No, no me eché al sol —contestó Vasya secamente, añadiendo como si nada—: La joven ésa que te llama con frecuencia desde la oficina volvió a telefonar.

—¿Qué joven? —Vladimir parecía sorprendido—. ¿De la oficina? Entonces debe ser la mujer de Shelgunov. ¡Sí que es joven! Una venerable madre de familia. Tú la has visto, Vasya. Es la mujer gorda, de la verruga en la cara.

Hablaba sencilla, naturalmente. Pero Vasya se sintió inquieta.

No, aquello no era natural.

Después de la comida, los señores de la dirección se fueron. Vasya se alegró. Quería estar sola con Vladimir, para aliviar su espíritu. La promesa de felicidad de aquella mañana tenía que realizarse.

Pero apenas se habían marchado los invitados, cuando el teléfono del despacho sonó de nuevo. Vladimir fue al aparato.

—Sí, soy yo —dijo secamente—. ¿No le he dicho que no telefonee?... Claro, asuntos de familia —dijo con una sonrisa—... De ninguna manera. Lo prohíbo terminantemente... Bien, bien. Pero sólo un rato —concedió—. Adiós.

Vasya, en el cuarto próximo, escuchaba. La angustia volvió a dominarla.

¿Quién sería? ¿Con quién se habría citado «sólo un rato»? ¿A quién podría prohibirle algo?

Vladimir fue del despacho directamente al dormitorio, pasando por delante de Vasya como si no la hubiera visto. Ella le siguió. Delante del espejo, él se acicalaba.

—¿Con quién hablabas, Volodya?

—Con Savelyev.

—¡Con Savelyev! ¿Ha vuelto?

—Esta mañana.

—¿Te has entrevistado con él?

—¿Qué interrogatorio es éste? ¿No sabes que estuve esta mañana inspeccionando la descarga de una partida?

Se veía que estaba nervioso.

—¡Y te vas con él enseguida! ¿Se lo has prometido?

—Sí, voy allí.

Silencio.

Vasya sintió que su corazón le daba martillazos; latía con violencia, como si fuese a estallar. ¡Ojalá estallara! No tendría que sufrir más tiempo esta agonía. Se dirigió rápidamente hacia Vladimir y cogió dulcemente su mano.

—No lo hagas, Volodya. No empieces de nuevo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vladimir de mal humor.

—No tengas ninguna relación con ese especulador. Me lo han indicado. La principal cosa que tienen en contra tuya son tus relaciones con indeseables.

—Ya comienzas otra vez. Hablas como un miembro de la Comisión de Control. ¿Insistes en molestarme? ¿En tiranizarme? ¿Quieres atarme a las cintas de tu delantal?

Roja de indignación, Vasya retiró su mano de la de Vladimir.

—Basta, Vladimir, basta. ¿Qué dices? ¿He intentado alguna vez encadenarte a mí? No pierdas la cabeza. Hablo de ti y no de mí. Ya tienes bastantes enemigos. Si reanudas tu amistad con Savelyev...

—¿Qué tiene que ver Savelyev con esto?

—¿Qué dices? ¿Que qué tiene que ver? ¿No vas a reunirme con él?

Los ojos de Vasya miraban inquietos.

—Claro que voy a buscarle. ¿No puedes comprender que me tenga que valer de él para los negocios? Es una cosa necesaria.

—No te creo —exclamó ella con vehemencia—. Aplázalo para mañana. Dile que vaya a la oficina.

—¡Qué niña eres, Vasya! —dijo él, cambiando el tono de su voz—. Muy bien, te diré la verdad. Es cierto que Savelyev no me ha llamado para discutir ningún negocio. Eso puede resolverse en la oficina. Es que tiene gente en su casa; me ha invitado para jugar a las cartas. Tú sabes muy bien, Vasya, que no voy a ningún sitio desde hace casi un mes. Estuve en casa ocupado todo el tiempo con los

asuntos del negocio. Déjame que por una vez cambie de aire. Soy joven, Vasya; quiero vivir. No puedo ser un ermitaño.

—Comprendo, Volodya —dijo ella tristemente—. Sí, todo ha pasado como dices. Y el que te diviertas un poco no es malo. Pero tienes también que tener en cuenta otra cosa. No debes volver a empezar, a estar siempre con ese Savelyev, ese especulador canalla. Tú tampoco sientes respeto por él. ¿Para qué lo necesitas? La gente dirá enseguida que Vladimir Ivanovitch y Savelyev son otra vez uña y carne. Y todo volverá a empezar. ¡Volodya mío! No vayas hoy, te lo ruego. ¡Anula la invitación!

—¡Cuánta tontería! Si el Comité Provincial no tiene otra cosa que hacer que proceder legalmente contra un individuo a causa de sus amistades, no es un Comité Provincial, sino una letrina. Exageras, Vasya.

—Pero ¡es que a mí tampoco me gusta que vayas! Sé que no puede verme. Te ha invitado sólo para molestarme. ¿No te oí decir por teléfono que no podías ir a causa de «asuntos de familia»? Y después te echaste a reír, Volodya —comenzaba a alterarse—. ¡Y me duele ver que te ríes de mí con un extraño, y sobre todo con un tipo como Savelyev! ¡Como si yo te prohibiera ir!

—Pero ¡si no me dejas!

—¡Si así lo quieres!... Entonces, muy bien, vete. Pero acuérdate... —sus ojos flameaban— que la paciencia se me acaba. Te he ayudado, sufrido por ti, defendido en todo. ¡Basta ya! Vete si quieres. Pero yo también sabré lo que tengo que hacer.

Su voz se alzó en un agudo e histérico chillido.

—Estoy harto de tus ataques de histeria. ¿Por qué me machacas tanto? ¿Qué quieres de mí?

—¡Volodya! —dijo con la voz quebrada y llorosa—. Nunca te he pedido nada. Pero hoy te pido que te quedes. Por tu felicidad y la mía.

—¡Oh, las mujeres! Todas sois iguales. ¡No hay quien lo aguante!

Pasando apresuradamente ante ella, atravesó el recibidor; la puerta de la calle se cerró de un portazo. El motor sonó...

Vasya gemía como un animal herido.

—He venido a buscarte, Lisa. Deja que me quede contigo. Le he dejado para siempre.

Le faltaba la voz; pero sus ojos estaban secos. Su desgracia era demasiado intensa para poder verter lágrimas.

—¿Te has separado de él? Ya hace mucho tiempo que debías haberlo hecho. Todos nos preguntábamos cómo podías resistirlo tanto tiempo.

—Vivíamos como extraños, Lisa. Es horrible —gemía Vasya.

—¡Claro! Pero ¿cómo podías quererle?

Vasya no lo sabía. Apenas podía creer lo que había pasado. Nunca le perdonaría; nunca olvidaría esta indignidad. Era la primera vez que ella le pedía algo. ¿Y qué había hecho? Podía lo mismo haber pisado su cadáver. ¿Y por qué? ¿Para qué? Para jugar a las cartas con aquel ladrón, con aquel especulador de Savelyev, y una reunión de gente repugnante. ¡A él le daba lo mismo que Vasya se muriese de dolor! ¡Mientras él lo pasase bien, mientras tuviese las

distracciones que le gustaban! ¿Era eso amor? ¿Era aquél su amigo y camarada? ¿Era eso un comunista?

Lisa no podía atar cabos en la explicación incoherente de Vasya. ¿Qué había pasado? ¿Qué tenía Savelyev que ver con todo aquello?

—¿Que qué tiene que ver? Si ha sido por su culpa, por culpa de ese especulador ladrón. Vladimir ha ido a reunirse con él.

—¿Crees que ha ido con él?

—¿Con quién crees tú? ¿No crees lo que te digo?

—Pero ¿cómo puedes creer eso? Toda la ciudad lo sabe; sólo tú pareces ignorarlo. ¿O es que no quieres saberlo? ¿Es que te niegas a reconocerlo?

—Dime de qué se trata, Lisa; dímelo.

—Pues de que tu Vladimir tiene una amante.

Vasya al principio no entendió y se quedó mirando fijamente a Lisa. No sintió ningún dolor, ninguna pesadumbre; sólo sorpresa.

—¿Dices que una amante? ¿Quién es?

—No es una de nuestra clase, no es una obrera. Es una de las empleadas de la oficina.

—¿La conoces?

—La he visto varias veces. Toda la ciudad la conoce.

—¿Por qué?

—Es muy fardona. Por eso están los camaradas tan indignados contra Vladimir. Michailo Pavlovitch te habló de esta «amistad». ¿Cómo no te diste cuenta? Para otras cosas no eres tonta. Pero en esta cuestión has obrado como una idiota.

Vasya, sin embargo, estaba preocupada por algo diferente.

—¿La quiere él?

—¡Cómo lo voy a saber yo! Quizá, dado que llevan ya muchos meses liados. La gente creyó que la cosa terminaría con tu llegada; pero nada de eso ha sucedido. Continúa yendo a verla en su coche.

—¿Tiene ella casa propia?

—Según dicen, mucho mejor puesta que la tuya.

Luego aquello era cierto: «mantiene dos casas».

Vasya lo comprendió todo. Todo menos un punto. ¿Por qué le había mentido Volodya? ¿Por qué la había atormentado y engañado?

—Pero ¿qué esperabas de él? ¿Tenía que ir a ti como un pecador arrepentido? ¿O crees que te iba a pedir permiso para visitar a su amante? Tú eras la que tenías que haberlo visto antes. Si no lo has visto, has sido una tonta y sólo a ti misma puedes echar la culpa.

—¿Por qué insistes en decir que he sido tonta? Eso no es lo importante. La cuestión es esta: ¿la quiere realmente o sólo le gusta?

—¿Qué quieres decir? No te entiendo. Debe quererla. ¿No la mantiene y la hace regalos caros?

—¿Lo crees así...? Pues, mira, yo no sé...

—No creerás que te quiere a ti, ¿no? No te engañes a ti misma, Vasya. Eso sólo te causará más dolor. Le agradas y te estima. ¡Pero lo que es amarte! Eso hace tiempo que pasó. Lo sé muy bien.

Vasya negó con la cabeza:

—Mira, no estoy conforme contigo.

Su estupidez aburrió a Lisa, que le empezó a hablar de la amante de Volodya. ¡Bonita como un cuadro! ¿Y sus vestidos? Siempre vestida de seda, siempre rodeada de

pretendientes que la cortejaban. Savelyev era uno de éstos; ella lo sabía. En su casa, por las noches, había siempre jolgorio. Y se murmuraba que los dos, Vladimir y Savelyev, estaban con ella.

Por un motivo u otro, esta idea repugnó a Vasya.

¿Era posible que Vladimir hubiera cambiado tanto? ¿Podría realmente amar a una fulana? Vasya no creía las cosas que oía. Algo había en todo aquello que no era cierto.

Lisa se ofendió.

—Muy bien; no me creas. Pregunta a cualquiera. Todo el mundo te dirá lo mismo. Ella estuvo en la oficina de secretaria de Savelyev, hasta que el director comenzó a pagarle todos los gastos. Es posible que también otros hagan uso de ella. Hablan de Iván Ivanovitch. Y algunos miembros de la dirección van de cuando en cuando a verla. Es una prostituta en toda regla; sólo que no está registrada. Su suerte es que en la Rusia soviética no necesitan permiso.<sup>11</sup>

—Vladimir nunca se hubiera enamorado de una mujer así —objetó Vasya.

—¿Por qué crees eso? A los hombres les gusta esa clase de mujeres, especialmente a los hombres como tu Vladimir. Se le ve en la cara; cuanto más depravada sea una mujer, más le gusta.

—¡Cállate, Lisa! ¿Por qué dices eso? Tú no le conoces. ¿Por qué te atreves a juzgarle así?

—¿Por qué le defiendes? ¿No te ha humillado ante toda la ciudad? Sin embargo, le defiendes como si se tratase de una fortaleza...

---

<sup>11</sup> Desde mediados del siglo XIX, la prostitución estaba regulada en Rusia; este registro permitía el control policíaco y «sanitario».

—¿Humillarme? ¿Y en qué forma? Dime, Lisa. ¿Qué tengo yo que ver con las acciones de Vladimir? No sufro por eso. No es por eso.

—Sí, lo sé. Sufres porque ya no te ama.

—No, Lisa; tampoco es eso. Me duele, pero eso no es lo más importante. Sé lo que quiero decir; pero no encuentro las palabras. ¿Qué ha ocurrido? Éramos camaradas; vivíamos íntimamente unidos, y, de repente, te dicen: «Vladimir se ha alejado de ti, te ha mentido, ha tenido miedo.» ¿De mí? ¿Por qué? ¿Me hubiera cruzado yo en su camino? ¿Le hubiera apartado de su amor? ¡No podía, Volodya no podía pensar eso! Debe pasar algo más. No debe querer tanto a esa muchacha.

—Vuelves a lo mismo —dijo Lisa enfadada—. Es imposible hablar contigo. Tú quieres todavía a Volodya. Te maltrata y sigues amándole... Yo no soy así. Hubiera concluido con él hace mucho y le hubiera dado bastante que pensar.

Vasya no lo negó. Pero cuanto más condenaba Lisa a Vladimir, más ardientemente le defendía ella. Quería convencer a Lisa de que él había obrado mal, no por tener una amante, no por amar a otra mujer, sino por no habérselo dicho a Vasya. ¡Como si no fuese su amiga y su camarada! ¡Como si fuese una extraña! Aún peor; significaba para él menos que una extraña, porque no tenía confianza en ella. ¿La creía dispuesta a luchar por sus derechos como una legítima esposa?

—¡Claro que debes luchar por ellos! —exclamó Lisa—. ¿Cómo permites que te humille así? Tienes que dejarlo. No es digno de ti: no te llega ni a las suelas.

Seguía sin estar de acuerdo. En el fondo de su corazón Vasya condenaba a menudo a Volodya. Pero en el

momento en que alguien le atacaba se pasaba a su lado y se indignaba. La gente no le entendía. Sólo ella conocía a Vladimir, «el americano». Cuando dijo «el americano», se le saltaron las lágrimas. Recordó a Vladimir, «el americano», dirigiendo su cooperativa, luchando por el Soviet. Se puso nostálgica.

Llorando, se echó en los brazos de Lisa. No pensaba en Vladimir «el director»; pero sollozaba por «el americano», sufría por él inconsolable, mortalmente.

—Es muy fuerte este golpe, Lisenyka. No puedo más.

—Lo sé, querida, lo sé. Sé fuerte. Pasará. Yo sufrí lo mismo hace un año. Y, cuando me lo encuentro, ya no me duele. En esta vida todo pasa, ya verás.

Lisa acariciaba a Vasya y trataba de consolarla. Pero ¿acaso estas penas tienen consuelo?

Vasya no podía dormir, aunque Lisa le había dejado su cama y ella yacía sobre unas sillas. Había trabajado durante todo el día y dormía profundamente. Vasya, sin poder descansar, se volvía de un lado a otro; se sentaba, se volvía a echar... No podía descansar. Infinidad de pensamientos agitaban su cabeza y torturaban su corazón. ¡Como la noche aquella de la enfermera, cuando arrestaron a Vladimir!

No eran celos lo que sentía. La víbora estaba inmóvil, agazapada, esperando. Era la falta de confianza de Vladimir lo que la obsesionaba. Si no fuera por eso, le perdonaría todo. Nadie puede dominar su corazón. Pero Vasya no creía que amase a la otra. No lo creía. Era sólo una *liaison*. Durante muchos meses había vivido solo. Tenía un temperamento ardiente. Se acordó de lo que pasó con Styosha.

Habría comenzado a acostarse con ella. Y así empezó la cosa. Probablemente ella no le dejaría marchar. Lisa también creía que era un hombre que gustaba a las mujeres. Y si era así, no debía ser un enlace de amor. Volodya seguramente habría querido alejarse, pero no habría podido. Vasya recordaba lo mudable, lo variable que se había hecho. Había sufrido muchísimo. ¡Normal! ¿Cómo podía vivir con la persona querida mientras afilaba el cuchillo a sus espaldas, como un criminal? Recordaba cuantas veces Vladimir había querido confesarle algo; cómo no se había atrevido nunca. Había estado a punto de decírselo la mañana del motín de los cargadores. Vasya sintió que se quedó con las ganas de confesarse. Ella tuvo miedo y, por desgracia, comenzó a toser y Vladimir ya no dijo nada. ¿Así que él le tenía lástima? Si era así, la quería. Pero ¿la amaba? Fácil era decirlo. Pero ¿y la tela azul? ¿La misma para las dos? «Te he comprado un regalo, adorada mía. Y he tenido que comprar también lo mismo para mi fastidiosa esposa. Toma la seda, pero no digas nada.» ¡Maldito sea! Vasya cerró sus puños como si quisiese pegar a Vladimir. Y la víbora, feliz; enroscada alrededor de su corazón; chupándole la sangre; agitando la lengua... Vasya sufría, le oprimía la angustia. Pensaba: «¿De modo que no iba a buscar a Savelyev ayer? Y Savelyev no tenía nada que ver en esto. Era sólo la pantalla.» De haber estado Savelyev detrás de todo, si Vladimir hubiera pisoteado sus sentimientos sólo por ir a juntarse con su grupete de amigos para ir a jugar a las cartas, ella no se lo hubiera perdonado jamás. Pero si ella hubiera sabido que tenía una amante que fingía amarle, no se hubiera enfadado con Vladimir. Hubiera sido desgraciada; pero hubiera comprendido. En cambio,

que la dejara tirada por Savelyev, ese miserable especulador, eso sí le parecía intolerable. Podía comprender el asunto de la amante. Pero ¿y perdonarle? ¿Como le había perdonado cuando la enfermera, cuando Styosha? ¿Sería posible que le llegase a gustar el perro de lanas blanco y olvidar la seda azul? No, era ya demasiado tarde para aquello. Todo había cambiado. Antes, ambos eran uña y carne. Eran camaradas que marchaban de la mano a la lucha. Ahora, cada uno seguía su camino particular. ¿Qué les podía mantener unidos? El corazón. Y si Vladimir había tirado también eso por la borda, ¿qué quedaba? ¿Cómo perdonarlo? ¿Cómo olvidar? Era imposible. No cabía pensar en la reconciliación. Era algo verdaderamente triste...

Vasya se sentía la persona más miserable del mundo.



## CAPÍTULO X

Apenas había salido Lisa por la mañana para el trabajo cuando la puerta se abrió y María Semyonovna apareció con la cabeza cubierta por un velo de encaje. Venía sin aliento. Hacía calor; era pleno verano.

—Buenos días, Vasilisa Dementyevna. Le traigo una carta de su marido. Él quería que cogiese un coche para que llegase aquí más deprisa. Pero ¿quién encuentra un coche en estos tiempos? ¡Estoy exhausta!

Al querer Vasya abrir el sobre con la dirección de la oficina, sus dedos parecían paralizados.

¡Vasya! ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que quieres hacerme? ¿Por qué me torturas tan despiadadamente? ¿Quieres un escándalo que repercuta en todo el distrito, para que mis enemigos tengan nuevos motivos para acusarme? Frecuentemente has dicho que eras mi amiga; pero te unes a mis adversarios. Has roto mi corazón. No puedo continuar esta vida. Si ya no me quieres dilo francamente. ¿Por qué me hieres por la espalda? Tú sabes que te quiero, que sólo a ti quiero. Todo lo demás que dice la gente es absurdo, efímero. ¡Escúchame! ¡Te juro que no estuve con Savelyev ayer! Te juro que donde estuve ayer te fui fiel. Mi corazón sólo late para ti. Estoy agotado, Vasya.

Tenme lástima. Vuelve; deja que me mire en tus adorados ojos y te lo cuente todo. ¡Toda la verdad! Si eres mi amiga y camarada, vendrás. Si no... Entonces, adiós. Pero debes saber que no viviré sin ti.

Tu desgraciado *Volodya*

Vasya leyó la carta dos veces. Su corazón se llenó de ternura, las lágrimas empañaron sus ojos. «Efímero». «¡Sólo te quieto a ti!» Pero a continuación se indignó. ¡Ella le torturaba! ¡Le pedía que le tuviese lástima! ¿Había tenido él lástima de ella? Y él ¿no la había atormentado? Sus ojos se secaron; sus labios, pálidos, se apretaron en delgada línea. «¡Desgraciado! ¡Que se crea desgraciado! Toda la noche se la ha pasado haciendo el amor a otra mujer; le ha regalado seda azul.» Él no le había tenido lástima. ¡Y cómo le había pedido ella ayer que no fuese! Quédate, le había dicho, con toda el alma puesta en los ojos. Y él la había rechazado; la había gritado como un marido legítimo, y se había ido. Ahora escribía: «Sólo te quiero a ti.» ¡Mentira! No la quería. ¡Bonito amor el suyo! Sólo pena, amargura. ¿Para qué necesitaba ella esa clase de amor? Y aun había escrito: «Pero debes saber que no viviré sin ti.» Sería verdad que... ¡Tonterías! Era sólo una amenaza para enternecerla, para hacerla volver a él como una mema, como si nada hubiese pasado.

Leyó la carta otra vez.

Entretanto, María Semyonovna se había sentado, indiferente a todo, y se secaba el sudor.

—Vladimir Ivanovitch volvió anoche casi justo después que se fuera usted. Preguntó dónde estaba. Yo no sabía nada. Se metió en el despacho a escribir. Luego llamó a Iván Ivanovitch y le pidió que viniera. Trabajaron juntos.

A media noche entró en la cocina para preguntar si había vuelto usted. «No», le dije, y se marchó. Entonces, acompañó a Iván Ivanovitch hasta la puerta y se fue al dormitorio. Entonces debió ver la carta que usted le había dejado. Le oí llorar como un niño desconsolado. Y no se acostó; toda la noche se la pasó dando paseos arriba y abajo. Esta mañana no ha querido ni el té. «No tengo ganas de nada», me ha dicho. «Vaya a buscar a Vasilisa Dementyevna. Vaya a casa de todos sus amigos hasta que la encuentre. No se atreva a volver sin ella.»

Vasya escuchaba dolorida, al recordar su antiguo amor por Vladimir. ¡La había esperado toda la noche, había llorado y sufrido, la había llamado a ella, a su Vasya! ¡Qué duro había sido también para ella! ¡Cómo le había echado de menos! Había sentido celos. ¿De modo que los hilos que unían sus corazones no se habían roto? ¿Su amor no había desaparecido por completo? ¿Por qué prolongar la agonía? ¿Debería volver, volver a verle para aclarar las cosas?

—¿Qué hacía Vladimir Ivanovitch cuando salió usted? ¿Iba a la oficina?

—¿Cuándo salí? Telefoneaba a «su amiguita». Seguramente quería contarle sus penas. O tal vez quería que compartiese su alegría. ¿Quién es capaz de entender a estos hombres? ¡Sólo desean que no se forme un escándalo!

¿Había llamado a «su amiguita»? ¿Ahora? ¿En estos momentos? ¿Escribía a Vasya y telefoneaba a la otra? Lisa debía estar en lo cierto. Quería continuar con ella sólo para evitar el escándalo. Si su mujer no estuviese tenida en tan alta estima, no se preocuparía de ella. La llamaba para humillarla de nuevo. ¡No! Ya era bastante. ¡A callar, corazón

estúpido! No volvería con él; no caería en la trampa que le tendía.

Aunque se le nublara el juicio de la pena.

—Dígale a Vladimir Ivanovitch que no tengo nada que contestar. Eso es todo. Y dese prisa; haga usted el favor de marcharse enseguida.

—¿Por qué tanta prisa? No conviene, además, precipitarse en estos asuntos. Tendría que haberlo meditado antes, Vasilisa Dementyevna. Claro que Vladimir Ivanovitch no se ha portado bien con usted, porque usted es su esposa; pero usted tampoco tiene toda la razón. ¿Quién deja a un hombre así, joven, solo durante tantos meses? Y si lo piensa bien, Vladimir Ivanovitch es un buen marido, al fin y al cabo. Siempre se preocupa por usted. Le ha traído cacao cuando ha hecho falta; ha traído huevos frescos cuando los necesitaba. Se preocupa más que usted misma de sus vestidos. Nunca le ha dicho que no a nada. Y en lo que se refiere a mujeres, ¿quién es el que está libre de culpa? Usted es su esposa, y él la respeta. ¿Y a la otra? Paga, da regalos; eso es todo.

A medida que María Semyonovna hablaba, el corazón de Vasilisa Dementyevna se sentía más afectado. ¡Qué sencillo sería todo si ella pudiese pensar así! Pero María Semyonovna no podía comprender lo que a Vasilisa la hería. Vladimir ya no era su amigo. Ella no tenía ya confianza en él. ¿Cómo iban a vivir juntos sin mutua confianza?

—Debe esperar hasta la noche, Vasilisa Dementyevna. ¿No será mejor que yo vaya a casa y le diga a su marido que está usted pensándolo y que le dará la contestación esta noche? Esto es lo más razonable. Pero responder ahora y guiarse del impulso del momento... Es fácil equivocarse

cuando uno está enfadado. Trato de evitarle arrepentimientos y lágrimas.

—No, María Semyonovna. No intente convencerme. Hágalo como le digo. No vuelvo. Esto ha terminado.

Sus labios temblaban al hablar, y grandes lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

—Bien; eso es una cuestión suya. Ya he hablado bastante. Usted es la que tiene que decidir.

Y María Semyonovna se fue. De nuevo sintió Vasya deseos de gemir como un animal herido, de sollozar tan fuerte que la oyese todo el mundo en la casa, en la calle. Todo había terminado. ¡Adiós para siempre, Volodya! ¡Adiós para siempre!

Tendió sus brazos hacia Volodya. Le deseaba con todo su corazón, con toda su desgarrada alma... Le resbalaban las lágrimas por sus pálidas mejillas.

Pero la razón, implacable, repetía: «Ya basta. No vayas. Se acabó. Es el final».

Vasya lloró desconsoladamente, hasta que se quedó dormida, con la cabeza enterrada en la almohada de Lisa. No había cerrado los ojos en toda la noche.

Se despertó con el ruido de un auto que pasaba bajo la ventana.

¿De quién sería el auto? Saltó apresuradamente de la cama. ¿Vendría Vladimir a buscarla? La esperanza y la alegría despertaron su corazón.

Abrió la ventana; Vassya, el botones, estaba ante la puerta.

—Vasilisa Dementyevna: ha pasado algo terrible. Vladimir Ivanovitch se ha envenenado.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —Vasilisa voló a encontrarse con el muchacho. Cogió su mano y preguntó—: ¿Ha muerto?

—No, todavía no. Vive, pero está retorciéndose de dolor: está agonizando. La llama a usted. Iván Ivanovitch me ha dicho que viniera a buscarla en el auto.

Sin sombrero, a medio vestir, subió Vasya en el auto. Los dientes le castañeteaban como si tuviese fiebre.

¡Le había matado! ¡Le había herido de muerte! No tuvo compasión de él. Él había suplicado aquella mañana. ¡Cómo se lo había perdido!

Con los ojos dilatados, se horrorizaba de sí misma. No expresaban tristeza, sino la fatalidad absoluta: la muerte.

Vassya, el botones, que no había reparado en aquella mirada, le contaba, con aire importante, lo que había pasado. En el fondo le agradaba que ocurriesen cosas tan extraordinarias.

Vladimir Ivanovitch había ido a la oficina por la mañana. Al cabo de media hora había vuelto a casa; se había metido en el despacho y Vassya le había visto revolver en el armario donde guardaba las muestras de los tintes, que debía probar para conocer su calidad.

Vassya, entretanto, estaba ocupado barriendo el patio. Cuando terminó y entró en la casa oyó que alguien gritaba de dolor en el despacho. Fue a ver lo que pasaba. Allí estaba Vladimir Ivanovitch, tirado en el sofá, con los ojos en blanco, la boca abierta y echando espumarajos. Y entonces fue cuando comenzó el jaleo.

Vassya había ido corriendo a avisar al médico, que vivía allí, a la vuelta. Le encontró comiendo. Pero él le explicó todo lo que sucedía: «Se está muriendo; después puede comer usted». Vassya tuvo que hacer dos viajes a la farmacia

a todo correr. Vino Iván Ivanovitch. Toda la casa se puso en conmoción.

Ella escuchaba, pero sin darse cuenta de las palabras. También estaba más muerta que viva. Todo lo había olvidado; sólo tenía presente a Vladimir y sus sufrimientos. Participaba de ellos con todo su ser. Si Volodya moría, su vida también habría terminado. Sólo quedaría un vacío, un vacío más horrible que la tumba.

Entró en la casa con el muchacho. Iván Ivanovitch acompañaba al doctor hasta la puerta.

—¿Vivirá?

—Estamos haciendo cuanto es posible. Hasta mañana no sabremos de una manera cierta si vivirá.

Entró de puntillas en el dormitorio. Los gemidos de Vladimir se oían cada vez más. Parecía que gemía por los dos. ¿Podría Vladimir ser arrancado de ella, de su Vasya?

El dormitorio estaba cambiado, diferente. La alfombra recogida, la cama en otro sitio. Pero ¿dónde estaba Volodya? Había algo grande, blanco, largo, sobre el diván. Su cara estaba de un gris azulado; los ojos cerrados. Los quejidos cesaron.

¿Qué pasaba? ¿Estaba muerto?

—¡Volodya, Volodya!

El médico se volvió furioso:

—¡Silencio! Hay que calmar los nervios.

Asistido por una enfermera de gorro blanco, el doctor se ocupaba de Vladimir. Los dos parecían graves, serios. No dejaron que Vasya se acercase.

Abrió los ojos y respiró más apresuradamente. ¡Estaba vivo!

—Doctor —dijo Vasya con gran pena—, dígame la verdad: ¿hay esperanza?

—Siempre hay esperanza mientras el corazón siga latiendo —contestó ásperamente el doctor, como si le hicieran preguntas tontas.

¿Qué querría decir? ¿«Mientras el corazón siga latiendo»? ¿Y si deja de latir?

No preguntó más. El doctor estaba ocupado. Con ayuda de la enfermera levantaban la cabeza de Vladimir para echar algo en su boca.

Otra vez gemía Vladimir. Lanzaba gritos cortos, plañideros. Vasya escuchaba. Ya no experimentaba ninguna sensación. Estaba como adormecida, como si el dolor hubiera paralizado sus sentidos, como si su existencia hubiera terminado.

Crepúsculo, obscuridad. La lámpara encendida en el dormitorio. Habían venido otros doctores para una consulta. El botones fue precipitadamente al Departamento de Salud a buscar un medicamento especial.

A Vasya no le permitían ver a Vladimir. Tampoco él preguntaba por ella. Sin sentido, de vez en vez lanzaba gemidos de angustia. Al oírle quejar, Vasya pensaba que su alma luchaba con el cuerpo; pero el cuerpo rehusaba dejar en libertad el alma.

Desamparada, como una persona que resulta inútil, Vasya andaba alrededor de los médicos sin saber qué hacer.

De repente se sobresaltó. Debían hacerse muchos comentarios por la ciudad. La gente diría: «Un comunista y ¡un suicidio! ¿Por qué?». Y empezarían las habladurías.

Tenía que apresurarse, apresurarse a detener las habladurías. ¡Había que pensar algo! ¿Qué es lo que había pasado? ¿Por qué causa? Una idea luminosa: ¡setas! Había tomado setas en el almuerzo y se moría. Recordó un caso semejante en la aldea de su abuela, una vez que fue a visitarla. Un sastre de la ciudad que había venido a pasar unos días con su hermano, había cogido setas en el campo. Y las había guisado. Murió a consecuencia de ello. Vasya comenzó a telefonar. Michailo Pavlovitch fue el primero en recibir su llamada. Le daría todos los detalles en cuanto le viera, pero quería contarle que había sucedido una desgracia. Brevemente explicado, el caso había sucedido así: Vladimir había comido setas venenosas y estaba agonizando. Luego telefoneó al presidente del Comité Provincial y a otros camaradas.

Después dio instrucciones a Iván Ivanovitch para que explicase lo sucedido a los miembros de la dirección de la empresa y para que diese cuenta en la oficina. Y muy minuciosamente le explicó a Vassya, el botones, y a María Semyonovna lo que debían decir.

Vassya, ladino y pícaro, torció los labios, levantó los hombros y no dijo nada. A él le daba igual.

Sin embargo, María Semyonovna se ofendió; apretó los labios y cruzó las manos sobre el delantal. No quiso aceptar la historia de las setas.

—¿Cómo puede un hombre envenenarse con setas? Todo el mundo dirá: «¡Pues sí que ha tenido cuidado la cocinera!».

Pero Vasya insistió. Era ésa la historia que debía contarse a todo el mundo. Había comido setas y le habían hecho daño.

—Se dirá lo que usted quiera; pero no es una idea muy brillante. ¡Si hubiera sido otra cosa! ¡Pero con setas! ¿Qué cocinera es capaz de guisar setas malas?

Vasya salió de la cocina. María Semyonovna estaba furiosa y tiraba y golpeaba las cacerolas.

—Lo enredan todo, lo echan a perder y ahora yo tengo la culpa. Primero hacen una cama en la que ni el diablo puede dormir, y ahora, si te da la gana, duerme tú en ella. «¡María Semyonovna tiene la culpa!» ¡Se ve que yo no conozco qué setas son buenas y cuáles malas! ¿Cómo pueden insultar así a una persona? Me he pasado en la cocina veinte años; no hay otra cocinera como yo; sé más que un chef. Hay que ver mi lista de servicios. Hasta la difunta señora Gollolobova, la mujer del general, que tan orgullosa era, no me llamaba de otra forma que no fuera María Semyonovna; y los Pokatilovs, aquellos millonarios, me regalaron por navidades un reloj de oro y una cadena porque mis guisos eran excelentes. Y ahora, ¡hay que ver lo que han discurrido! «¡María Semyonovna le ha dado al director setas venenosas!» No creía que una ofensa así fuese posible. ¿No he hecho todo lo que he podido? Me da pena esta Vasilisa; nunca le he dicho nada de la amante de su marido. Pero así es la gente. Sólo injusticia. ¡Y son comunistas...!

—¿Por qué se enfada, María Semyonovna? ¿Por qué se ofende? —dijo sentenciosamente Vasya, que entretanto tomaba la sopa con gran apetito—. ¡Qué importa lo que nos han aconsejado que digamos! La verdad se sabrá de todos modos. No la harán a usted responsable de nada; han inventado esta historia de las setas para que el escándalo no

sea tan grande. Pero es gracioso. ¡Es muy interesante!  
¿Qué valor tiene el cine comparado con todo esto?

—Tú tomas todo como cosa de diversión. ¡Qué tonto eres! Se está muriendo una persona y a ti te hace gracia. ¡Así marcha el mundo! A nadie le importa la vida. A la gente no le importa vivir. Todo porque han olvidado a Dios.

—¡Oh, olvídense también usted de Dios! Yo no soy comunista; pero tampoco creo en Dios.

—Haces mal en no creer. Ahí le tienes sentado y charlando sin hacer nada. ¿Por qué no me ayudas a secar los platos? Esos hombres, los médicos, no saben más que manchar platos. Continuamente quieren té y todo lo demás. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Eso es lo que le he dicho a esa mona compuesta, a la criada de la amante de Vladimir Ivanovitch. Acababa de servir la sopa a los médicos cuando entró corriendo por la puerta de servicio, levantándose las faldas, con un delantal de batista y una cofia con cintas como mariposas. Menuda fresca. «Mi señora me envía a saber cómo está Vladimir Ivanovitch», dice. Y entonces voy y le digo: «Tan bien que creo que estará delante de Dios muy pronto, porque Dios castiga a todo el mundo por sus pecados. En cuanto a tu señora, dile a esa pelandrusca que mejor es que vaya a la iglesia para hacer penitencia. Después de todo es la única culpable.»

En presencia de Vasilisa, María Semyonovna estaba muy callada; pero en cuanto encontraba a alguien con quien hablar no había medio de detener el torrente de sus palabras.

Por fin hubo silencio en la casa. Durante varios días había habido mucho ajeteo: miembros de la dirección, compañeros de trabajo, médicos que deliberaban... Lisa vino para estar con Vasya por las noches, para velar, para que no se encontrase sola y sufriese esperando lo peor. Lisa sentía que en parte también era responsable. Había empujado a Vasya contra Vladimir.

—No digas eso, Lisa. Yo sola desperté contra él. Tuvo que ser la parca la que me hiciese ver que no hay nada para mí en el mundo más querido que él. ¿Cómo podré vivir sin Volodya? Su sangre caerá sobre mi cabeza.

Vasya, con su rizada cabeza apoyada en la mano, sentada a la cabecera de la cama de Vladimir, pensaba. Si Volodya se moría, ya no podría vivir sin él. ¿Qué sería de ella? ¿La Revolución? ¿El Partido? El Partido sólo necesita a aquellos que no tienen ningún crimen sobre su conciencia. Vasya no podría olvidar nunca que había matado a Vladimir. Y si hubiera habido alguna buena razón... ¡Pero por unos ridículos celos de mujer! Si hubiera tenido negocios turbios con ladrones como Savelyev, si hubiera actuado contra los intereses del pueblo, habría habido un motivo. Pero, hacer morir a su amigo... ¡porque hubiera otra mujer! ¡Y qué amigo! Ella había creído que no la quería ya. Pero debía quererla cuando se había intentado suicidar. ¿De manera que era verdad que la vida sin ella no era nada para él? A pesar de su pena, al darse cuenta de esto, se echó a llorar, con dulces lágrimas de arrepentimiento.

Contemplando a su adorado, Vasya musitó tiernamente: «¿Me perdonarás, vida mía? ¿Podrás perdonarme, querido amigo?».

Él se agitó, movió la cabeza con ansiedad.

—Agua... agua...

—Ya voy, mi amor, ya voy.

Dulcemente, levantó Vasya su cabeza de la almohada, como le había dicho la enfermera, y le dio agua.

Vladimir bebió. Abrió los ojos, la miró; pero pareció no verla.

—¿Estás mejor, Volodetchka?

Y decía esto al mismo tiempo que se inclinaba sobre él.

No contestó. Abrió los ojos y los volvió a cerrar.

—¿Está ahí Iván Ivanovitch? —preguntó débilmente.

—No, se ha ido. ¿Le necesitas?

Dijo que sí con la cabeza.

—Hazle llamar; telefonéale.

—El doctor ha prohibido que te ocupes de los negocios.

Vladimir pareció impacientarse y molestarle.

—Haz el favor de no atormentarme. Ahora al menos.

Llámale —y cerró los ojos.

Vasya sintió una puñalada. ¿Por qué había dicho eso? «Haz el favor de no atormentarme. Ahora al menos.» Luego él no la había perdonado ser la causa de aquella agonia mortal que sufría.

Mandó a buscar a Iván Ivanovitch.

Vino, y Vladimir pidió a Vasya que les dejase solos.

Ella se fue al jardín.

Las rosas se habían marchitado; pero las dalias estaban en flor. El sol ardía sobre sus manos, sus hombros, su cabeza. No la acariciaba como en la primavera; la quemaba dolorosamente. El jardín, descuidado; las madreselvas se enredaban en los tilos como yedra. El cielo no era azul; el calor le daba aspecto de plata derretida.

Vasya paseaba sobre el ardiente suelo.

¡No, Vladimir no la perdonaría! No olvidaría lo ocurrido. Si ella hubiera ido cuando la llamó aquella mañana, nada hubiera pasado. Ahora le había perdido, perdido para siempre. No sólo como marido y como amante, sino también como amigo y compañero. Volodya ya no tendría nunca confianza en ella; ya no se apoyaría más en ella.

Vasya estaba de pie ante la acacia que en la primavera había tenido tantas flores. Cerró los ojos.

¿Por qué no se había envenenado ella en su lugar? ¿Por qué vivía todavía?

—Vasilisa Dementyevna, Vladimir Ivanovitch la llama —decía Iván Ivanovitch al tomar el coche para irse en él.

¿Adónde iba? ¿Llevaría un recado a la amiga de Vladimir? Pero esto ya no le importaba a Vasya.

El pasado no volvería ya...

Hacia calor. El sol abrasador del verano era agotador. Las cortinas estaban echadas. Vladimir dormitaba; Vasya, arrodillada al pie de su cama, le espantaba las moscas.

Tenía que dormir, recuperar sus fuerzas. Había sufrido ya bastante.

Vasya y Volodya estaban solos en la casa. María Semyonovna había salido de compras. Vassya, el botones, estaba en un recado.

A Vasya le gustaba estar sola con Volodya. Sentía así que le pertenecía, que era sólo suyo. ¡Estaba tan débil, tan indefenso!

¡Si pudiera comprenderla, leer en su corazón! Vería cuán ardientemente le quería, cómo sufría, cómo ansiaba sus caricias, cómo su soledad le mataba. ¿Por qué estaba Volodya siempre taciturno, siempre hostil hacia ella?

Nunca la miraba a los ojos. Cuando no le arreglaba bien la almohada, decía agriamente: «¡Y que se llame a esto una enfermera! ¡No sabe ni siquiera arreglar unas almohadas!».

Claro que no se puede esperar mucho de un hombre enfermo. Sin embargo, ¿por qué era así? ¿Sería posible que no la perdonase? ¿Nunca? Y, si continuaban juntos, ¿tenía que ser siempre como ahora: soledad, tristeza, frialdad?

Miró a Vladimir; contempló aquella cara tan querida, familiar, aquellas pestañas largas como rayos de sol. Vasya se había enamorado de ellas desde el primer momento. Y él había quedado cautivado por su trenza; pero ella ya no llevaba aquella trenza.

Era como el viejo cuento de hadas. Su pelo le había encantado; cuando se lo cortaron, su amante la dejó de querer. ¡Cómo se adoraban en 1917! ¡Y más tarde, cuando comenzó la ofensiva de los blancos!<sup>12</sup> La noche en que juntos arrestaron a los conspiradores, le decía:

—Si caigo, Vasya, no pierdas ni una sola hora de tu trabajo; tus lágrimas pueden esperar.

—Y lo mismo te digo a ti, Volodya. Nos lo prometemos mutuamente —se estrecharon las manos, mirándose a los ojos, y se volvieron a sus puestos. Hacía frío entonces; las estrellas brillaban; la nieve crujía bajo sus pies, mientras Vasya y Vladimir iban a reunirse con sus compañeros de destacamento.

Con estos recuerdos, el corazón de Vasya se enternecía, como si el calor que irradiaba de su perdida felicidad lo derretiese. Vasya no lloró cuando el desastre sobrevino; no se

---

<sup>12</sup> Referencia a la Guerra Civil rusa. Con «blancos» o «guardias blancos» se aludía a las fuerzas reaccionarias, antisoviéticas.

había lamentado, olvidándose de sí misma. Pero ahora, las lágrimas corrían por sus mejillas; no lágrimas amargas, abrasadoras, sino lágrimas de dulce melancolía. Lloraba por la felicidad del pasado, por todo aquello que ya nunca volvería.

—Vasya, pero Vasya, ¿qué tienes? —Volodya había levantado la cabeza de la almohada y la miraba. Sus ojos no parecían ya distantes; ya no parecía ignorarla. No eran fríos. Eran «sus ojos», los ojos cariñosos y amantes de Volodya, aunque su expresión fuese triste todavía—. ¿Qué tienes, Vasyuk? ¿Por qué lloras, nenita?

Puso su mano con cariño sobre sus rizos.

—Volodya, vida mía. ¿Me perdonarás? ¿Me perdonas?

—¡Vasya! ¿Qué quieres que te perdone? No, no llores más, para que podamos hablar. Siéntate aquí, más cerca de mí. No hablamos, y eso lo dificulta todo.

—Pero tú no debes excitarte. Tengo miedo por ti, cariño mío. Otro día hablaremos.

—No, no puede ser mejor otro día. Necesito desahogarme. ¡Soy tan desgraciado! ¡Por eso quise morir! Y aun ahora, aunque quiero vivir, no veo solución...

—La buscaremos juntos, Volodya. Después de todo yo no soy una extraña para ti.

—¿Estás segura que lo sabes todo?

Ella inclinó la cabeza:

—Sí; lo sé.

—¿Entonces, ya sabes lo que me hiere? Y tú siempre reprochándome tonterías, siempre aludiendo a Savelyev.

—Lo sé, Volodya.

—Y has cometido otra equivocación. ¿Creías que era amor? ¿Lo creías? No, Vasya; te amo a ti, sólo a ti, mi ángel

de la guarda, mi mejor amiga. Pero lo otro, Vasya, es diferente, completamente diferente. Llámalo como quieras; llámalo falta de dominio sobre mí mismo; lo que quieras, pero no amor. Estabas celosa, sospechabas de mí, me espiabas.

—Nunca, Volodya, nunca.

—¡Cómo puedes negarlo! ¡Acuérdate de la seda azul! Acuérdate de tus preguntas intencionadas: «¿Por qué hueles a perfume? ¿Dónde vas? ¿Dónde vive Savelyev? Dímelo».

—No te espiaba, Volodya. No lo hice, pero sospechaba toda clase de cosas horribles. Quería apartarlas de mí, Volodya. Quería creer en ti, conservar mi confianza en ti.

—Muy bien, serían sospechas. De todos modos, estabas celosa. No lo decías abiertamente; pero me atormentabas, me torturabas. ¿Para qué volver sobre lo pasado? ¡Los dos tenemos culpa!

Silencio. Ambos pensaban...

— Y ahora, ¿qué? ¿A partir de ahora será así nuestra vida, Volodya? —preguntó tristemente Vasya.

—No sé, Vasya. Me siento perdido. No sé qué hacer.

De nuevo quedaron en silencio. Los dos tenían mucho que decir; pero no sabían cómo comunicárselo.

—¿Y no serías quizá más feliz con la otra muchacha, Volodya? —preguntó Vasya con precaución. Ella misma se quedó sorprendida de que la pregunta no la hiriese.

—¡Vasya, Vasya! Veo que no me crees. ¿No puedes ver a quién amo? ¿Acaso no me quise matar porque te había perdido?

Y en sus ojos y voz había reproches.

El corazón de Vasya temblaba de gozo.

—¡Volodya! ¡Amor mío!

Se abrazaron; sus labios se buscaron.

—No, ahora no, Vasya. Cálmate, Vasyuk. No tengo fuerzas todavía, ya lo ves... No puedo aun ni besarte...

Sonriendo, Vladimir besaba la cabeza de Vasya; pero sus ojos estaban nuevamente tristes.

La barrera levantada entre los dos no podía ser derribada. No encontraron el camino que conducía, a través del espinoso cerco de la incomprensión, de un corazón a otro.

## CAPÍTULO XI

Vladimir había vuelto por vez primera al trabajo; había ido a la oficina. Vasya recobraba su libertad. Por la mañana se fue enseguida al Comité del Partido y de allí a las hilaturas. Lisa necesitaba ayuda; había que hacer preparativos para una conferencia sindical.

Vasya iba sonriente de camino al local del Partido. Sentía como si se hubiese escapado de una jaula. Todo le encantaba. Le parecía que no había visto a los camaradas desde hacía muchísimo tiempo; ellos también se alegraron de verla. La habían echado de menos. Vasya era la más querida de todos. Trabajaba, no intrigaba y se interesaba por las desgracias de los demás. Tan pronto como llegó al local del Partido le dieron tareas: determinar lo que tenía que discutirse en la conferencia, ayudar con las intervenciones de los oradores...

Vasya miró el reloj. ¡Imposible! Marcaba casi las ocho. Y Vladimir estaría esperándola impaciente. ¿Le habrían dado de comer según las órdenes de los médicos? Vasya se había olvidado de todo. Regresaba con Lisa discutiendo las

noticias que un camarada traía de Moscú. En esos días ocurrían en el Partido cosas difíciles de entender. Lisa se mostraba completamente en desacuerdo con la Nueva Política Económica. Ella defendía a los muchachos de la fábrica. Iban a presentar sus propios candidatos a la Conferencia del Partido y se disputaría de nuevo con el jefe del Comité Provincial. Vasya la envidiaba. En realidad, desde su llegada no había tomado parte activa en nada, como si no fuese miembro del Partido, sino, simplemente, una «simpatizante».

—Es que te has convertido en la esposa del director. Si vivieras por tu cuenta, hubieras vuelto al trabajo enseñada.

Vasya suspiró. Lisa no tenía que decírselo; ya lo sabía. Pero no tenía tiempo de pensar en ello. Tan pronto como Vladimir estuviese completamente repuesto volvería a su provincia.

—¡Oh, no te irás! Estás demasiado apegada a tu Vladimir Ivanovitch. Hoy día tú eres solamente una «humilde esposa» —objetó Lisa enfadada.

Vasya se quedó silenciosa. ¿Qué podría decirle? Lisa tenía razón. ¡Pero habían pasado bastante ya! ¡Que viviera Volodya, que viviera sin sufrimientos!

Cuando Vasya llegó a la casa él no estaba.

—¿Dónde está Vladimir Ivanovitch? ¿No ha vuelto todavía?

—Claro que regresó. Estuvo aquí desde las tres y la esperó a usted para comer, pero no pudo aguardar más. Cuando comprendió que no vendría comió con Iván Ivanovitch. Se fueron no hace mucho —le comunicó María Semyonovna—. Pero le ha dejado una nota sobre la mesa.

Vasya la cogió.

Querida Vasya:

Hemos convenido ser siempre francos el uno con el otro. Me has dicho que siempre me comprenderás. Tengo necesidad de ir «allí» hoy. Ya te diré por qué después. Entonces comprenderás cómo no tenía más remedio que hacerlo. Te suplico que te acuerdes de nuestro convenio, y no te aflijas.

Tu *Vladimir*

Cuando Vasya leyó la carta dejó caer pesadamente sus manos sobre la falda.

¿Otra vez? Luego aquello no había terminado. Pero ¿cómo se le había ocurrido pensar que se había acabado? ¿Lo había dicho acaso Volodya? ¿No sabía que Iván Ivanovitch estaba continuamente yendo y viniendo, haciendo de eslabón entre Vladimir y «la otra»? Volodya era ahora franco como ella se lo pedía. «¡Franqueza, sólo franqueza!» ¿Por qué entonces le dolía tanto? ¿Por qué volvían los viejos resquemores? ¿Por qué se despertaban en su corazón una gran amargura e indignación, como si Volodya la hubiera engañado otra vez?

María Semyonovna ponía la mesa; miraba con desaprobarción a Vasya.

—¿Quiere usted comer? —preguntó—. ¿Va usted a comenzar de nuevo? Nadie come aquí, y, sin embargo, una tiene que guisar. Y enseguida otra vez a comenzar con sus riñas y lágrimas interminables. Se ofenda usted o no, Vasilisa Dementyevna, debo decirle la verdad: ¡usted no es mujer para Vladimir Ivanovitch! Ahora se desesperará por su carta y llorará porque se ha ido con su amante. Pero yo

digo que usted también tiene culpa. Ese hombre ha salido de la muerte, como si dijésemos. Se envenenó por usted. Y en el momento que se recupera, usted deja de atenderle. Si fuera usted a su trabajo sería distinto. Los negocios tienen sus derechos. ¡Pero para ir corriendo de una reunión a otra, soliviantando a nuestras ingenuas mujeres! ¿Por qué no arregla usted su casa antes de enseñar a las demás? ¡Es una vergüenza trabajar para usted! Esto ni es una casa ni es nada, ¡es una pocilga!

Cerrando la puerta de un golpe desapareció en la cocina. Pero a los pocos minutos volvió más amable, con una tortilla recién hecha y una taza de cacao.

—Coma, Vasilisa Dementyevna, y no piense más. Al fin y al cabo, no puede estar usted en todo.

María Semyonovna se sentó a la mesa al lado de Vasilisa y le refirió sus propias experiencias. Algo parecido había pasado en casa de la señora Gollolobova, la mujer del general, a causa de una institutriz francesa. Pero el general y su mujer se reconciliaron después y vivieron juntos hasta que ella murió. Y lo que es aún más, hasta felices.

Vasya escuchaba a medias, pero no la interrumpía. Había conocido lo que era María Semyonovna durante la enfermedad de Vladimir. María Semyonovna tenía lástima de Vasya y la reconocía como a «uno de los suyos». Odiaba a los directores, a los médicos, a los doctores. Decía que todos eran burgueses. Pero ahora Vasya tenía que oír las interminables historias de cómo había vivido el millonario Pokatilovs, y lo que a la mujer del general le gustaba comer. Estas historias aburrían a Vasya, pero no quería herir los sentimientos de María Semyonovna. Era un alma cariñosa, aunque a primera vista pareciese arisca.

Sus historias eran en estos momentos más desagradables aún para Vasya, porque quería sopesarlo todo, aclarar todo en su espíritu, pensar las cosas de principio al fin.

—Gracias por la comida, María Semyonovna. Ahora volveré con mis papeles.

—¿Eso es todo lo que va a comer? Si lo sé no guiso nada. Se está usted matando, Vasilisa Dementyevna. Y la cosa no lo vale. Porque, a decir verdad, no daría nada por la amante de Vladimir Ivanovitch. No le llega a usted ni al dedo meñique.

Lisa había dicho lo mismo.

—¿Por qué dice eso, María Semyonovna? Dicen que es muy hermosa.

—¿Qué hay de bonito en ella? Va pintada y empolvada como un payaso. No se interesa más que en los trapos, y en sacar más y más de los hombres.

—¿La conoce usted? ¿La ha visto?

—Claro que la conozco. ¡Pues no ha dormido aquí pocas veces, antes de que usted viniera! ¡Menuda fresca! ¡Cuántas exigencias! Necesita toda clase de cosas. Agua caliente por las noches. Necesita esto y lo otro. Pretende ser una señorona, y se dice que está acostumbrada a esa vida desde pequeña. Pero no es cierto. No lo parece. La verdadera gente distinguida está mejor educada. Siempre dicen «haga el favor» y «gracias» a los criados. Pero esa descarada sólo sabe dar órdenes: «¡Tráeme eso! ¡Haz esto! ¡Llévate aquello!».

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es Nina Constantinovna. No me acuerdo de su apellido. Pero toda la ciudad la conoce por Nina Constantinovna.

—Me gustaría verla alguna vez —dijo Vasya pensativamente, mientras daba vueltas en sus manos a la nota de Volodya.

—La cosa es fácil. Va al parque todos los días que toca la banda de música. Vayamos mañana y podrá usted echar una ojeada a esa fresca. En los tiempos pasados, en Moscú, esa clase de mujeres hacían la calle todas las noches.

—¿Dice usted que cuando toca la música? Muy bien, iremos. Quizá me encuentre mejor después de haberla visto.

María Semyonovna movió la cabeza; pero no intentó disuadir a Vasya. Deseaba ver cómo las dos rivales se contemplaban.

Vasya se paseaba por la casa a oscuras. No quería encender las luces. Le parecía que la oscuridad la calmaba.

Estaba muy nerviosa. Por la mañana todo parecía marchar mejor; Volodya se encontraba bien y había ido a trabajar. Ella también estaba ocupada, porque pronto regresaría a su provincia. No quería continuar siendo la «mujer del director». Desde que ella y Vladimir habían decidido hablarse con franqueza, se encontraba mejor. Pero la pena permanecía. No eran ya los celos que tanto la habían hecho sufrir. Vladimir no había faltado a su palabra. Le había dicho la verdad fielmente. Y, sin embargo, no se sentía satisfecha.

Se riñó a sí misma. ¿Se podría saber lo que quería? De ninguna manera debía pensar que Vladimir hubiese vuelto a ella, que hubiese echado a la otra de su corazón. Pero ése era precisamente su deseo. Lo que Vasya había pensado, deseado, anhelado por tanto tiempo.

¿Y cuál era el resultado? Después de todo lo que habían sufrido no habían adelantado nada. Vladimir volvía a pasar las veladas con la otra, mientras Vasya se paseaba sola por la casa, a oscuras. No tenía compasión de ella. ¿A quién amaba? ¿A ella, a Vasya, a su amiga, a su camarada, o a la otra? Él decía que amaba a Vasya; pero no era verdad. Estos pensamientos sólo aumentaban sus penas. Si supiera que había dejado de amarla, se marcharía. Pero tal y como estaban las cosas, ¿cómo le podría abandonar? ¿Y si ella se equivocaba? ¿Y si él volvía a intentar contra su propia vida? Vasya no podía abandonar a Vladimir. ¿Cómo podría vivir tan lejos, con aquella agonía en el corazón? Era más soportable su dolor allí, a su lado. Sucudiese lo que sucediese, ella amaba a Vladimir.

Seguía amando a Vladimir, debía reconocerlo. No sufriría de ese modo si no fuera así. Si no, no pasaría por todo aquello.

Le amaba, pero cada día le comprendía menos. Era como si hubiesen entrado en un bosque por dos veredas distintas. Cuanto más penetraban en él más distancia les separaba. Amaba a Volodya; pero en su interior cada día le acusaba más. ¿Cómo podría tener relaciones con una mujer así? ¡Si fuese «una de los suyos», una muchacha comunista! Entonces no se sentiría tan herida. Pero era una burguesa de los pies a la cabeza. El mismo Volodya le había dicho a Vasya que era una extraña, una joven de la aristocracia. Una niña bien. No quería saber nada de los comunistas, de los bolcheviques. Suspiraba por su vida pasada. Había sido educada con lujo. Había tenido diecisiete criados en su casa, y un caballo propio, con montura de señora. Al llegar la Revolución, su padre se unió a los blancos. Su

madre había muerto poco antes. Su hermano, que era oficial, figuraba entre los desaparecidos. Sólo ella quedó. Buscó trabajo. Como sabía idiomas, la admitieron en las oficinas de la dirección como secretaria. Allí la conoció Volodya. Nina se enamoró de él y empezó a escribirle cartas. Vasya estaba muy lejos; Volodya solo. Así comenzaron sus relaciones. Pronto se dieron cuenta de ello en la empresa. Nina Constantinovna fue mirada con hostilidad en la oficina y tuvo que abandonar su puesto. Entonces Savelyev la hizo su secretaria.

—¿Sólo su secretaria? —no pudo por menos de interrogar Vasya. Quería herir a Volodya. Pero también deseaba saber la verdad sobre «la otra».

—¿Por qué repites esas historias? —dijo con indignación Vladimir—. ¿No te avergüenzas de decir esas infamias? No creí que fueses capaz de calumniarla, como si fueras una paleta. ¿Por qué haces eso, Vasya? ¡Es indigno de ti!

Le explicó que Savelyev era una especie de padre o tutor de Nina Constantinovna. Había conocido a sus padres, y cuando Nina se quedó sola en el mundo la atendió, la aconsejó y la ayudó materialmente. Le consiguió también la colocación en las oficinas de la dirección. Luego, cuando abandonó su cargo en las oficinas, volvió a ayudarla. Tuvo que dejar su habitación. ¿Dónde viviría? ¿Con Vladimir? No era posible. Savelyev le ofreció su casa. Pero Nina Constantinovna no quiso aceptarla. No podía dejarla en la calle. Savelyev encontró una casa pequeña, donde instaló su oficina y ofreció allí un cuarto a Nina: «Porque es una especie de tutor para ella. Le da pena lo que le pasa, la cuida». Vasya no pudo contenerse y dijo:

—¡Y le hace el amor!

Vasya estaba enfadada; Volodya hablaba demasiado bien de aquella mujer. Siempre había sido un alma confiada. Vasya, en cambio, desconfiaba de la muchacha. Todo el mundo afirmaba que era una fulana...

—¡Es mentira! ¡Una mentira infame! ¿Por qué sientes placer repitiendo todas esas infamias? Nina sólo piensa en mí. Nina sólo es mía. Y aunque fuera verdad, Savelyev no sería el único que le hiciera el amor. ¿Conoces a Maklejof, de la Oficina de Comercio Exterior? Le ofrecía una vida de lujos; pero Nina le enseñó la puerta. No niego que a Savelyev le guste Nina. Quizá su cariño no sea completamente paternal. Pero Nina, como hombre, no puede soportarle. No hay ni que pensar en eso. Conozco a Nina y puedes estar segura.

Comprendió que se excitaba, como si no se tratase solamente de convencer a Vasya, sino de convencerse también a sí mismo. Pero lo que a Vasya le hería más era la relación que Savelyev tenía con todo aquello. Desde el primer día sintió repugnancia por él. Había, pues, motivos para que la Comisión de Control le dijese que Vladimir Ivanovitch debía apartarse de Savelyev.

—Lo que está claro es que Savelyev está mezclado en este asunto. Por eso dicen que los dos estáis con ella, que vais a medias.

—Si alguien se atreve a decir eso, escúpele a la cara. Tienes que creerme, Vasya: lo peor de todo es que Nina era virgen cuando nos acostamos por primera vez... Era pura...

—¿Pura?

Vasya sintió una punzada en el corazón, como si una aguja finísima lo atravesase. Tiempo atrás, en 1917, la

noche aquella, en el cuartito de Vasya, él había afirmado: «Reservo mi corazón para una muchacha pura»; y después, la primera noche de su amor, mientras la acariciaba: «No, no hay nadie en el mundo más puro que tú.»

—¿Pura? ¡Qué tonterías dices, Vladimir! ¡Qué tiene que ver el cuerpo con la pureza! Hablas ya como un burgués.

—Intenta comprenderme, Vasya. Yo no lo pienso, pero ella sí. Para ella es una tragedia el que yo la haya poseído sin estar casados. Ahora piensa que está «perdida» para siempre. No puedes comprender todo lo que sufre. Lloro constantemente. Intenta comprenderlo, Vasya. Ella piensa de distinta manera que nosotros los proletarios. El primer hombre que la posea debe casarse con ella.

—¿Por qué no me has dicho eso antes? ¿Quién te impide que te cases con ella? ¿Soy yo?

Ahora era Vasya la que estaba fuera de sí.

—¡Oh, Vasya! Eres muy inteligente, pero en lo tocante al amor eres una mujer como todas las demás. ¿Cómo puedo casarme con ella? Somos extraños, distintos en todo. No es amor lo que siento. Es más bien lástima. ¿No lo ves tú misma?

¿Lástima solamente? ¿Sería posible?

Se estremeció de alegría. Ella quería creer que sólo era «lástima».

—Si no la quieres y no os comprendéis, ¿por qué no os separáis? ¡Así sólo logras sufrir tú y hacer que ella también sufra! —Vasya no habló de sus sufrimientos.

—¡No puedo dejarla! No es tan sencillo, Vasya. ¿Dónde irá si la abandono? ¿Con Savelyev? ¿A registrarse como una prostituta?

—¿Por qué tanta preocupación? ¡Que busque trabajo!

—¿Trabajo? Eso se dice más fácilmente que se encuentra en estos tiempos, cuando por todas partes están despidiendo a gente. Además, ¿en qué va a trabajar? Al fin y al cabo, Nina no puede entrar de obrera en una fábrica.

Vasya hubiera querido contestar: «¿Por qué no en una fábrica? ¡Vaya con la princesita!» Pero se contuvo por Vladimir. No estaba completamente restablecido, y el médico había recomendado que no se excitase. Esta conversación le afectaba mucho.

Pero ahora, cuando vagaba por la casa a oscuras, Vasya sentía haber callado. ¿Por qué le había ocultado la verdad? ¿Por qué no le había dicho a Vladimir todo lo que pensaba de aquella embustera? Ella no se creía que Nina Constantinovna le amase. Sólo le manipulaba para sacar el máximo partido de ambos hombres. Vasya la odiaba, pero no por ser una prostituta, sino por su manifiesta falsedad. Muchas prostitutas eran mejores que la llamada mujer decente. Vasya recordaba a Sinka, una chica de cabello rizado, ejecutada por los blancos, que murió gritando: «¡Viva el Gobierno de los Soviets! ¡Viva la Revolución!». Había sido una puta de la peor clase; pero al estallar la Revolución se transformó: trabajó en los puestos más difíciles, de más peligro. Trabajó en la Checa con verdadero entusiasmo. Vasya hubiera comprendido que Vladimir se enamorase de una mujer así. ¡Pero de una «señorona» como aquélla, de una burguesa! ¡De una mujer tan extraña a él, después de todo! Y, además, alguien sin corazón: no hacía más que engañar a Vladimir. Él era un ser confiado, tenía fe en ella. Por eso sufría tanto Vasya. Nunca podría resignarse.

¿Qué era lo que le ataba a ella? ¿Lástima? «¡Soy tan débil, estoy tan abandonada!» Vladimir afirmaba que era «pura». ¡Pura! Pero ahora no quedaba ni la más pequeña señal de aquella pureza. La había cambiado hacía ya mucho tiempo por regalos de los hombres. ¡Él, sin embargo, aún confiaba en ella! ¡Sentía compasión!

Vasya se indignaba cuando pensaba en aquella mujer.

—¿Cuánto tiempo va a estar dando usted vueltas por la casa como una loca? —dijo María Semyonovna rompiendo los pensamientos de Vasya—. Debería usted preocuparse de su salud. Necesita todas sus energías para sus reuniones. ¿Por qué no intenta descansar? Es absurdo que espere a su marido. No le querrá usted recibir en su dormitorio cuando vuelva de estar con la otra. Le voy a hacer la cama en la sala.

Vasya abrazó a María Semyonovna. Pero se sintió aún más triste. Una extraña le tenía lástima, mientras él, su amor, su marido, su compañero, sólo compadecía a la otra, a la mujer sin corazón que se arrollaba en torno él como una serpiente.

—¿Duermes, Vasyuk? —dijo Vladimir entrando en el dormitorio y encendiendo la luz.

Vasya estaba echada en la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Cómo era posible que durmiese con aquella agonía en el corazón?

—No, no duermo.

—¿Está mi Vasyuk enfadada conmigo? —dijo sentándose en la cama y queriendo besar a Vasya.

Ella le rechazó.

—Ya veo que estás enfadada. ¿Y nuestro convenio? Te lo he contado todo como a una amiga. Tú misma me lo has pedido. Y ahora... ¿Es entonces mejor mentir?

Vasya no contestó.

—No está bien, vida mía, que empecemos a reñir y a hacer acusaciones otra vez. ¿Por qué te enfadas tanto? ¿Porque he ido a ver a Nina? Piénsalo bien. Yo estoy siempre contigo; ella está sola. ¿Crees que no ha sufrido mucho cuando yo he estado malo?

Vasya quiso gritar: «¿Qué me importa a mí todo eso?». Pero apretó los labios para no decir nada. Callaba, pero el corazón le latía con violencia.

—No creas que ha pasado nada, Vasyuk. No estaba solo con ella. Estaban allí también Savelyev e Iván Ivanovitch. Teníamos que aclarar las cosas. ¿Sabes por qué fui hoy? Mira, Vasya: fui a despedirme. ¿Por qué te sorprendes? ¿No me crees? Pregúntaselo a Iván Ivanovitch. Por eso le hice venir aquí, para que lo dispusiese todo, para que ayudase a Nina a irse, a pagar el alquiler y todas las demás cosas.

—¿Dónde se va? —preguntó Vasya con voz apagada.

—A Moscú. Savelyev la acompañará, porque tiene parientes con los cuales vivirá Nina y le buscarán trabajo. Es lo mejor para todos.

Vasya callaba. Sus ojos expresaban recelo.

¿Por qué aquel cambio repentino? ¿Qué pasaría? ¿Es que ya no la quería?

—No hablemos de amor. Eso es otra cuestión. Pero Nina comprende también que las cosas no pueden continuar así. Está decidida a irse a Moscú. Ya hace tiempo que lo decidí. Me lo dijo la mañana que tú me abandonaste.

Me llamó por teléfono para decirme que ella no podía continuar con esta vida. Una cosa u otra. Y si no se iba a Moscú...

—¡Ah, por eso! ¿Por eso te envenenaste? Una mujer te dejaba y la otra te amenazaba también con abandonarte si no te casabas. ¡Qué tonta! Ahora lo comprendo. Y yo que creía que era por mí por lo que querías morir.

Vasya reía histéricamente, de una forma desagradable.

—¡Cómo lo cambias todo, Vasya! ¡Qué rencorosa te has vuelto! No eres la Vasyuk de antes —respondió Vladimir tristemente, levantándose de la cama—. ¡Para qué continuar hablando! Yo quería contártelo todo para que no hubiera secretos entre nosotros. Pero veo que cuanto más sincero soy las cosas se ponen peor. ¡Te has hecho cruel!

—¡Oh, no! ¡Calla, Volodya! No te vayas —su voz sonaba como un cristal roto; temblaba con toda la desesperación encerrada en su alma—. Si vas a contarme todo, hazlo. ¿Por qué la mandas a Moscú? A ella la quieres, a mí no. Si me quisieras te hubieras quedado conmigo hoy. Pero sólo piensas en ella, sólo sientes compasión por ella.

—Vasya, Vasya, eres injusta. ¡Si supieras lo que ha sufrido Nina durante todos estos meses! ¡Es tan joven! No tiene ni un amigo verdadero. Todo el mundo le arroja cieno. ¿Y por qué, Vasya? Porque ha tenido la desgracia de enamorarse de mí. Tú, Vasya, tienes tu Partido, tienes amigos. Pero ella sólo me tiene a mí. Soy el único que la protege, el único que la defiende.

Paseando arriba y abajo de la habitación, con las manos a la espalda, Vladimir le contó que Nina había quedado embarazada. ¡Un niño! ¡Su ilusión! ¡Tanta alegría y tanto dolor!

—¿Dónde está el niño? —preguntó Vasya temblando.

—¿No creerás que Nina ha dado a luz? ¡Qué escándalo hubiera sido! ¡Y lo que tú hubieras sufrido! Pensamos en ti también. Nina sufrió lo indecible; pero por ti decidimos no tenerlo.

¿Por ella? Así que se había puesto de acuerdo con esa extraña «pensando» en ella, como si Vasya no fuese su amiga y su camarada, sino un enemigo. No era con ella con quien había contado para aliviar sus penas, sino con la otra, con Nina. Aquella mujer tenía más intimidad con Vladimir que Vasya; y a ella, no a Vasya, le pertenecía.

—El día de tu llegada supe que Nina estaba embarazada. Ahora ya sabes lo que entonces me atormentaba.

Ella asintió silenciosamente.

Vladimir continuó contándole que Nina, para evitar hablarle, se fue a otra ciudad. Savelyev le encontró una casa donde estar. Y allí abortó. Pero surgieron complicaciones. Vladimir fue a verla.

—¿Eso ocurrió cuando los cargadores iban a declarar la huelga?

—Sí, por entonces.

—Ya.

Por eso lloró aquel día en el comedor. Por Nina, y no por los cargadores.

—¿Y volvió la semana que regresó Savelyev? —Vasya quería atar cabos.

—Sí.

—Entiendo.

Los dos callaron; los dos esperaban. Ahora volverían a pronunciar palabras duras, crueles. Más tarde se arrepentirían. Pero ya estarían dichas. Palabras que destrozaban

su amor, dejándolo desfigurado como un rostro atacado por la viruela. Sin rastro de belleza ni un tibio rescoldo de alegría.

—¡Vasya! —fue Vladimir el que rompió el opresivo silencio—, ¿por qué toda esta angustia? ¿Quién tuvo la culpa? Te juro que sólo pretendía ahorrarte sufrimientos, y que hice todo cuando pude para conseguirlo...

—Eso no era necesario, Volodya. Yo sólo hubiera querido que me consideraras tu amiga.

Sentándose de nuevo en la cama, Vladimir le cogió la mano.

—Sí, Vasya; sé que eres mi amiga. Por eso era tan duro para mí.

Apoyó la cabeza sobre el hombro de Vasya, como tenía por costumbre hacer. Al acariciar aquella cabeza, Vasya sintió un suave placer que atenuaba su dolor. A pesar de todo, estaba allí con ella. ¡Aún la quería, a su modo!

—¿No sería mucho mejor, Volodya, que yo me fuese y ella se quedase? —preguntó Vasya con cautela.

—No empieces otra vez, Vasya. No me atormentes. En lugar de ayudarme me apartas del camino recto. Te he abierto mi alma como al mejor amigo. No tengo ningún secreto para ti... y me dices que te quieres ir.

—Por tu felicidad, Volodya. ¡Si es a ella a la que amas!

—¿Por qué hablas de amor, Vasya? El amor tiene que ser recíproco. ¡Y yo veo tan claramente que Nina y yo no tenemos nada de común, que ella no es mi camarada, que nunca podrá ser mi amiga como tú! Me da pena; no hago más que atenderla. ¿Qué sería de ella si la abandonase, si la dejase? Soy el responsable de su vida. ¿Comprendes? Ella era virgen cuando la poseí.

—Esas son tonterías, Volodya. ¿Por qué has de ser tú el responsable? Ella no era una niña. Ya tenía edad de saber lo que hacía. Además, ¿quién se preocupa de esas cosas en estos tiempos?

—Tú tienes ideas proletarias, Vasya. Pero no Nina, no. Para ella es una tragedia.

—Lo sé; por eso digo que me iré para que tú te cases con ella.

—¿Otra vez, Vasya? ¿No te he suplicado que no me atormentes? Además, ya es tarde. Todo está decidido. Nina Constantinovna se va a Moscú el jueves. No hay que hablar más de esto.

Vladimir hablaba con tanta calma, con tanta seguridad, que Vasya tuvo que creerle.

—Pero ten un poco de paciencia, Vasya. No le des más vueltas. Ella se irá y nosotros viviremos como antes. No, mejor que antes, porque hemos sufrido mucho juntos y todo lo pasado nos unirá aún más —Volodya la abrazó y besó sus ojos—. Me gustaría dormir contigo esta noche, Vasyuk. ¿Quieres? ¡Estoy tan cansado! La cabeza me da vueltas.

Vladimir se tumbó con ella. Con la cabeza apoyada en el hombro de Vasya se durmió enseguida.

Pero Vasya no podía dormir.

Si la quisiera la hubiera acariciado. Si la quisiera comprendería su sufrimiento. Le contemplaba. ¡Aquella cabeza tan querida ocultaba pensamientos tan extraños, tan incomprensibles! Aquellas grandes pestañas ocultaban miradas dulces que no iban dirigidas a ella. Aquellos labios ardientes cubrían a otra mujer de besos anhelantes y despertaban su pasión.

La víbora de los celos hincó sus colmillos en el corazón de Vasya. Mordió, desagarró... Alejó a Volodya de su hombro. ¡Para ella era un extraño!

—¿Por qué apartas a tu adorado Volya? —susurró en sueños Vladimir.

¿«Volya»? ¿Quién le llamaba así? Ella no, desde luego. Las había confundido. Hasta en sueños pensaba en la otra. Vasya miró con indignación a su marido dormido. ¿Era posible que este hombre fuese su amado, que alguna vez hubiera sido su amigo y camarada? ¿Era éste el hombre al que había querido cuando, juntos, habían luchado por el poder soviético?

Era un extraño. Un desconocido.

Se estremeció. Se sentía sola. La víbora era dueña y señora de su corazón. Y se estaba burlando de ella.

## CAPÍTULO XII

El parque. Polvoriento, marchito por el sofocante calor del verano. La lluvia, tanto tiempo y tan anhelosamente esperada, no caía. Habría limpiado los árboles del polvo de la ciudad; hubiera saciado la sed de la hierba.

La banda tocaba ante un escaso público. Los niños corrían alrededor. Algunos soldados rojos estaban sentados en grupos o paseaban con sus novias. En un banco, a la sombra, un sacerdote con traje seglar meditaba. A su lado, una niñera vigilaba a un niño.

Vasya y María Semyonovna se sentaron; aunque estaban un poco apartadas podían verlo todo.

Esperaban a Nina Constantinovna.

—¿Cómo no habrá venido ya la «señorita»? Generalmente llega en el momento que la banda empieza a tocar, para lucir sus vestidos. Todas las señoras distinguidas vienen para ver lo que se estila este año. Lo saben por Nina, que siempre va vestida a la última.

Vasya escuchaba distraída, deseando ardientemente conocer a Nina. ¿Cómo sería? Al mismo tiempo tenía miedo. ¿Cómo se atrevería a mirarla?

—¿Es ésa, María Semyonovna? ¿Allí, en ese banco, a la derecha de la banda? ¿La del vestido rosa?

—Pero ¿cómo se le puede ocurrir eso? Nina Constantinovna no es así. Verá enseguida la diferencia entre ella y las demás. Es una mujer verdaderamente elegante.

Estuvieron esperando.

Nina no venía.

Cuando ya se iban para casa, pensando volver al día siguiente, apareció. Venía por el otro extremo del parque, y se paró ante la banda. Paseaba con Savelyev y otros dos oficiales del Ejército Rojo. No pareció notar los ojos que se clavaban en ella.

¡Era aquélla! Llevaba un traje blanco, que envolvía su cuerpo con pliegues suaves, que revelaban con nitidez la curva de sus senos. En las manos, largos guantes del color de la arena y sombrero del mismo tono metido hasta los ojos. Vasya no podía distinguir sus facciones; sólo veía los labios, de un rojo brillante como el de la sangre.

—¡Qué labios tan rojos!

—Es el lápiz carmín —explicó María Semyonovna. ¡Pues si le viera usted los ojos! Parece que se los haya teñido con hollín. Habría que pasarle una esponja para quitarle toda la porquería de la cara. Habría que verla entonces. Yo sería hermosa también si usase polvos y colorete.

Nina Constantinovna se apoyaba en su sombrilla blanca, dando golpecillos en el suelo con la punta de sus zapatos blancos. Reía, echando un poco atrás la cabeza. Los oficiales se reían también.

Savelyev, aparentemente aburrido, se había apartado y hacía dibujos con su bastón en la arena.

—El sombrero le tapa casi toda la cara —dijo Vasya, lamentándose.

—Vamos, acerquémonos. Así podrá usted ver mejor a esa desvergonzada. Pero le aconsejo que no la mire demasiado. No es bonita. Cuando serví a la generala Gollolobova, entonces sí que veía a señoras realmente distinguidas y verdaderas bellezas. Comparada con aquéllas, ésta no vale nada.

Pero la curiosidad de Vasya era notable. Ansiaba saber por qué Volodya amaba a aquella mujer.

En el preciso momento en que Vasya y María Semyonovna se adelantaban para ver pasar a Nina, ella se despedía de los oficiales, exclamando en voz tan alta, que Vasya pudo oír: «Nos veremos en Moscú». Dando la vuelta, se dirigió a la puerta, seguida de Savelyev.

—¿Quiere usted que le demos alcance? Aunque no deberíamos hacer eso, Vasilisa Demytyevna. Tendrá que dejar que se vaya la pájara. La gente la conoce a usted; ésa no es la forma de detener las habladurías.

Aunque le hiciese perder la calma, Vasya no podía apartar sus ojos de la otra.

Era alta, esbelta; contoneaba los hombros un poco al andar. Al alejarse del quiosco de la música llevaba la cabeza inclinada. Vasya pensó que Nina lloraba. Savelyev, inclinado hacia ella, parecía querer convencerla de algo. Pero Nina negaba con la cabeza. «No», dijo, levantando su mano enguantada hasta la cara, como para secarse una lágrima. ¿Lloraría? ¿Habría venido a despedirse de la música? O sea que... amaba a Volodya. Quizá no sólo quería

sacar algo de él. Vasya se quedó confusa. No se encontraba mejor después de haber visto a Nina Constantinovna. Era un sentimiento nuevo el que le inquietaba. Algo parecido a lástima por Nina. ¿Por qué lloraba? ¿Por qué había venido a oír la música? ¿Para despedirse de su felicidad?

Vasya sintió un nuevo peso sobre su corazón. Estaba furiosa consigo misma. ¡Lo que faltaba! Sufrir por la otra mujer, por la que se había cruzado en su camino. ¡Bonita situación!

Nina se había ido a Moscú. Habían transcurrido casi dos semanas desde que ella y Savelyev dejaron la ciudad. Lógicamente pensando, Vasya debería gozar otra vez de la vida. La que se interponía entre ellos se había ido. Vladimir se había quedado con Vasya. Debía significar que ella le era más querida, más preciosa, y que el otro *affaire* fue meramente temporal.

Vasya estaba sonriente. Reía con frecuencia. Tosía menos y asistió regularmente al Comité del Partido. Vladimir trabajaba también; reorganizaba la empresa, según el nuevo plan de la gente del *trust*. Cuando terminase este trabajo, Vasya y él irían a Moscú, desde donde se trasladarían a su nuevo distrito. Vladimir estaba contento, abstraído completamente en su trabajo.

Pero faltaba la energía, la alegría sin límites de los tiempos pasados. No se podía remediar. No es que Vladimir estuviese frío con ella. Pero no era el mismo. Con frecuencia se ponía de mal humor y se irritaba por cualquier cosa.

En una ocasión, porque Vasya regresaba tarde del Comité del Partido. Era un inconveniente para los invitados, que no podían ponerse a cenar no estando el ama de la

casa. Otro día se enfadaba por los cuellos de las camisas; no tenía ni uno solo limpio. Vasya entonces se enfadaba también. Ella no tenía la culpa: que se ocupara él de sus cosas; que María Semyonovna se entendiese con él. Vasya no era la lavandera... Se separaban regañando. Y todo ¿por qué? ¡Por unos estúpidos cuellos de camisa! Otro día fue porque, lloviendo mucho, Vasya dejó su sombrero a buen recaudo en el local del Partido y se puso su chal a la cabeza. Al verla, Vladimir frunció el entrecejo y refunfuñó: «¡Cómo te vistes! ¡Tus zapatos están gastados, la falda está sucia y vienes a casa con el chal por la cabeza como una campesina! ¡Qué astrosa!». Ella perdió también la calma: «No todas podemos lucirnos como modelos; pero al menos no tengo que aceptar favores de Savelyev». Vladimir la quiso atravesar con la mirada. No contestó nada. Vasya pensó que se quedó con las ganas de golpearla. Pero que Vladimir se había contenido.

Algo iba mal. Vasya y Vladimir querían ser amigos; pero la más pequeña provocación hacía que se desbordase su odio.

Vladimir soñaba con el nuevo empleo. ¿Cómo arreglaría la casa, cómo organizaría la economía doméstica?

Esto aburría a Vasya. ¿Qué interés tenía llevar una casa? ¿Qué placer podía haber en ello? Sería diferente si tuviese algo que ver con el bienestar colectivo. Vladimir no coincidía con ella y le reprochaba tener ideas «atrasadas».

Vasya le contó una discusión de su círculo marxista sobre si la Historia estaba sólo determinada por cuestiones económicas o por las ideas también. Hablaba con entusiasmo, queriendo que Vladimir escuchase todo lo que habían dicho; pero él se aburría. Todo eso eran discusiones

sin interés. Aumentar las ganancias de las empresas, eso era lo importante. Y riñeron otra vez.

Cuando se quedaban solos no tenían nada que decirse. Ni qué hacer. Telefoneaban a Iván Ivanovitch. Su presencia hacía que se encontrasen más a gusto.

Vasya esperaba noticias de su provincia; pero nunca llegaban. Ni Grusha ni Stepan Alexeyevitch escribían una línea. ¿Qué sería de ellos?

Aunque Vasya no quisiese admitirlo, deseaba en lo más hondo de su corazón que la llamaran para que regresase a su provincia a trabajar. ¿Debería irse o quedarse?

Llegó por fin una carta. Certificada. De Stepan Alexeyevitch. Corta y sin circunloquios. Proponía a Vasya que se ocupase de un grupo de fábricas textiles y organizase el trabajo allí de una manera nueva, que indicaría el Comité Central. Vasya tendría que vivir allí y no en la ciudad. Pedía que le contestase si aceptaba.

El corazón de Vasya latía con violencia. Añoraba a los suyos. Porque ¿qué clase de vida llevaba aquí? No trabajaba, no tenía alegrías; sólo preocupaciones y disgustos. Parecía estar atada de pies y manos. Se acordaba de un grajo que su hermano Kolyka tenía. Lo había cogido en el bosque y atado las alas para que no pudiese irse. El pájaro daba saltos en el suelo, abría el pico y dirigía sus negros ojos, brillantes, hacia la ventana. Probaba a agitar sus alas, que estaban fuertemente sujetas. Probaba otra vez, y por tercera vez graznaba con angustia y volvía a dar saltos solemnemente sobre el suelo, como si nunca hubiera intentado querer volar. Esto era lo que le pasaba a Vasya ahora. Tenía también atadas las alas y le era imposible volar. Pero

¿qué era lo que le ataba las alas? ¿Alegría o amor? No; ni lo uno ni lo otro. Estaba encadenada por el temor de que le sucediese otra vez algo a Volodya. Por gratitud, por haberse quedado con ella, por haber alejado a la desvergonzada. Hilos delgados, pero sujetos fuertemente a Vasya. Le parecía que estaba enredada sin esperanza en las tramas de una red.

Lisa se lo decía: «No te entiendo, Vasilisa. Te digo que te estás convirtiendo en una verdadera “mujer del director”. No puedes librarte de ello».

¿Cómo podría romper los hilos y deshacer la red?

Vasya tenía aún la carta de Stepan Alexeyevitch en la mano. No quería separarse de ella, como si fuera un talismán que le ayudase a encontrar su camino, como en los cuentos de hadas.

—Vasilisa Dementyevna, la cerveza se ha acabado. Tendrá usted que decirle a Vladimir Ivanovitch que encargue más de la fábrica. Si no, cualquier día vienen convidados de repente y no sabemos de dónde sacarla. No se puede hacer del aire —María Semyonovna contemplaba de mal humor a Vasya—. Veo que está usted preocupada, Vasilisa Dementyevna. ¿Y por qué, si puedo preguntar? La señoritinga ha aterrizado por fin en Moscú, y Vladimir está con usted y nunca va a ninguna parte. ¿Por qué está siempre triste? A los maridos no les gusta eso. Quieren que sus mujeres estén alegres; quieren oírlas reír; quieren pasarlo bien en casa, después de estar todo el día trabajando y con preocupaciones.

Al escucharla, Vasya sonreía y pensaba: «Tal vez tenga razón. Debería enmendarme y ser otra vez la Vasya de

siempre, la luchadora del año 18. Aquellos tiempos eran de mucho trabajo, pero de mucha alegría también».

¿Por qué no ir a la oficina a ver a Volodya, hacerle una visita inesperada? Le contaría lo de la carta y alegremente le diría que rehusaba, que ella no podía dejar a su Volodya. Y él comprendería cuánto le quería. Se alegraría, la abrazaría gozoso y besaría sus ojos castaños. La llamaría «mi Vasya, mi alborotadora».

Escogió una blusa blanca y se puso un pañuelo azul al cuello. Mientras se ponía el sombrero se miraba al espejo, arreglando sus rizos. Quería gustar a Volodya, porque le traía un regalo, un don inapreciable: su negativa a aceptar el ofrecimiento de Stepan Alexeyevitch. Se iría con Vladimir cuando éste fuese a ocupar su nuevo cargo y emprendería allí algún trabajo.

Cuando llegó al edificio de la empresa se dirigió a la oficina del director. Estaba vacía. El director celebraba una conferencia. Pero pronto terminaría. Volvería probablemente dentro de diez minutos.

Vasya esperaba, hojeando sonriente los periódicos de Moscú. Ahora compensaría a Volodya por todo, por su separación de la otra, por su mayor lealtad para con ella.

Alguien trajo el correo, dejándolo sobre la mesa del director. Tal vez hubiera cartas para Vasya. Pasó por alto los sobres de negocios. Allí... Repentinamente, su corazón latió locamente; luego pareció dejar de bombear. Un sobre pequeño, tintado, y una letra delicada, como si estuviese grabada. Esa carta sólo podía ser de aquella otra mujer: Nina Constantinovna.

Así que no había terminado todo. Seguían las mentiras. Vasya sintió como si cayese infinitamente al vacío.

Debió perder el equilibrio, porque un cenicero que había en el escritorio se hizo añicos contra el suelo.

Mientras miraba aquel sobre pequeño, de color, Vasya sintió que contenía su destino.

¡Zas! Desapareció dentro de su bolsillo. Ahora sabría la verdad. Ahora se acabarían las mentiras.

Vladimir entró con un miembro de la dirección.

—¿Tú aquí, Vasya? ¿Quieres algo o vienes solamente a verme?

—No hay cerveza... Tendrás que encargarte más de la fábrica.

—¡Te ocupas de eso! ¡Te estás convirtiendo en toda una ama de casa! No puedo reconocer a mi alborotadora Vasya.

Vladimir se reía gozosamente.

«Ríe, sí, ríete —pensaba ella—. Pero yo destrozaré la red con que me aprisionas. Llegaré hasta el fondo de este engaño.»

—¿Qué tienes, Vasya? ¿No puedes quedarte más tiempo? ¿Tienes que marcharte?

Hizo, sin decir nada, un gesto afirmativo con la cabeza. Temblaba de ira, que podía estallar en cualquier momento.

No podía esperar llegar a casa para leer la carta. Fue al parque, e impacientemente rompió el sobre de color.

Mi adorado Volya: ¡Mi rey, mi adorado tormento!

Otro día sin una palabra tuya. El tercer día sin recibir una línea. ¿Has olvidado ya, no quieres a tu caprichosa Nina? ¿A tu pequeña monita egipcia? ¡No me lo creo! ¡No me lo creo! Pero es terrible, sin embargo. Estás con ella y yo estoy sola. Tu «mentora» podrá cambiarte, convencerte de que nuestro amor es un «pecado contra el comunismo», que debes ayunar comunísticamente, perdiendo

todo lo que pueda agradarte y viviendo sólo para los sábados comunistas.<sup>13</sup> La temo. Sé todo el poder que tiene sobre ti. Pero, ¡Dios mío!, yo no le quito nada. ¡Me contento con tan poco! Después de todo, pasa por tu mujer legítima; tú estás todo el tiempo con ella y yo sólo suplico unas pocas horas para nuestro amor. Sólo quiero que tengas compasión de mí... ¡Sólo te tengo a ti, a nadie más en todo el mundo!

Me despierto por la noche temblando; «no me quiere, va a abandonarme». ¿Qué será de mí entonces? Miedo me da pensarlo. Sabes que Nikanor Platonovitch me acecha como una araña. Claro que todavía representa el papel paternal; pero ya sabemos qué espera. Aguarda ansiosamente el día que me dejes, cuando esté sola sin que nadie me proteja o ayude. Será un día de fiesta para él. A veces le odio tanto que preferiría verme por las calles a estarle obligada de alguna manera.

¡Volya, Volya! ¡Mi locamente adorado amante! ¿Nunca terminará este tormento? ¿Nunca acabará esto? ¿Nunca rescatarás a tu Ninyka? ¿No te da lástima de ella? ¿No quieres protegerla?

Lloro, Volodya. No tienes compasión de tu monita. No piensas nunca en ella, hombre cruel, sin fe. Ahora estarás acariciando a esa otra mujer. La quieres. ¡Sé que la quieres! ¡Y duele eso tanto! ¡Mucho, mucho!

Te deseo, ansío tu amor ardiente e insaciable. ¿No añoras mis labios? ¿Ni mis abrazos?

---

<sup>13</sup> Según Lenin, «una gran iniciativa». Eran días de trabajo voluntario, colectivo y no remunerado. «Brotos de comunismo», en palabras del jefe bolchevique, que indicaban el camino hacia una sociedad fundada en el trabajo libremente asociado.

Mis brazos suaves quieren rodearte, mis senos anhelan tus caricias...

¡No puedo más, Volodya! No puedo estar más tiempo lejos de ti. ¿Por qué me has mandado a Moscú? ¿Por qué?

Ésta será nuestra última separación. En tu nuevo distrito me buscarás una casita en las afueras de la ciudad. Nadie sabrá que vivo allí. Una «casita misteriosa», a la que irás al anochecer. Y yo te enseñaré que un amor como el nuestro es lo mejor y más importante del mundo.

¿Cuándo vienes a Moscú? ¿De verdad viene ella contigo? ¡Si pudiéramos pasar una semana solos para resarcirnos de esto! ¡Una semana entera para nosotros!

Nikanor Platonovitch dice que en el nuevo distrito tendrás una casa espléndida, con un comedor gótico. Pero que no hay lámpara en el comedor. He visto un candelabro espléndido aquí, un poquito caro, pero muy artístico. Sé que te gustará.

Ya he contado bastantes cosas. Divago. ¡Qué carta más larga! No podrás esconderla. Bromeo; pero en verdad lo que quiero es llorar. ¿No comprendes todo lo que sufro? ¿Por qué, ¡oh!, la vida no nos deja gozar de un poco de felicidad?

No te inquietes. No me quejaré más. Después de todo lo que he pasado me he hecho más razonable. Haz lo que creas que debes hacer y yo estaré conforme con todo. Dame sólo una cosa: tu ternura apasionada, tu amante compasión para tu pobre, desgraciada y caprichosa Nina.

Moscú, Ostoshenka 18, número 7 (y no 17, como pusiste la última vez, que casi se pierde la carta).

Soy tuya, enteramente tuya, desde los pies a los labios.  
Tu dulce niña,

*Nina*

Y en el margen: «Figúrate mi alegría al encontrar en Moscú el perfume *L'Origan de Coty*».

Vasya leyó la carta de Nina despacio, cuidadosamente, palabra por palabra. No sólo con sus ojos, sino con su corazón también.

Cuando terminó dejó caer la carta sobre sus rodillas; miró la hierba seca y polvorienta, escuchando el furioso zumbido de una abeja. Volaba afanosamente sobre las hojas, se remontaba por el aire y, desilusionada, volvía a caer sobre la hierba. En la primavera, cuando las lilas florecían, había también abejas; pero aquéllas eran felices. Ésta estaba furiosa, como si el verano la hubiese engañado.

Vasya se dio cuenta de que pensaba en la abeja y no en la carta. Su corazón estaba entumecido: parecía no dolerle y ser indiferente a todo. Pero la víbora ya estaba haciendo su trabajo. «Brazos suaves», «ternura apasionada». La cola de la serpiente azotaba su corazón. ¡Le dolía tanto! Cada rincón de su corazón debía estar repleto de veneno.

Despacio, minuciosamente, Vasya dobló la carta y la metió otra vez en el sobre.

Se levantó.

Se dirigió a la salida del parque. Pasó por el quiosco de la música. El parque estaba vacío, silencioso. No tocaba la música. Ya sabía Vasya a quién amaba Vladimir; sabía que no era a ella, sino a la otra, a quien pertenecía.

Vasya atravesó la puerta del polvoriento parque para volver al ruido de la calle. Sentía que en el parque había dejado una tumba.

Volvía a casa tras un funeral: el funeral de su felicidad finada.

## CAPÍTULO XIII

Vladimir volvió más pronto que de costumbre. Sonreía lleno de alegría por las buenas noticias. Había recibido de las autoridades centrales lo tanto tiempo esperado: su nombramiento para el nuevo cargo. Tendría que ir a Moscú inmediatamente.

—¿A Moscú? Muy bien; vete enseguida. Yo también me voy; pero no a Moscú. Me voy a casa, a mi provincia.

Exteriormente, al hablar, Vasya parecía tranquila, aunque por dentro estaba agitada. El pequeño sobre de color estaba en su bolsillo con la carta de Nina.

Vladimir no se dio cuenta del cansancio que exteriorizaba la cara de Vasya. No vio tampoco los destellos de rabia que brillaba en sus ojos castaños. No se imaginó por qué Vasya arrojaba y empaquetaba sus cosas.

—¿Quieres ver a tus amigos? Muy bien. ¿Nos reuniremos en Moscú o irás directamente al nuevo distrito?

El corazón de Vasya perdió la última esperanza: que pudiese dificultades a su viaje, que no la dejase marchar. Esto también había terminado.

—No voy contigo al nuevo distrito. Me llaman para que vuelva a trabajar y me voy a quedar allí. No por una temporada, sino para siempre. Ya he descansado bastante en esta prisión. Estoy cansada de representar el papel de «mujer del director». Debes buscarte una mujer que sepa apreciar este género de vida.

Parecía que algo moría en Vasya. Un torrente de palabras se escapaba de sus labios. No se dejaría engañar de nuevo. Se alegraba de que su amor hubiese muerto. Lo había pasado mal: sin trabajo, entre aquella gente del *trust*, entre aquellos burgueses. Se había quedado sólo por el bien de Vladimir, y se resentía porque ya no la necesitaba. La quería sólo para que fuese el ama de casa y una tapadera. «¡Pero si mi mujer es comunista!» Pero era la otra la que le daba placer y amor en la «casita misteriosa». ¡Una combinación magnífica! Pero había algo que Vladimir y Nina olvidaban: si ella, Vasya, estaba conforme en vivir de aquella manera tan repugnante.

Sus ojos estaban verdes, rencorosos. Tuvo que hacer una pausa porque le faltaba el aliento.

Vladimir movía la cabeza con asombro.

—¿Eres tú, Vasya? No te reconozco. Si te he ocultado alguna cosa ha sido siempre por tu bien.

—¡Vaya, gracias! No necesito tu compasión. Soy fuerte. ¿Crees que tu amor llena mi vida por completo? Estoy harta de tu amor. Es sólo una espina que hiere mi carne. Quiero apartarme de ti lo más pronto posible. No me interesa lo que haces. Ama, besa cuanto quieras. ¡Miente, engaña! ¡Olvídate de quién eres! ¡Traiciona el comunismo! ¡No me importa!

Pero tenía el corazón destrozado.

—¡Vasya, Vasya! ¿Y nuestra amistad? ¿Y tu promesa de comprenderlo todo?

—¿Nuestra amistad? ¿Dónde está? ¿Dónde está esa amistad? Ya no creo más en ti, Vladimir. Has matado mi confianza en ti. Si hubieras venido y me hubieras dicho: «Vasya, algo terrible, espantoso, pasa; quiero a otra», ¿qué crees que hubiera pasado? ¿Crees que te hubiera acusado? ¿Crees que me hubiera interpuesto en el camino de tu felicidad? Ya ves, Vladimir; te has olvidado de que yo no era solamente tu mujer, sino tu amiga y tu camarada. Y eso es lo que me duele, lo que nunca perdonaré —las lágrimas le corrían por las mejillas. Para secárselas con la manga se volvió de espaldas a Vladimir—... Creí en ti como en un camarada. Pero has deshecho mi fe sin piedad. Y ¿cómo vamos a vivir juntos si la confianza mutua ha desaparecido? Ahora comprendo claramente que nuestra vida juntos, nuestra felicidad, terminó para siempre.

Un gran peso oprimía el corazón de Vasya; sus hombros temblaron. Le dio la espalda a Vladimir.

Se sentó sobre la cama, arrugando la colcha con las manos. Las lágrimas bañaban sus ojos. Vladimir se sentó a su lado y la estrechó con su brazo.

—¿No dices que somos como dos extraños y que ya no me amas? Si no me quisieras no sufrirías tanto. ¿Y yo? ¿He dejado de quererte? ¡Por favor, intenta comprender! Sí, quiero a Nina; pero de distinta manera. Mi cariño por ti es más fuerte, más profundo. Sin ti estoy sin rumbo, Vasya. Con cualquier cosa que hago me pregunto siempre: «¿Qué le parecería a Vasya? ¿Qué me aconsejaría?». Tú has sido la estrella que me ha guiado, y te necesito.

—Sólo piensas en ti mismo —alegó Vasya—. Y te olvidas de mí. No puedo vivir así. No me importa tanto que tengas una amante. Lo que me hiere es que ya no seamos camaradas.

—¿Crees que yo no lo veo? Pero, ¿por qué? Yo no soy capaz de entenderlo. Cuando nos separamos suspiramos por el otro, pero cuando estamos juntos nos sentimos apasionados. Tú dices que antes no era así. Pero ¿hemos vivido juntos alguna vez? Nunca hicimos vida familiar. Siempre estábamos trabajando y sólo nos veíamos a ratos. ¿Deberíamos volver a vivir así, Vasya? ¡Quizá una temporada! ¿Te gustaría? Cada uno viviendo independientemente del otro, y cuando queramos vernos nos reuniremos. Di, ¿quieres? Entonces Vasya volverá a ser mi adorada alborotadora, la única en el mundo. Y terminarán las mentiras. No debemos romper para siempre, excitados por la discusión. Eso es perjudicial. Ten lástima de mí.

Vladimir hundió la cabeza en su regazo como lo hacía siempre y se tapó la cara con las manos, que le ardían.

El cuarto estaba silencioso.

Una ola de deseo vehemente, que pensaban haber olvidado, les cubrió a los dos con ardiente desbordamiento. Las pequeñas ascuas de la pasión, enterradas en las cenizas de las sospechas y de las ofensas, se inflamaban de nuevo más brillantemente.

—¡Vasya, vida mía!

Los brazos de Vladimir abrazaban a Vasya, arrastrándola sobre sus rodillas. Cubrió sus labios de besos y su cuerpo de caricias apasionadas.

Vasya no se resistió; se entregó sin reservas a un dulce placer que casi había olvidado.

¡Que así sea! En este instante, para ella, Vladimir la amaba como antes. Por completo. A ella sola le pertenecía, olvidándose de Nina. A ésta le era infiel, no sólo con el cuerpo, sino con el corazón y el alma.

Vasya experimentó un goce malicioso, inusual en su carácter. Le pesaba; pero al mismo tiempo le causaba alegría. ¡Que fuese infiel!

Los días que siguieron fueron extrañamente ardientes. Las brasas de la pasión, resplandeciendo bajo las ascuas de la cólera y la desavenencia, ardían como una pira de carbón hasta convertirse en llamas por el viento de otoño. Lamiéron sus viejas quemaduras y buscaron rincones en su corazón que no hubieran sido pasto de las llamas.

Vladimir estaba muy afectuoso.

Vasya, amante y complaciente.

Parecía que se habían vuelto a enamorar. No podían vivir sin estar juntos. Por la noche dormían abrazados, como si tuviesen miedo de que el otro se escapase. Vladimir besaba los ojos castaños de Vasya; Vasya apretaba la cabeza de Vladimir sobre su corazón. Nunca se habían amado, nunca se habían poseído como ahora, con tal deseo y ese goce agridulce. ¿Habían renovado su amor o se despedían de él? ¿Despedían su perdida e irrecuperable felicidad?

Cuando Vasya sonreía y bromeaba tenía miedo de que en cualquier momento se le saltasen las lágrimas. Vladimir la acariciaba y se miraba en sus ojos castaños; pero ella leía una infinita tristeza en su mirada. No el pícaro centelleo del placer. Sus ojos no reflejaban el amor de Vasya. Parecía que silenciosamente se despedían de ella.

Para no ver los ojos de Vladimir y sus lágrimas, para atenuar aquella infinita tristeza, Vasya rodeaba con sus delgados brazos el cuello de Volodya. Ella buscaba sus labios; él la estrechaba contra su corazón. Ella se sometía a sus caricias apasionadas. Él aspiraba su cuerpo insaciablemente, hasta que los dos, extenuados, se dormían.

Fueron días extraños. Calurosos, sofocantes, melancólicos. No encerraban felicidad, ni el goce sin preocupaciones nacido del amor.

Hablaban de todo. Quedaron en que, «mientras tanto», Vasya se iría a su provincia a trabajar. Cuando Vladimir estuviese instalado en su nuevo cargo, convendrían por carta donde se reunirían. ¿Dónde? No lo decían. Ni una palabra de separación se pronunciaba. Todo parecía natural, claro y comprensible, como si entre ellos hubiese confianza ilimitada. Pero había una cosa que Vasya no mencionaba nunca: que había cogido y escondido la carta de Nina, que la conservaba porque algún día podía serle útil. Ella insistía en que telegrafíase a Moscú diciendo que iba solo. ¿Por qué deseaba que hiciera eso? Le molestaba, pero por algún motivo lo creía necesario. Al principio Vladimir se negó a hacerlo y miraba con recelo a Vasya, como si temiera algo. Pero, al fin, telegrafió. Y, después de hacerlo, estuvo con ella más enamorado y ardiente.

Tenía que ser así. Estaban bebiendo las últimas gotas de felicidad que quedaban en el cáliz de la vida, aunque ésta contenía tanto el embriagador vino de la pasión como la amarga dulzura de la ruptura.

Vasya estaba contenta, animada, bulliciosa. Volodya no la había visto así en mucho tiempo.

—Como no me gustaba mi piel, la he mudado como las serpientes. ¿Qué clase de «esposa del director» iba a ser? Necesitas otra clase de mujer. Además, que yo no puedo adaptarme a la NEP —riendo, gastaba bromas a Volodya.

—No sé lo que eres. Lo único que sé es que eres otra vez Vasya, mi querida alborotadora. Y yo no perderé a mi Vasya, ni aunque cinco Comités del Partido te reclamen. Por una temporada, sí; pero para siempre, no, nunca.

Vasya se reía. Así sería. Se reunirían casualmente como camaradas libres. Pero no como marido y mujer. Sería mejor.

Vladimir coincidía también en que sería mejor. Pero no podría vivir sin la inteligente cabecita rizada de Vasya.

—¡No tengo muchos amigos, Vasya! Especialmente en estos tiempos. Ya no existen; cada uno sólo piensa en sí mismo. Pero nosotros somos amigos fieles y verdaderos, ¿no es cierto, Vasya?

Hablaban como si el muro que se alzaba entre ellos no existiese, como si se hubiera derrumbado.

La víbora del corazón de Vasya estaba dormida. Ella pensó que sus celos habían desaparecido. Pero repentinamente, sin esperarlo, sintió los agudos colmillos otra vez. Vladimir no podía libertarse del pasado. Hablaba de Nina, dejando ver cuán frecuentemente pensaba en ella. «¡Estaba tan bien educada!», decía. Hablaba francés correctamente con los franceses, alemán con los alemanes. Había aprendido idiomas en el instituto.

—Si está bien educada, ¿por qué no puede encontrar trabajo? ¿O es que prefiere vivir a expensas de otras personas? Supongo que su parasitismo viene de familia. Además de que es mucho más cómodo ser tu querida.

Pero ahora esto no tenía nada que ver con ella. Vivía independiente de ella. Cada uno seguía su camino. ¿Pero por qué no ayudar entonces a un viejo camarada? No porque fuese su marido, no porque él lo pidiese, lo expresase o deseara, sino porque era un camarada, un amigo. Tampoco se sentía enojada con él. Si quería llevarse todos aquellos trastos y cargar los trenes con sus cajas, sus platos y sus baúles con sedas, era asunto suyo. Ella no podía ya ir a través de la vida cogida de su mano; pero, ¿por qué no ayudarle a embalar?

Volodya no podía creer lo que sus ojos veían. ¿Desde cuándo se había hecho semejante ama de casa? Hablaba de ella, alabándola, a Iván Ivanovitch y a los miembros de la dirección. Y una y otra vez preguntaba a Vasya cómo pondría su nueva casa en orden si ella no se iba con él.

—Eso le corresponde a Nina Constantinovna. ¿O es que no quiere mancharse las manos? Como es una «señorona» todo tiene que dársele hecho y presentado en una bandeja de plata. A expensas del sudor y trabajo de otros, claro está.

Había herido a Volodya y lo sentía. ¿Qué sentido tenía aquello?

Él la miraba resentido como preguntándole: «¿A qué ha venido eso, Vasya?».

—¡Vida mía, adorado mío! Soy mala, lo sé. Pero es que te quiero. No te enfades, vida mía. Era sólo una broma.

Escondió su cara en el pecho de Volodya, intentando tragarse las lágrimas que la ahogaban. Porque, a pesar de todo, le quería. Le adoraba, sufría. Le asustaba perderle. ¡Oh, mejor sería morir!

Vasya sabía que no debía decir esas cosas; pero no pudo contenerse. La serpiente la lastimaba y por eso quería herir a Volodya. ¡Que sufriese él también!

Volodya se enfadó y dirigió a Vasya una mirada llena de reproches.

—¿Por qué hablas así, Vasya? Está feo. Mi alborotadora Vasya no lo diría. Ha sido otra Vasilisa Dementyevna.

Le clavó el aguijón; Vasya se avergonzó de sí misma. Pero no podía detenerse y continuó hiriendo a Volodya hasta que él se puso furioso. Entonces ella reaccionó.

—No te enfades, cariño mío. ¡Perdóname! Te quiero. Si no te quisiera no te atormentaría...

Y en besos extáticos, en el delirio carnal se buscaban para no pensar, para no sufrir, para olvidar, para esconder la verdad inevitable.

Vasya se despidió de sus camaradas del Comité del Partido; recogía todo lo de la casa. Tenía mucho que hacer: cajas, baúles, trapos, esteras... Pedía consejo a María Semyonovna, celebrando importantes conferencias con ella sobre cómo debía empaquetar cada una de las cosas para que nada se estropease o rompiese, para que todo llegase bien a la nueva casa del director.

—¿Por qué se preocupa usted tanto? —decía María Semyonovna—. Si no se va usted con él, ¿para qué se toma tantas molestias? Fíjese en lo que le digo: en cuanto se vaya usted, la otra ocupará su lugar enseguida. ¡Y usted está trabajando y preocupándose por ella!

¿Por qué no? ¡Qué más daba! Ella no le ayudaba a él en calidad de esposa; en ese caso no lo haría, hubiera condenado a Vladimir por haberse convertido en un burgués.

—¡Pobrecita mía, mi Vasyuk! Te conozco; por eso te quiero; por eso no puedo arrancarte de mi corazón. No hay otra Vasya en todo el mundo. Y nunca tendré una amiga como tú.

Y una vez más aquel sofocante delirio embotó sus sentidos; otra vez buscaron ahogar su dolor en caricias.

—¿Guardarás un rinconcito en tu corazón para tu rebelde «anarquista»?

—Cuando seas feliz, ¿te acordarás también de tu alborotadora Vasya?

Fueron días extraños. Apasionados, melancólicos...

TERCERA PARTE:

LIBERTAD



## CAPÍTULO XIV

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Vasya llamaba a la puerta de su antigua buhardilla, donde vivía ahora Grusha. Volvió a llamar. Abajo le habían dicho que Grusha había regresado del trabajo. Pero la puerta continuaba cerrada. ¿Dónde podría estar?

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

¿Dormiría?

Se volvió y vio que Grusha venía por el extremo del corredor con una jarra de agua caliente.

—¡Grusha!

—¡Vasilisa, querida! ¿Cuándo has llegado? ¡Qué sorpresa! —Dejó la jarra en el suelo para abrazar a Vasya—. Pasa. Éste es tu sotabanco. Vivo aquí por ti. Espera que abra la puerta. En esta casa roban de un modo terrible. Cierro la puerta incluso cuando salgo por agua. No hace mucho se llevaron un abrigo que estaba colgado en el cuarto de Furyashkin. Un abrigo de entretiempo completamente nuevo. Registró toda la casa e incluso fue a la policía; pero no pudo encontrarlo. ¡Por fin has vuelto a tu hogar, Vasilisa! Quítate el abrigo. Quítate el polvo del viaje. Iba a hacer té. ¿Quieres comer algo? Tengo huevos, pan y manzanas.

¿Hogar? Grusha le había dicho que estaba en su hogar. Pero ¿las personas como Vasya tienen un «hogar»?

Miró en derredor. ¡Aquel satabanco le era tan familiar! Pero no parecía ya el de Vasya. Había una máquina de coser, un maniquí de modista en un rincón y pedazos de retales por el suelo. Las paredes, desnudas. Ni Marx, ni Lenin, ni los *communards* que había colgado cuando se celebró el aniversario de aquella revolución.<sup>14</sup> En su lugar un abanico de papel descolorido. Al lado, manchada por las moscas, una postal con un huevo de Pascua y una inscripción dorada: «¡Cristo ha resucitado!». Un icono en un rincón. Grusha no pertenecía al Partido. Creía en Dios y ayudaba, aunque era partidaria del poder soviético y tenía muchos amigos comunistas. Había tenido un novio con el cual pensaba casarse; pero había luchado con los blancos y probablemente estaba muerto. En ese caso, lo más seguro era que lo hubiesen matado los rojos. Por eso Grusha no quería hacerse comunista. Guardaba el recuerdo del amado: «Si me uniera a vosotros me maldeciría desde el otro mundo».

Antes Vasya no podía comprender a Grusha. ¿Cómo podría amar a un guardia blanco? Pero ahora ya sabía que el corazón no obedece órdenes. Vladimir y ella se habían separado, pero su amor vivía y no le dejaba descansar.

Grusha se alegró muchísimo del regreso de Vasya. No sabía qué ofrecerla. La abrumó con todas las cosas que habían ocurrido durante su ausencia y se extrañaba de que

---

<sup>14</sup> *Communards*: participantes de la Comuna de París (1871), primera experiencia revolucionaria que llevó al proletariado al poder. En 1921 se había cumplido medio siglo de la gesta parisina, y la clase obrera rusa pudo conmemorarla como clase dominante.

Vasya no se hubiese repuesto durante la temporada que había pasado con su marido. Estaba tan delgada como cuando se fue, o más delgada aún. Vasya no decía nada. Había creído que en cuanto viera a Grusha caería en sus brazos llorando y le contaría todas sus penas. Pero al verla no pudo abrir la boca, no encontraba palabras. ¿Cómo podría contarle a alguien su sufrimiento?

La noticia del regreso de Vasya se extendió enseguida por toda la casa. Los antiguos inquilinos se mostraban encantados, mientras que los nuevos deseaban conocerla para saber cómo era. Uno de los miembros del comité de la casa dijo que seguramente ahora querría ocuparse nuevamente de la administración.

Los primeros que acudieron a la habitación de Grusha fueron los niños, los viejos amigos de Vasya del «Club de los Niños». Los mayores expusieron una queja: el Club había sido disuelto cuando se instituyó la NEP. Dijeron que no compensaba y que las habitaciones se necesitaban para otras cosas. Pero, ¿dónde estudiarían los niños sus lecciones? Sus colecciones habían sido deshechas y su biblioteca repartida; incluso se habían vendido algunos libros.

Vasya escuchaba. ¿Cómo era posible? Se interesó enseguida. No permitiría que la cuestión quedase así. Iría inmediatamente al Comité del Partido, a los departamentos de educación y vivienda. ¡Que la NEP se ocupase de sus asuntos, pero que dejase en paz las cosas que los obreros habían edificado laboriosamente!

—Lucharé con ellos. No lo permitiré. No os preocupéis, muchachos. Yo haré que se os dé aquello a que tenéis derecho, aunque tenga que ir a Moscú.

Los mayores se echaron a reír llenos de alegría. Creían en Vasya. No dejaría de ocuparse y lucharía hasta conseguirlo. En toda la casa la conocían por «la luchadora». Así debía ser. Todos los chicos eran partidarios de ella.

Después de los muchachos entraron a saludarla los antiguos inquilinos. Pero en cuanto decían «buenas tardes», cada uno de ellos tenía una demanda urgente que hacerle; todo el mundo venía a contarle sus contrariedades y desgracias. Vasya los escuchaba pacientemente a todos. Como siempre, se interesaba por todo, les aconsejaba, les consolaba.

La buhardilla se llenó con tanta gente que era imposible moverse.

—¡Paciencia, camaradas! —rogaba Grusha—. No la dejáis ni comer. Y está cansada, porque ha viajado durante varias noches. Venís con vuestros asuntos y la mareáis.

—No importa, Grusha. ¿Qué me estaba diciendo, Teimofeyevitch? ¡Ah, sí!, de los impuestos que tiene que pagar. ¿Cómo puede ser? No es usted propietario, ni empleado, ni director...

Al pronunciar la palabra director pensó en Volodya. Pero su dolor quedó sumergido en las penas de los demás. No le quedaba tiempo para ocuparse de él.

Los viejos amigos se retiraron uno a uno. Y olvidándose de su debilidad, Vasya decidió ir a la sede del Partido y ponerse a trabajar inmediatamente.

Mientras escuchaba las noticias que le daba Grusha, se puso el abrigo. Uno se había casado, otro había dejado el Partido, aquella muchacha era ahora miembro del Soviet. De pronto oyeron la voz de la mujer de Fedosseyev que resonaba a través del corredor.

—¿Dónde está nuestra amiga, nuestra defensora? ¡Mi querida Vasilisa Dementyevna!

Le echó los brazos al cuello y la cubrió de besos. Al mismo tiempo las lágrimas corrían por sus mejillas y mojaban la cara de Vasya.

—¡Cuánto tiempo te he esperado, querida mía! ¡Te echaba tanto de menos! ¡Te he esperado como al sol! Pensaba: «Cuando venga Vasilisa Dementyevna, nuestra protectora, lo arreglaré todo. Cuando esté aquí, ese infame no se atreverá a convertir a su mujer en un hazmerreír. Se avergonzará de deshonrar esta casa con esa puta. Me tendrá lástima, porque tengo que cuidar sola a mis hijos. Le llevará a los tribunales. Hará que se someta al Partido». Tú, querida Vasilisa, eres mi única esperanza.

Generalmente Vasya adivinaba las penas de los otros a las primeras palabras. Pero ahora no entendía de lo que hablaba la mujer de Fedosseyev. ¿De quién se quejaba? Había cambiado tanto que casi era imposible reconocerla. Antes era una mujer joven, robusta, en la plenitud de la vida; ahora estaba delgada, aviejada y amarilla.

¿Qué pena atormentaba su corazón?

Fedosseyev se había enamorado de Dora, una judía «no bautizada». No quería saber nada de su mujer y la convertía en el hazmerreír de todo el barrio. Nadie podía hacer que se avergonzase de sí mismo. Había abandonado a sus hijos y todo se lo daba a su amante. «¡Toma, nenita; eso es para ti! ¡Que la familia se muera en un rincón! Pero no me dejes, no abandones a tu amante picado de viruelas.»

—Pero ¿qué había visto en él la gansa de Dora? —se desgañaba diciendo la Fedosseyeva—. ¡Si fuera un hombre! ¡Pero es repugnante! ¡Es tan sucio! Yo le he resistido

durante ocho años y besado su cara picada de viruelas por el bien de los niños. Me decía a mí misma: «Vassilyevitch, creo que eres un asno; pero el destino nos unió y la Iglesia nos casó y tengo que aguantarte.» Cuando se ponía insistente me daban ganas de vomitar. Pero lo he soportado. Nunca he mirado a ningún otro hombre. Creía que me lo agradecería. Le he dado toda mi juventud a esa bestia repugnante. Y ésta es mi recompensa. Ya no soy guapa y él se va con una joven. ¡Y se enreda con una muchacha judía! ¡Es una vergüenza para todo el barrio!

La mujer de Fedosseyev lloraba sin consuelo. Vasya escuchaba. Y su corazón se llenaba también de pena. Volvía a enfrentarse con su propio dolor e indignación. Tembló de pesar. ¿Adónde se había marchado su resolución? No tenía ya deseos de ir al Comité del Partido. Deseaba solamente enterrar la cabeza bajo la almohada y no ver nada más.

La otra, sin embargo, continuaba sollozando, besando el hombro de Vasilisa, suplicando que le diese la razón a la esposa, que defendiera los intereses de sus hijos. Debía amenazarle con llevarle ante los tribunales.

Al regresar a su casa desde la sede del Partido, los compañeros rodearon a Vasya. Todos hablaban a un tiempo. Ella se sentía feliz y contenta. Todo lo había olvidado, como si nunca hubiera vivido y se hubiera preocupado más que por el Partido. Se excitaba, discutía, mantenía su punto de vista; hizo preguntas de cómo marchaba y encontró que todo estaba bien. Quedó interesada y satisfecha. Su cabeza trabajaba, y su alma remontaba el vuelo.

Se apresuró a subir a su buhardilla, sin preocuparse de las escaleras. Pero fue entonces cuando se dio cuenta de su estado de debilidad.

Mientras Grusha preparaba cena, Vasya se echó en la cama e inmediatamente se quedó dormida.

Grusha contemplaba a su amiga sin decidirse a despertarla. Sentía pena por ella. Vasya estaba extenuada; que durmiese.

Desvistió a Vasya como si fuese un niño. Le quitó los zapatos, la arropó. Puso una toquilla en la lámpara y se sentó a hacer ojales.

¡Pum! ¡Pum!

«¿Quién demonios vendrá ahora?», murmuró entre dientes y enfadada Grusha. «No la dejan a una tranquila.»

Abrió la puerta. Era Fedosseyev, el marido.

—¿Qué desea?

—Quiero hablar con Vasilisa Dementyevna. ¿Está en casa?

—¿Estáis todos locos? Acaba de llegar de un viaje larguísimo; está cansada, no ha podido dormir y caéis sobre ella como una jauría de perros hambrientos por un hueso. Vasilisa Dementyevna duerme.

Grusha y Fedosseyev discutieron. Fedosseyev se aferraba a la posibilidad de convencer a Vasilisa; pero Grusha se negó a dejarle entrar.

Quedaron, por fin, conformes para el día siguiente.

Cerró la puerta en las mismas narices de Fedosseyev. ¡Un hombre repugnante! Tenía mujer y tres hijos. Y Dora estaba embarazada. Aquello era demasiado para Grusha.

Ella juzgaba que Fedosseyev hacía mal. Y culpaba también a Dora. ¿Por qué había comenzado a tener relaciones

con un hombre casado? ¿Es que no había bastantes solteros? La moral de Grusha era muy recta. Todavía recordaba a su novio.

Cuando Vasya se despertó se sintió en paz y calma con el mundo. La luz del otoño brillaba a través de la ventana, lanzando un rayo dorado sobre la máquina de coser. Grusha calentaba una plancha en la estufa de petróleo; se disponía a planchar un vestido.

—¿Para quién es?

—Para una del Comité Ejecutivo, para un bautizo.

—¿Qué? ¿Vuelven a celebrar los bautizos?

—Ya lo creo. Debías verlo. Mucho mejor que los antiguos señores. La mesa repleta de comida, vino, vodka...

La plancha de Grusha comenzó a silbar. Así no había forma de hablar. Vasya se estiró en la cama. Se acordaba muy bien. Era dura y estrecha, y, sin embargo, había dormido allí con Volodya. ¡Cómo cambian los tiempos! Últimamente se estorbaban en aquella cama tan ancha.

En sus viejos tiempos no sucedía así.

¿Volvía la desgracia de nuevo a invadir su corazón, a perturbar su paz? No; todo parecía dormido en su corazón. La calma que sigue a la tormenta.

Grusha se acordó de la cita que había dado a Fedosseyev y se lo dijo a Vasya.

—No me importa, que venga.

No quería tener mucha relación con los Fedosseyev. Parecía ofendida por que aquellos chismosos pasaran el mismo sufrimiento que ella.

Preguntó quién era Dora.

—¿No te acuerdas? —dijo Grusha sorprendida—. Es morena, guapa; bailó con una pandereta en la fiesta del Komsomol.<sup>15</sup>

Vasya la recordó favorablemente. Había trabajado con el Comité Cultural de los curtidores. Una joven muy inteligente. Además, cantaba bien. ¿Cómo podría la mujer de Fedosseyev compararse con ella?

Grusha protestó. Acusaba a Dora. Las leyes tenían que cumplirse. Si los comunistas iban a permitir que los maridos se portaran así, todos los hombres dejarían a sus mujeres y se irían con chicas jóvenes. El Partido consideraba expedientar a Dora.

—¿Tomar medidas contra ella? Sólo a la mujer de Fedosseyev puede ocurrírsele una cosa así. ¡Una criatura infame! —Vasya defendía a Dora—. No hay ley que pueda obligar a un hombre a vivir con una mujer que no ama. ¿Cómo quieres forzarle a abrazar a esa mujer? ¿Aunque le repugne? ¿Aunque sea una bruja?

Vasya se excitó. Estaba furiosa contra la mujer de Fedosseyev. ¿Por qué? No lo sabía. Al defender a Fedosseyev defendía a Vladimir. Al defender a Dora veía la sombra blanca de encaje y los labios rojos de Nina.

Grusha se sorprendió al ver que Vasya se ponía al lado de Fedosseyev.

—Te pones como si se tratase de tus mejores amigos. ¿No estabas siempre renegando de ellos? Bien sabes todos los disgustos que te han causado. Claro que es una cuestión absolutamente tuya. Pero ya te aconsejo que no te mezcles en ese lío. No hay por qué meterse en una pelea de perros.

---

<sup>15</sup> Acrónimo de la Unión Comunista de la Juventud, organización juvenil del Partido.

Vasya era terca. Defendería a Dora si se tomaban medidas contra ella.

—Dime, haz el favor: ¿acaso cree la legítima esposa de Fedosseyev que ella es la única que tiene ciertos derechos? Pues está equivocada. Hay otros derechos que no los dictan las leyes humanas. Y son los mandamientos del corazón.

Grusha, que planchaba el dobladillo del vestido, miró a Vasya con gran atención, como para averiguar los más ocultos pensamientos de su amiga.

Vasya se enfurruñó. ¿Por qué la miraba así Grusha? ¿No tenía razón? ¿Había alguna ley que se le pudiera imponer al corazón?

—¿Quién dice eso? El corazón es lo más importante. No se puede ser humano sin corazón. Pero cuando te miro veo claramente que tú también estás enferma del corazón. Vasilisa, veo todos tus sufrimientos. Por eso defiendes a Fedosseyev. Piensas en tu adorado, ¿no? Y quieres encontrar una disculpa para él. ¿Verdad que tengo razón?

Vasya no contestó; inclinó tristemente la cabeza.

Grusha ya no hizo más preguntas. Sacó el vestido de la tabla y quitó los hilvanes sueltos que se agarraban a la tela. Estaba terminado.

—¿Has terminado? —preguntó Vasya, pensando en algo completamente distinto.

—Sí.

—Bien. Entonces iré al Comité del Partido. Que espere Fedosseyev.

—De acuerdo.

Los días siguientes fueron de mucho trabajo para Vasya. Se preparaba para irse a los telares. Conferenció con Stepan Alexeyevitch; se puso al corriente de sus instrucciones y pasaba las veladas en reuniones con sus nuevos compañeros. Las horas pasaban tan rápidamente, que no tenía tiempo de pensar o escuchar a su corazón.

Y también tenía preocupaciones a causa de los Fedossejev y Dora. Sus disgustos no dejaban descansar a Vasya.

Fedosseyev la había ido a ver y se lo había contado todo. Conoció a Dora Abramovna en el Comité Cultural. Él cantaba en el coro. A Dora le gustó su voz de bajo y le llevó al profesor de música. Ella también sabía música. Y le había hecho entrar en el Comité Cultural. Así empezó aquello. Pero pronto su mujer se enteró y los disgustos empezaron.

Fedosseyev se quejaba de su mujer, que inventaba toda clase de historias y enzarzaba a los compañeros contra Dora Abramovna. Decía que Dora le «robaba» su familia y permitía que Fedossejev la mantuviese. Y la verdad era casi todo lo contrario. No sólo Dora se negaba a aceptar un solo kopek de él, sino que ayudaba a su familia, partiendo todo cuanto tenía con Fedossejev. Se preocupaba de los pequeños y había hecho que los niños entrasen en el jardín de infancia, y había dado libros de texto y cuadernos al mayor, que iba a la escuela. Claro que él no podía decirle todo eso a su mujer. Además, le había comprado a Fedossejev una blusa y una corbata para que se la pusiese cuando organizaban conciertos. Pero las vecinas decían todo lo contrario, alentadas por su mujer.

Fedosseyev estaba indignado por Dora. No le herían a él: se inquietaba por ella, por si tenía problemas con el Partido. Su mujer tenía la culpa, al interponerse en su camino.

Al escuchar a Fedosseyev, Vasya no podía menos de pensar en Vladimir y Nina. Ellos también habían sufrido así; se habían enfadado contra Vasya porque no les dejaba ser felices. Ella había aconsejado a la mujer de Fedosseyev que se quitase de en medio voluntariamente. Era imposible poner dificultades a la felicidad de otros. Pero ¿y la propia Vasya? ¿No se interponía también ella en el camino de otros? ¿No había intentado detener la felicidad ajena, poniendo toda clase de obstáculos?

Fedosseyev amaba a Dora. Cuando hablaba de ella su cara resplandecía; casi parecía menos feo. También había observado ese cambio en Vladimir cuando pensaba en Nina.

—Dora Abramovna tiene un corazón de oro. En el sindicato todo el mundo la quiere. Los que no pertenecen al Partido no creen que pueda tomarse ninguna acción contra ella. Pero si acaso se hiciera se alegrarían. «Que venga con nosotros, los independientes. Defenderemos a Dora Abramovna, no os preocupéis.»

Apenas se había marchado Fedosseyev cuando su mujer fue a buscar a Vasya; la abrazó, la besó en los hombros y suplicó que se pusiese de su parte.

Vasya, a quien le disgustaba la Fedosseyeva, la rechazó ostensiblemente. Desde entonces escandalizaba toda la casa con sus gritos contra Dora, contra su marido, contra Vasya, insultándoles a todos.

Vasya vio a Dora en la sede del Partido. Encontraron un rincón apartado, donde la mecanógrafa estaba muy ocupada aporreando la máquina, donde aquel ruido permitía que pudiesen hablar sin ser oídas.

Dora era bonita. Tenía ojos inteligentes. A Vasya le gustaba. Disimulaba su embarazo con un chal.

Dora empezó a hablar la primera. No de ella, sino de Fedosseyev. Se preocupaba por él, le estimaba, admiraba sus dotes de cantante; su voz era excelente, tan buena como la de Chaliapin.<sup>16</sup> Solamente necesitaba estudiar. Por eso quería Dora casarse con él. Para que rompiera con su familia y su oficio de zapatero remendón y pudiera dedicarse exclusivamente a educar su voz.

Pero, aunque Dora tenía en tan alta estima a Fedosseyev, lamentaba su falta de decisión. Mientras estaba con ella estaba dispuesto a todo, completamente decidido a dejar a su mujer y solicitar el divorcio. Pero en cuanto volvía a su casa perdía todos sus arrestos. Se amilanaba y ella tenía que comenzar a convencerle de nuevo. Durante meses y meses había querido convencerle, y siempre sin éxito.

Vasya se inquietaba oyendo a Dora. ¿No habría dicho Nina lo mismo de Vladimir?

A Dora no le importaban nada las formalidades del matrimonio y del divorcio. Todo eso eran para ella cosas sin importancia. Era partidaria de la «unión libre». Pero la Fedosseyeva no les dejaría en paz hasta que se registrasen en el Comisariado; por eso Dora recurría a la excusa del embarazo para convencer a Fedosseyev e inducirle a conseguir el divorcio. No tenía miedo a ser madre. Ella sabría afrontarlo igualmente sin marido.

¿Convencerle? ¿Obligarle a conseguir un divorcio? ¿Habría hecho Nina lo mismo, dando lástima con el

---

<sup>16</sup> Cantante bajo de ópera ruso, el más célebre de la primera mitad del siglo XX.

embarazo? Dora, al hablar de Fedosseyev en tan buenos términos, lo que quería era que Vasya la defendiese.

Pero Vasya sólo pensaba en sus penas. Dora sólo veía las buenas cualidades de Fedosseyev. Probablemente Nina amaba a Vladimir de la misma manera. Vasya era diferente. Veía las cualidades malas de Volodya. Le amaba y sufría por sus faltas. La inquietaban y la impulsaban a reformarle. ¡Quizá esto hiriese a Volodya!

—¿Por qué su mujer se agarra de aquella manera a él? ¿Porque se quisieron un día? ¡Pero hacía tanto tiempo de eso! ¡Ahora ya no tenían nada que les uniese! Ella no le comprende, no puede apreciarle. No le comprende absolutamente nada.

«¡Ah! —pensó Vasya—. Eso es lo que nos pasaba a Vladimir y a mí. Él nunca sabía lo que yo quería y yo no podía comprender sus ideas. Nuestros caminos seguían opuesta dirección.»

—Es un extraño para su mujer. Son distintos en todo, en sus gustos, en sus ideales. Quiere conservarle como marido, pero no lo necesita como persona. No es algo esencial en su vida.

Y Vasya, ¿necesitaba a Vladimir como persona? ¿Era esencial a su vida? Al preguntarse a sí misma esto, el corazón de Vasya respondió claramente: «No, ella no le necesitaba ahora, no como era ahora.»

Pero Dora continuaba diciendo:

—¿Qué amor es el suyo? No pueden aguantarse. Parecen perro y gato. Ni amistad ni confianza en el otro.

«Así es —asintió Vasya en silencio—; sí, ni amistad ni confianza en el otro.»

—Y nosotros, el compañero Fedossejev y yo, nos entendemos como si tuviéramos un solo corazón, una sola alma.

«Así debían quererse Vladimir y Nina.»

Vasya lo comprendía ahora. Se quedó pensativa.

Tenía mucho que hacer. Asuntos urgentes del Partido; preparativos para su marcha. Sin embargo, no olvidó a los Fedossejev. Hizo todo lo que pudo para apresurar el divorcio; intentó reconciliar a Fedossejev con sus camaradas y defendió a Dora.

Todo ello era muy importante para Vasya; pero no podía decir por qué.

Vasya volvía con prisa de la sede del Partido. Salía para los telares al día siguiente. La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo reorganizar el trabajo siguiendo las directrices y, a la vez, convenciendo a los muchos que no pertenecían al Partido? Las masas sin-partido eran en estos tiempos tan importantes como los comunistas. Querían investigarlo todo profundamente. No se fiaban de nadie. Si uno no tenía una sólida base para establecer sus argumentos, valía más no hablar con ellos.

Su cabeza estaba ocupada con todas estas cosas. Parecía que había olvidado su dolor. Como si no hubiera perdido a su marido, a su amigo; como si no hubiera vivido todo un verano como la «mujer del director».

Vasya iba deprisa. No había comido nada desde por la mañana. Y al pensar en la comida le daban náuseas; todo lo veía negro, perdía la cabeza. ¿Qué día era? Quizá estaba enferma, aunque... Una sospecha surgió en su mente. Hacía casi tres meses desde su última regla. ¿No sería mejor que la reconociese María Andreyevna, la doctora? Vivía

cerca, en una de las bocacalles. Habían trabajado juntas en la organización de la guardería de la casa-comuna. Vería lo que le pasaba. Si estaba enferma, Vasya quizá no podría desempeñar su cargo.

Tomó la bocacalle y se detuvo en la casita blanca donde vivía la doctora. Llamó a la puerta. María Andreyevna salió a abrir. Se alegró de verla.

—¿Usted por aquí? ¿Es un asunto de negocios o requiere mi ayuda profesional?

Vasya estaba tan azorada que se ruborizó. Después de observarla con atención, María Andreyevna le puso la mano en el hombro.

—Entremos en mi clínica. La examinaré.

María Andreyevna inquirió el apetito de Vasya, sus períodos, sus mareos. Parecía que todo lo sabía de antemano. Luego exploró a Vasya.

Era desagradable y vergonzoso para Vasya. Nunca había consultado un ginecólogo. Cuando se sentó en la silla para que la examinase estaba asustada.

Al vestirse de nuevo, sus manos temblaban tanto que no podía abotonarse.

María Andreyevna, ante el lavabo, con su bata blanca, se lavaba las manos con jabón y cepillo.

Permanecieron calladas.

—Bien, querida compañera. Yo no sé si se alegrará o será un disgusto; pero no hay duda alguna. Está usted embarazada, camarada Vasilisa.

Vasya se quedó sorprendida. Pero inmediatamente una sonrisa alegró su cara. ¿Un niño? ¡Qué alegría!

—¿Piensa reunirse con su marido pronto? —preguntó la doctora, mientras se secaba las manos en una toalla bordada.

—¿Con mi marido? ¡No! —Vasya negaba con la cabeza—. Ya no vuelvo con él. Nos hemos separado. Cada uno va a seguir su camino.

—¿Se han separado? ¡En buena ocasión! ¿Cómo se las va a arreglar ahora? Aún podemos hacer que la cosa no siga adelante. ¿Qué dice? ¿Va a vivir sola con su hijo? Usted no tiene una salud robusta.

—No estoy sola. Mañana me voy a trabajar a un grupo de fábricas textiles. Hay una célula del Partido y un grupo magnífico; casi todas mujeres, tejedoras. Trabajaremos juntas, organizaremos una casa-cuna. Quería preguntarle algo: ¿qué hay que hacer para que una casa-cuna se mantenga a sí misma? Dígame todo lo que sepa. Aconséjeme.

Discutieron todo lo referente a la casa-cuna: los subsidios, las contribuciones, los salarios a los empleados profesionales, etc. Vasya se olvidó de las «noticias» que acababan de darle. María se lo recordó cuando se despedían.

—No trabaje usted demasiado. Acuérdesse de que no tiene usted mucha salud. Temo por usted, querida.

Dio varios consejos finales a Vasya. Una cosa le estaba prohibida, otra era buena para ella. Vasya escuchaba para no olvidarse de nada, por el bien del niño. Tenía que ser un nene robusto. ¡Tan pequeño, tan necesitado de cuidados!

Por la calle, sonreía.

¡Un nene! ¡Qué gusto! Ahora podría enseñar a las otras mujeres cómo educar a un niño de manera comunista. No había necesidad alguna de familia, de cocina ni de todos esos sinsentidos. Lo que había que hacer era organizar una

casa-cuna capaz de mantenerse a sí misma. Que sirviera de ejemplo.

Vasya pensó tanto en esta idea, acerca de una casa-cuna autofinanciada, que casi se olvidó del niño. Sin embargo, tampoco se acordó de Vladimir. Como si no tuviese nada que ver en aquello.

Vasya hacía su equipaje. Se le cayó una caja, con el retrato de Volodya y sus cartas. La de más arriba era la de Nina Constantinovna, en el pequeño sobre tintado.

Vasya le dio vueltas entre sus manos. Se la sabía de memoria y, sin embargo, sintió deseos de leerla otra vez. Renovaría su dolor; pero no podía resistir la tentación. Siempre que la leía, el dolor ahogaba su corazón. Luego se preguntaba: «¿Por qué había mentido, por qué me había engañado?».

Tomó la carta y se fue más cerca de la ventana. Obscurecía. Desdobló aquella hoja tan conocida. La leyó atentamente, palabra por palabra.

Pero la pena que roía su corazón había desaparecido. Y la serpiente, aquel tormento ponzoñoso, parecía haber perdido su fuerza.

En cambio, en lugar de pesar o celos, Vasya sintió que la lástima inundaba su corazón. Sentía lástima por todas las lágrimas que Nina Constantinovna había derramado, por la tristeza y las humillaciones que había padecido. Recordó a Nina alejándose del quiosco de música, secándose las lágrimas con los dedos. ¿Por qué había sufrido tanto? ¿Por qué le había causado ella aquella angustia? Había esperado un hijo y se había deshecho de él. ¿Por qué?

Fue a la mesa, separó las telas de Grusha y se puso a escribir una carta.

¡Nina Constantinovna!

No la conozco y no tengo ni idea de cómo es usted. Sólo la he visto una vez. Y le diré con total franqueza que no me fue usted simpática. Pero al verla llorar al separarse del quiosco de la música, mi corazón comprendió su pena y lloró con usted.

Acabo de releer su carta a Vladimir Ivanovitch. Se la devuelvo a usted. Sé que apoderarme de ella no estuvo bien. Pero ha servido para mucho, así que no se enfade conmigo por haberme hecho con ella.

He pensado mucho en esa carta suya. Ahora que acabo de releerla, sé que no guardo ningún rencor contra usted, que ya no estoy enfadada. Por eso deje que le diga lo que le he repetido a Vladimir: ya hemos jugado bastante al escondite. Debe casarse con Vladimir Ivanovitch, ser su legítima esposa: él y usted se comprenden mejor. Yo no soy la mujer que él necesita, porque nuestros gustos son distintos y nuestras vidas corren en opuestas direcciones. Yo no sé nunca lo que piensa, y él nunca me comprende. Cuando Vladimir y yo nos separamos no fue porque usted me lo robara; se pudo hacer con su corazón porque ya no me pertenecía. Continuaré viviendo sin Vladimir, como lo hice antes de conocerlo. Usted, en estos momentos, no puede vivir sin él. Pasa siempre así cuando dos personas se aman.

Vladimir Ivanovitch y yo vivíamos en unión libre; por lo tanto, no será preciso el divorcio.

Nada tengo que reprocharle. Si hubiera sabido hace tiempo cómo se amaban, hubiera hecho esto antes. Dígale a Vladimir Ivanovitch que no siento ningún resentimiento

contra él. Siempre será mi amigo como antes. Y si algún día necesita usted algo de mí, siempre estaré dispuesta a ayudarla. Hubo una época en que no la apreciaba. Pero ahora que todo lo comprendo, sólo siento simpatía hacia usted, por todas sus lágrimas, por todos sus sufrimientos y dolores de mujer. Le deseo que sea feliz, como se lo desearía a una hermana. Dé recuerdos míos a Vladimir y dígame que cuide mucho a su esposa.

Le mando mi nueva dirección. Si me escribe responderé, porque no somos enemigas, Nina Constantinovna, aunque sin querer nos hayamos causado mucho daño. Pero ninguna de las dos queríamos herirnos.

Adiós.

Con mis mejores deseos,

*Vasilisa Malyguina*

Al final de la carta escribió claramente sus señas. Después metió las dos misivas en un sobre, humedeció la goma con la boca y la cerró.

Entonces sintió que su alma, y no su razón, le decía: «Esto es el fin».

¿El fin?

¿Y sufría?

No, no sufría.

¿Y la víbora de los celos?

No estaba.

¿Y su agonía, el dolor pertinaz que la destrozaba?

Había desaparecido.

Volodya, «el americano», quedaba; pero no Vladimir Ivanovitch. Pensaba en Vladimir, y veía a Nina. Pensaba en Nina, y Vladimir se le aparecía a su lado.

Como si se hubieran convertido en uno para Vasya. En un ser indivisible, inseparable. ¡Uno! Este pensamiento no la hería. ¿Por qué no habían de serlo?

Las brasas del amor se habían extinguido. Sólo quedaban las cenizas.

Su corazón estaba en calma, lleno de paz. Como un jardín después de la tempestad.

Vasya, asomada a la ventana, gozaba de la puesta de sol. El sol desaparecía detrás de nubes purpúreas con bordes dorados. Los cuervos giraban sobre la tierra graznando y buscando un cobijo para la noche.

El aire olía a hojas secas, a setas, a tierra otoñal. Fragante, refrescante, familiar. No era el aroma asfixiante de casa de Volodya.

Vasya aspiró profundamente, bebiendo aquel aire con avidez.

Sí, la vida era bella.

Sacó el cuerpo por la ventana. En el pequeño patio, Grusha se apresuraba a recoger la ropa de las cuerdas antes de que anoheciera.

—¡Grusha, Grusha! Ven corriendo. Tengo noticias, buenas noticias...

—¡Voy!

Llegó y echó la ropa limpia sobre la cama.

—¿Qué noticias tienes? ¿Has recibido alguna carta?

—¿Carta? Sí, es una carta; pero no la he recibido, sino que la he escrito. A ver si adivinas a quién.

—A Vladimir Ivanovitch; estoy segura.

—Pues te equivocas. No le he escrito a él, sino a su amante, a Nina Constantinovna.

Grusha no lo quería creer.

—¿Para qué la has escrito?

—Mira, Grusha, al leer una vez más la carta de Nina sentí pena por ella. Después de todo, también ha sufrido por mi culpa. Y ha perdido un niño por mí. Lo soportaba todo; sufría esa desgracia. Y ¿por qué? No somos rivales, no somos enemigas. Si me hubiese quitado a Vladimir por interés, no la hubiese perdonado nunca, siempre la hubiera odiado. Pero ahora la comprendo... Ella quiere a Vladimir. Le quiere mucho, mucho, más que yo. ¡Y tiene razón! La vida sin Vladimir no significa nada para ella. Así dice en su carta: «¡No puedo vivir sin ti!». ¿Necesito yo a Vladimir? Lo he pensado mucho, lo he pensado muchas veces. Ahora me doy cuenta de que puedo vivir sin él. Si Volodya, «el americano», volviese, sería diferente. A él es al que añoro, Grusha, al viejo Volodya. Pero «el americano» murió. ¡Nunca volverá! Entonces, ¿por qué atormentar a Nina? ¿Por qué perturbar la felicidad de esa pareja? ¿Qué me importa a mí «el director»? No lo necesito.

—Sí —convino Grusha—; para nada necesitas al «director». Eso es lo peor de todo; el modo como nuestros hombres desertan para convertirse en directores. Pero no te sientas desgraciada, Vasya. ¡Quedan muchos más de los nuestros! Fíjate en esos que no pertenecen al Partido. Entre ellos encontrarás comunistas de verdad, proletarios comunistas sinceros.

—Claro, cada día hacemos nuevos afiliados. Pero ¿y los otros? Hace tiempo que cambiaron sus ideas proletarias por lámparas y colchas de seda. Con esos ya no es posible entenderse. Por eso, Grusha, pensé: «¿Por qué atormentar a Nina? ¿Por qué permanecer unida a Volodya?». Él no era

realmente ni esposo ni libre. ¿Para qué mantener así las cosas? Tenía que resolverse y sin amargura. Han sufrido bastante. Todo esto no podía comprenderlo cuando me separé de Vladimir. Entonces todavía esperaba algo, no sé qué. Deseaba algo. No veía las cosas claras. Cuando llegué aquí estaba extenuada por el dolor. Esperaba que ocurriera alguna cosa. Pensé que si me dejaba por la otra me moriría de pena. No me di cuenta ni del viaje. Pero cuando comencé a trabajar en el Comité del Partido, cuando otros vinieron contándome sus penas y amargas, me pareció que mi pena desaparecía. ¿No me crees? Sinceramente puedo decirte que no siento ni amargura ni celos. Gozo de calma, de paz.

—Gracias, Madre de Dios —dijo Grusha santiguándose y mirando el icono del rincón—. ¡No me he arrodillado y rezado a la Santísima Virgen todas estas noches en vano, Vasilisa! «Compadécete del corazón de esa mujer», rezaba. «¡Ayuda a Vasilisa!»

Vasya sonreía:

—Calla, Grusha; eres incorregible. ¿Pero es posible que creas todavía en esos iconos? Pero lo que dices es cierto: estoy curada. ¡Cuántos meses he vivido como una sonámbula! No tenía conciencia de mí misma. No sabía que quería en la vida. Llegué a olvidar al Partido... Pero ahora estoy bien otra vez. Todo me encanta, todo es nuevo para mí. El mundo sigue girando. Vladimir puede haberse ido; pero el Partido sigue ahí. Me siento como después del tifus, cuando comencé a recuperarme.

—Sólo temo que vuelvas a recaer si tu marido te escribe una de sus malditas cartas.

—No, Grusha. Eso no sucederá ya —y Vasya decía que no con la cabeza—. Mi corazón es distinto. No estoy ofendida por nada; mis celos de Nina han desaparecido. Pero queda mi compasión por ellos. Los tres nos habíamos perdido en un laberinto. Los tres nos sentíamos indignados unos contra otros. Y no podíamos hallar la solución. Cuando he comprendido a Nina he podido salir de ese laberinto de sufrimientos. Y no es porque la haya perdonado. ¿Qué es lo que tengo yo que perdonarla? Simpatizo con ella como por una hermana, porque ella también ha padecido como yo. No por su culpa, sino porque la vida no ha alcanzado todavía el ideal al que aspiramos. Me dio pena de ella y me sentí mejor. Se acabó el dolor, se acabaron las penas, todo el padecimiento...

—Y así tiene que ser, si ya no le quieres. El amor siempre trae consigo el sufrimiento. Te da un poco de placer; pero la tristeza le sigue como una sombra. Y cuando ya no se siente dolor, el amor ha desaparecido también.

—Eso no es cierto, Grusha. No debes ver las cosas de esa manera. Yo no he dejado de querer a Vladimir. Le tengo todavía en mi corazón. Mi amor es el que es distinto. Ya no me hace desgraciada, ya no me ofende. Le agradezco todo el amor pasado, toda la felicidad que gozamos juntos. ¿Por qué he de sentirme ofendida con Vladimir? Mientras me quiso fuimos felices. Ahora ya no me quiere. Pero, ¿quién tiene la culpa? Le doy las gracias por todo lo gozado. Siento que Vladimir es mi hermano y Nina mi hermana. Cuando les recuerdo no hay resentimiento ni celos, sino calor y simpatía. ¿No me crees, Grusha? ¡Te doy mi palabra! Fuimos felices; que ahora lo sean ellos. Todo el mundo tiene derecho a serlo, si no median engaños.

—Tienes razón en eso de los engaños. Pero es extraño oírte considerar a Nina como una hermana. Tratas de engañarte a ti misma, Vasilisa. No quieras ser demasiado inteligente, no pretendas ser una supercomunista. Claro que es mejor que hayas perdonado a Vladimir. Perdonado y olvidado. Fuera de tu corazón y de tu cabeza. Pero no tienes por qué quererlos. Guarda tu amor, tu corazón para los trabajadores; su situación es difícil ahora. Muchos de ellos han perdido la fe en sí mismos. No sacan mucho de las doctrinas del Partido. Dales más, el calor de tu corazón. Yo no pertenezco al Partido, pero lo comprendo todo. Pregúntame siempre a mí, Vasilisa, que siempre te diré la verdad. Yo entiendo el comunismo tan bien como tú.

—Ya sé que estás con nosotros, Grusha. Todos lo sabemos. Pero, ¿por qué crees todavía en esos iconos? No te enfades, no te ofendas. Lo retiro. No hablaré más de esto. Ya no te gastaré más bromas, ni discutiré por este motivo contigo. ¡Estoy hoy tan contenta! ¡Contenta, feliz, libre! ¿Sabes quién me ha curado? ¿Sabes? ¡Adivínalo!

—¡Yo qué sé!

—Los Fedosseyev.

—¡No va en serio! Bueno; si es así, que a la Fedosseyeva le sean perdonados todos sus pecados y mala voluntad.

Se echaron a reír.

—Pero aún no te he contado la noticia más importante de todas. He visto a la doctora. Voy a tener un nene.

—¿Un nene? —Grusha juntó sus manos, con un gesto de sorpresa—. ¿Estás segura? ¿Cómo dejas entonces que se te escape tu marido? ¿Vas a dejar al niño sin padre o vas a seguir la moda y abortar?

—¿Por qué abortar? ¡Que crezca el niño! No necesito un hombre. ¡Eso es lo único que ellos pueden hacer: ser padres! Mira a la Fedossejeva con sus tres hijos; eso no le ha impedido a su marido irse con Dora.

—¡Está bien! Pero, ¿lo vas a criar tú sola?

—¿Yo sola? Tenemos nuestras instituciones. Voy a organizar una casa-cuna. Había pensado en ti para trabajar en ella. A ti también te gustan los niños. Será nuestro nene. Lo tendremos en común.

—¿Un niño comunista?

—¡Justamente!

Otra vez se echaron a reír.

—Ahora, querida Grusha, tengo que ponerme a hacer mi equipaje. El tren sale por la mañana temprano. Mañana vuelvo al trabajo. Voy a organizarlo todo conforme a mis ideas. Stepan Alexeyevitch me ha dado su bendición. ¡Otra vez a trabajar! Grusha, ¿te das cuenta de la alegría que eso significa?

Cogió a Grusha por las manos y se pusieron a bailar como dos niñas. Casi tiraron el maniquí.

Se echaron a reír ruidosamente. Hasta los que estaban en el patio podían oírlas.

—¡Debemos vivir, Grusha! ¡Vivir!

Vivir y trabajar.

Vivir y luchar.

Vivir y amar la vida.

¡Como las abejas entre las lilas!

¡Como los pájaros en la espesura!

¡Como los saltamontes entre la hierba!

**Siguiendo la tradición soviética, quedaríamos muy agradecidos a los lectores en el caso de que tuvieran a bien hacernos llegar sus sugerencias, comentarios o críticas.**

